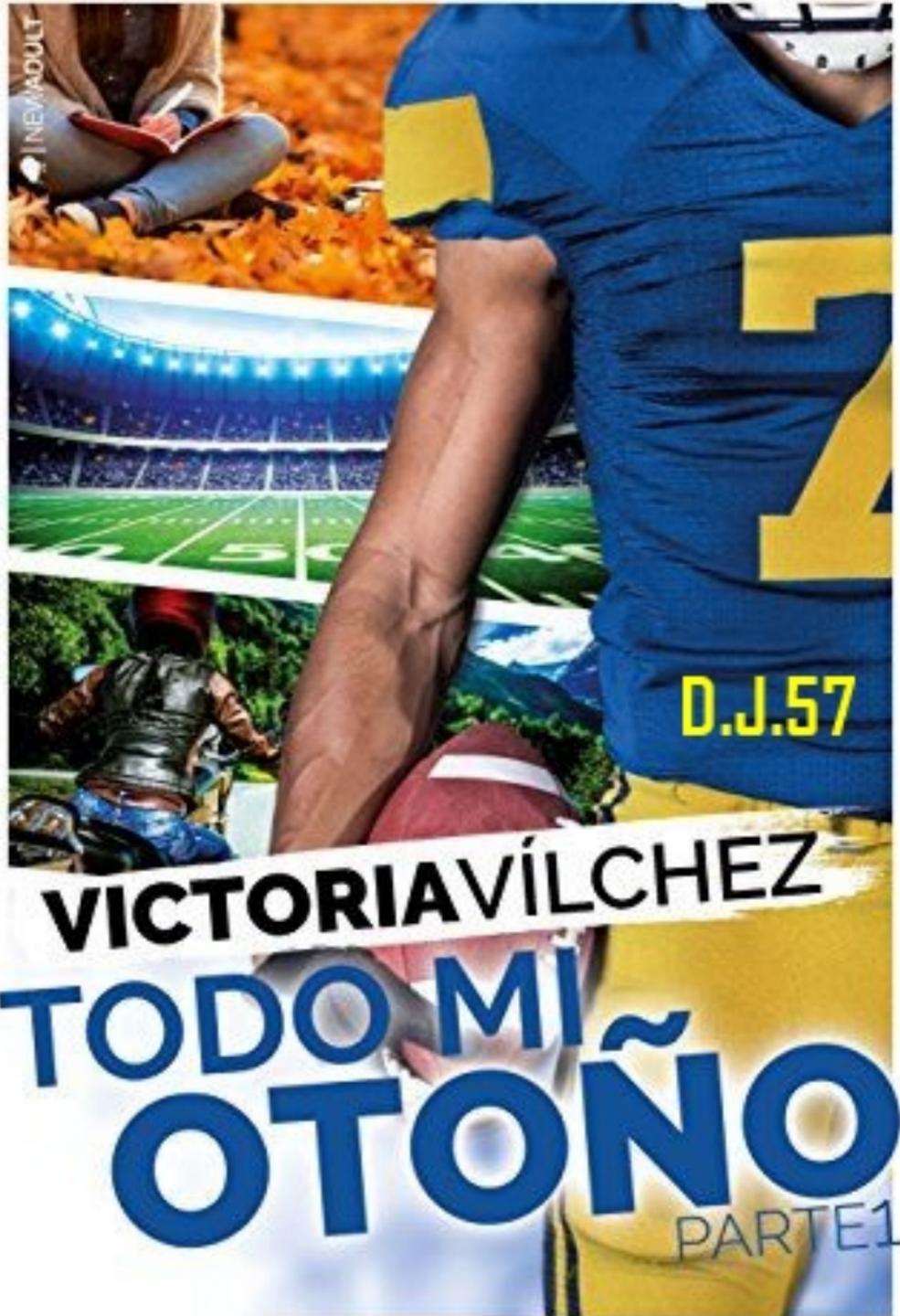


NEWADULT



D.J.57

VICTORIA VÍLCHEZ
TODOMI
OTOÑO
PARTE 1

Copyright

EDICIONES KIWI, 2017

info@edicioneskiwi.com

www.edicioneskiwi.com

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONES **KIWI**

Primera edición, diciembre 2017

© 2017 Victoria Vílchez

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[Parte 1](#)

[PRÓLOGO](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

Parte 1

*A vosotros, que os perdisteis y os encontrasteis en Lostlake.
Esta historia es toda vuestra.*

PRÓLOGO

—¿De verdad, Sean? ¿Una jodida apuesta?

—¡Fue idea de Cam! —se defendió, aunque eso no era del todo verdad.

Max y su hermana se habían reconciliado varias semanas atrás, aunque ella había decidido mantenerlos en la ignorancia al enterarse de que habían apostado quién de los dos sería el primero en arrastrarse hasta el otro. Al final de las vacaciones cualquiera podía darse cuenta de que estaban completamente enamorados, y Sean hubiera puesto una mano en el fuego de que sería el *quarterback* el que iría a llorarle a Aria. No había más que ver cómo la miraba para saber lo colgado que estaba por ella.

Sin embargo, Cam había estado convencido de que Aria haría lo correcto y se daría cuenta de la verdad por sí misma.

Es más lista que tú y yo juntos, le había dicho, y parecía que no se había equivocado...

—Vamos, Aria, no te cabrees —replicó, porque tampoco había mucho más que decir—. Lo importante es que estáis *juntitos* de nuevos —se burló.

Aquello cabreó más a su hermana pequeña, que siguió gritándole a través del teléfono. Se distrajo cuando alguien llamó a la puerta del piso.

—¿Sean? ¿Sean? Ni siquiera me estás escuchando.

—¿Qué? Sí, sí... —Se apresuró a contestar—. Somos unos cabrones y todo eso.

Aria resopló al otro lado de la línea, en el mismo instante en que nuevos golpes resonaban a través de la estancia, en esa ocasión, mucho más enérgicos.

—Te llamó luego, ¿vale? Hay alguien en la entrada.

Estaba seguro de que su hermana no se creyó ni una palabra. Colgó antes de que se pusiera a despotricar, aunque seguro que llamaba a Cam y le echaba una bronca muy similar. La idea le hizo sonreír.

Tras el primer año en una de las residencias de la Universidad de California, Cam y él habían decidido mudarse y compartir piso. La habitación de la residencia no era demasiado espaciosa y tampoco le concedía intimidad alguna, algo que, dada la tendencia que tenía a meter chicas en su cama, suponía un gran problema. Trasladarse a un apartamento con varios dormitorios fue la mejor

decisión que su hermano y él habían tomado en mucho tiempo. Dado que habían seguido pagando el alquiler durante el verano, todas sus cosas estaban allí.

Mientras atravesaba el salón en dirección a la puerta, los golpes redoblaron su intensidad.

—¡Ya va! ¡Joder, ya va!

En cuanto tiró del picaporte, quien fuera que esperaba al otro lado de la puerta empujó la madera y esta le golpeó en la nariz, haciéndole soltar una maldición. Un dolor sordo se extendió por todo su rostro y, durante un instante, todo lo que vio fue una melena oscura pasar a su lado como una exhalación.

—¿Qué coño? —exclamó, girándose con una mano sobre la cara.

En mitad del salón había una chica bajita y con el pelo de un castaño profundo, casi negro, vestida tan solo con una camiseta con las siglas UCLA estampadas sobre el pecho. No llevaba pantalones y tampoco calzado alguno. Su mirada iba y venía de un lado a otro, analizando la estancia, y no parecía estar prestando ninguna atención al dueño del apartamento en el que acababa de irrumpir sin ser invitada.

—¿Se puede saber quién eres? —le espetó, dolorido.

Su nariz había empezado a palpar, aunque estaba seguro de que no se la había roto. Ya había tenido esa experiencia en un partido y, por suerte, no le dolía tanto.

La chica lo ignoró y avanzó hacia los dormitorios. La primera puerta era la del baño. Metió la cabeza dentro y negó, como si no fuera de su agrado.

—¡Eh! Es a ti. —Fue tras ella, cada vez más indignado—. ¿Se puede saber qué cojones haces?

Esta vez sí logró captar su atención. No obstante, todo lo que consiguió fue una sonrisa radiante, aderezada por la aparición de un hoyuelo en la comisura izquierda de su boca. Su mirada se dulcificó y Sean pensó que no podía ser mayor que Aria; debía de ser una novata. Si es que era universitaria, porque su rostro aniñado comenzaba a hacerle dudar.

—¿Qué haces? —insistió, suavizando el tono.

—¿Has cerrado la puerta?

—¿Eh?

La desconocida agitó de forma leve la cabeza y mechones ondulados se balancearon ante los ojos de Sean. Fue como un jodido anuncio de champú.

Suave y sedoso, pensó Sean, e incluso olvidó qué era lo que le había preguntado.

—La puerta —señaló ella, ampliando su sonrisa—. Necesito pasar un rato aquí. Si alguien viene preguntando por mí, ¿le dirás que no estoy?

Sin esperar su respuesta, continuó el recorrido por el piso y se metió en el dormitorio de Cam.

—Esa es la habitación de mi hermano —le aclaró, sin saber por qué le daba explicaciones.

Bajó la vista. A pesar de no ser muy alta, Sean tuvo que reconocer que tenía unas piernas increíbles, atléticas y perfectamente esculpidas.

La chica se giró con tanta rapidez que le pilló observándolas. No dijo nada al respecto, tan solo señaló al otro lado del pasillo.

—Entonces esa será la tuya, ¿no? —Pasó junto a él, dejando tras de sí un aroma intenso que Sean no supo identificar pero que le hizo inspirar profundamente y sonreír como un estúpido. Sin prestarle atención, la chica entró en su dormitorio—. Bien, me quedaré aquí.

Acto seguido, avanzó hasta la cama y se sentó en el borde. Cuando le miró de nuevo, Sean detectó un brillo burlón en sus ojos y una sonrisa, muchísimo menos inocente, curvó sus labios. Frunció el ceño, ya no le parecía tan joven. Ese pensamiento lo devolvió a la realidad.

—Cuando quiero follar, acostumbro a ser yo el que trae a las chicas aquí —se jactó.

Aquello tenía que ser alguna broma de sus compañeros de equipo. O eso, o la chica era una acosadora en toda regla. Fuera como fuera, estaba seguro de que bastarían un par de vulgaridades para sacarla de allí.

Ni siquiera pareció ofendida. Ladeó la cabeza y se encogió de hombros.

—No estoy interesada en ti —replicó—. Tu fama te precede, Sean Donaldson. Lo único que quiero es esconderme durante un rato.

Que lo conociera no le sorprendió. Ser el *quarterback* titular de los Bruins lo convertía en una especie de celebridad en el campus, y la mayoría de los alumnos sabían quién era. Si bien, el desagrado impregnado en su voz dejaba claro que decía la verdad; no tenía ningún interés en pasar un buen rato con él. Ese hecho hirió un poco su amor propio aunque no era algo que fuera a hacerle saber.

Sean se cruzó de brazos, aún perplejo por su aparente tranquilidad.

No todos los días una chica medio desnuda se colaba en su casa como si tal cosa. Su mente volvió a divagar. ¿Llevaría bragas? Sus piernas cruzadas no le permitían comprobarlo. Si bien, lo que sí sabía era que había prescindido del sujetador. Sus pezones se dibujaban con claridad bajo la fina tela de la camiseta. Se le hizo la boca agua y, durante un instante, se imaginó lamiéndolos y mordisqueándolos. De repente, sus pantalones encogieron un par de tallas. Tuvo que meterse las manos en los bolsillos delanteros para disimular lo evidente.

Se aclaró la garganta con un carraspeo fingido.

—¿Y se puede saber de quién te estás escondiendo?

La chica soltó una risita e hizo un gesto con la mano, desechando la pregunta. El hoyuelo reapareció junto a su boca y la inocencia que Sean había atisbado momentos antes regresó a su mirada. Era como estar viendo a dos personas distintas en el mismo cuerpo.

Antes de responder, subió las piernas al colchón y las rodeó con sus brazos. El gesto, que acompañó de una tímida sonrisa, la hizo parecer aún más joven e indefensa.

—De nadie —dijo, finalmente.

Sean arqueó las cejas, suspicaz, dispuesto a interrogarla al respecto. Más golpes en la entrada principal evitaron que pudiera hacerlo. Parecía que ese día todo el mundo había decidido ponerse a aporrear su puerta.

—Tú no me has visto —le recordó la chica, guiñándole un ojo. Entreabrió los labios y se pasó la punta de la lengua por el inferior.

La observó un momento a pesar de que seguían llamando con una insistencia desquiciante y ella se sometió a su escrutinio sin apartar la mirada, tan segura de sí misma que Sean se convenció de que no había nada frágil en ella.

—Eres... —empezó a decir, pero no encontró palabras para definirla.

—Por favor, por favor, por favor —rogó ella, con un batir de pestañas que casi consiguió que se mareara.

Tal vez bipolar sirviera. Sin embargo, se tragó el pensamiento y acudió a la entrada, no fuera que terminaran por derribarla. Esta vez, se colocó a una distancia prudencial antes de abrirla. Aún le dolía la nariz.

—¡Ey, tío! ¿Cómo va?

Austin Crowley le saludó desde el descansillo. Era uno de los defensas de

su equipo, un tipo enorme que en el campo demostraba tal ferocidad que sus rivales solían evitarlo en la medida de lo posible. Sus placajes te hacían sentir como si te hubiera arrollado un tren de mercancías, dos veces. No obstante, fuera del estadio se comportaba como un buenazo. No se metía en líos y siempre estaba dispuesto a echar una mano en lo que fuera necesario. Claro que eso solo lo sabían sus compañeros de equipo.

¿Era él de quién huía la morenita curvilínea de su dormitorio? De ser así, no podía imaginar el porqué.

—¿Qué pasa, Crowley?

El gigantón se rascó la nuca y miró a ambos lados, cohibido.

—Estaba buscando a alguien. —Sí que era él—. Mi chica.

Sean no pudo evitar sorprenderse y sentirse también un poco decepcionado.

—¿Tu chica?

Crowley asintió.

—Pequeña, de pelo largo y preciosa. —La describió, más avergonzado aún que hace un momento.

«Y con un problema claro de múltiple personalidad», completó Sean para sus adentros. Además de unas tetas increíbles, unos labios extremadamente sensuales, tres pecas en la mejilla derecha y una nariz diminuta y perfecta para su dulce rostro.

«¡¿Qué cojones?!»

¿En qué momento se había fijado él en todo eso?

—¿La has visto? —inquirió Austin, trayéndolo de regreso de sus ensoñaciones. Dio gracias por ello.

Estuvo a punto de apartarse de su camino y señalarle el dormitorio pero, por algún ridículo motivo, se vio negando con la cabeza y pronunciando un rotundo *no*.

—Lo siento, tío —se disculpó, mientras se preguntaba por qué demonios le estaba mintiendo a uno de sus colegas.

No era que Crowley fuera su amigo íntimo pero, como le pasaba con todos los compañeros de equipo, siempre se guardaban las espaldas, dentro y fuera del campo.

Austin pareció frustrado.

—Bueno, si la ves, dame un toque.

Alzó el puño para chocarlo con él y se marchó arrastrando los pies. Sean permaneció inmóvil hasta que lo vio desaparecer escaleras abajo. Cerró la puerta y se dirigió a su dormitorio. Había llegado el momento de que aquella chica le diera una explicación. No le gustaba mentir por nadie, no solía hacerlo nunca. Incluso con sus ligues dejaba claro desde el principio sus intenciones y su escasa tendencia a todo lo que implicara un compromiso por su parte.

Solo esperaba que la pequeña contradicción andante que se escondía en su habitación tuviera un buen motivo para que hubiera engañado a Crowley.

1

No había ni rastro de la chica cuando regresó a su dormitorio. Echó un vistazo al resto de habitaciones e incluso debajo de la cama y en el armario, pero todo lo que quedaba de ella eran las arrugas en la colcha sobre la que minutos antes había estado sentada. Tiró de una esquina para alisarla y se asomó a la ventana abierta, tras la cual se encontraba la escalera de incendios del edificio. Estaba claro que tenía que haber escapado por allí.

Las vistas no eran demasiado buenas: un callejón sin salida y las ventanas del edificio vecino. La chica había tenido tiempo de sobra de huir en el rato que había pasado hablando con Crowley. Le preocupó el hecho de que apenas si llevaba ropa encima y, más aún, que hubiera estado tan desesperada como para arriesgarse a descender los cinco pisos que había hasta la calle.

—¿Tomando el aire?

Metió la cabeza en el interior con tanta rapidez que se golpeó con el marco. El dolor le hizo soltar una maldición y provocó las carcajadas de su hermano.

—¿Qué se supone que haces? —preguntó Cam, que le observaba desde la puerta.

Sean se frotó la cabeza, allí donde se había golpeado, sin prestar atención a la mirada burlona de su gemelo.

—¿Qué pasa? —insistió su hermano, al ver que no contestaba.

Frunció el ceño y echó otra mirada al exterior antes de decidirse a contestar.

—La novia de Crowley ha estado aquí.

Cam no formaba parte de los Bruins, pero conocía de sobra a todos los componentes del equipo de fútbol americano de la universidad.

—No sabía que tenía novia.

—Yo tampoco —repuso Sean, confundido—. El caso es que se coló en mi habitación y me pidió que no le dijera que estaba aquí. Crowley apareció unos minutos después.

Continuó relatándole lo sucedido hasta llegar al momento en el que había regresado para encontrar la estancia vacía y la ventana abierta. A esas alturas, Cam también fruncía el ceño y lucía preocupado.

—¿Crees que le ha hecho algo?

Sacudió la cabeza en una negativa. Austin no era esa clase de tío, aunque lo ocurrido durante el verano con su hermana Aria, su prima Lea, Max y Connor le hacía plantearse cuánto se podía llegar a conocer a una persona para estar realmente seguro de una cosa así.

—No sé qué creer —se sinceró, compartiendo la preocupación de su hermano—. No parecía asustada ni estaba herida, pero voy a dar una vuelta por ahí a ver si la veo. Si no la encuentro, llamaré a Crowley y me enteraré de qué va toda esta mierda.

—He quedado con el grupo de estudio, pero puedo acompañarte si quieres.

—Tranquilo, tengo una hora aún hasta que empieza el entrenamiento —replicó, mientras se calzaba las zapatillas.

Cam asintió.

—Llámame si te enteras de algo.

Se despidieron con un gesto. Cam se metió en su habitación para recoger los libros que necesitaba antes de marcharse de nuevo y Sean continuó vistiéndose.

El día había amanecido despejado y la temperatura en el exterior no había dejado de ascender conforme las horas avanzaban pero, incluso así, metió una de sus sudaderas en la bolsa de deporte que llevaría al entrenamiento. Estaba cerrando la cremallera cuando sintió un cosquilleo en la piel de la nuca. Al levantar la cabeza se encontró a la novia de Crowley observándole desde el exterior de la ventana.

La chica le sonrió en cuanto sus ojos se posaron en ella. Sean no le devolvió el gesto aunque se sintió aliviado al comprobar que parecía estar perfectamente. Es más, sostenía una tarrina de helado sobre el regazo en la que clavó una cuchara que se llevó a la boca con evidente deleite. Aunque continuaba descalza, se había puesto unos pantalones cortos que asomaban bajo la tela azul de su camiseta.

—Fresa, chocolate y galleta. Mi preferido.

—¿Me estás tomando el pelo? —inquirió él, con tono brusco.

La preocupación había dado paso al enfado.

La chica, tras una nueva cucharada, emitió un gemido de satisfacción. Los ojos de Sean se trasladaron a sus labios y siguieron con detalle los movimientos de su lengua. Tal vez de no estar tan cabreado se hubiera regocijado con el gesto,

pero en ese momento lo único que le apetecía era arrebatarse la puñetera cuchara y lanzarla lo más lejos posible.

—Una explicación no estaría mal —sugirió, viendo que no se la ofrecería por las buenas—. Tu *novio* anda preguntando por ti —agregó, remarcando la relación que la unía a Crowley.

—¿Austin? No es mi novio —repuso ella, encogiéndose de hombros.

—Y eso... ¿lo sabe él? Porque quizás deberías aclarárselo.

—¿Quieres? —Ignoró su pregunta y alzó la tarrina en dirección a Sean.

Sus evasivas lo sacaron aún más de quicio. Avanzó hasta la ventana y apoyó las manos en el marco para sacar la cabeza al exterior y no tener que levantar la voz.

Su expresión airada no amedrentó a la chica en absoluto.

—De todas formas, ¿por qué te importa tanto?

Sean la observó un largo instante.

—No me gusta mentir, no es algo que suela hacer y mucho menos a uno de mis chicos —explicó, en tono grave. La chica enarcó las cejas, como si no creyera una palabra de lo que decía, algo que terminó con la poca paciencia que le quedaba—. He pasado los últimos diez minutos imaginando toda clase de cosas horribles sobre Austin, uno de los mejores tipos que conozco, y todo porque has aparecido aquí huyendo de él y luego te has escapado por la puta ventana.

El volumen de su voz había ido aumentando conforme hablaba hasta acabar prácticamente gritando. Tras aquella breve explosión, el silencio se hizo entre ellos.

Un suspiro escapó de los labios de la chica. Hundió la cuchara en el helado y lo dejó a un lado.

—Austin no es mi novio —repitió—. Nos hemos visto un par de veces y supongo que se ha hecho una idea equivocada de lo que había entre nosotros.

—Pues deberías hablar con él en vez de andar por ahí asaltando las casas de extraños y hacerles mentir por ti.

Ella se encogió ante la dureza de sus palabras y volvió a aparecer la chica vulnerable y asustada que se había acurrucado sobre su cama. Sin embargo, Sean no se ablandó.

—Te ahorrarías muchos problemas si fueras sincera con tus ligues.

La chica clavó sus grandes ojos castaños en él y le dedicó una mirada desafiante.

—Y eso me lo dice Sean Donaldson, el chico por el que llora la mitad de la población femenina del campus —contraatacó con sorna.

Sean se inclinó sobre el marco hasta sacar medio cuerpo al exterior, ella le imitó y sus rostros quedaron a tan solo unos centímetros de distancia.

—Yo no les miento.

—Ya, claro, pero seguro que en más de una ocasión sabes que se crean falsas esperanzas respecto a ti —replicó ella—. Todas creen que van a ser las elegidas para echarle el lazo al salvaje *quarterback* de los Bruins.

No pudo evitar soltar una carcajada. Lo de salvaje era nuevo aunque no podía negar que, al menos en parte, llevaba razón. Hacía todo lo posible por dejar claro que no tenía interés en una relación estable, pero en el fondo sabía que alguna de las chicas con las que se enrollaba continuaban albergando esperanzas.

—No te creas mejor que yo, Donaldson. ¿O es por qué tú eres un chico y te está permitido tener todos los líos de una noche que quieras?

—Yo no he dicho eso.

La chica se puso en pie y Sean tuvo que levantar la vista para continuar mirándola a los ojos.

—Yo soy una zorra y tú un ligón, ¿no?

—Yo... No es eso lo que he dicho... —se defendió, balbuceante.

¿Cómo demonios había pasado a ser el malo de la historia? No era de los que ponían etiquetas ni le decía a nadie cómo vivir su vida. Tampoco tenía ningún problema con que una chica disfrutara del sexo de la misma forma en que podía hacerlo un tío, eso solo eran gilipollices. ¿Por qué habría de ser una chica diferente?

Sin embargo, el breve tiempo que le llevó pensar en ello fue tomado por ella como una confirmación de su culpa.

—Hablaré con Austin —concluyó, sin esconder su indignación, y comenzó a ascender por las escaleras.

Sean, aturdido, no reaccionó hasta que casi había alcanzado el piso superior.

—¡Eh! ¡Espera! No quería decir eso —insistió, gritando de nuevo—. Ni siquiera me has dicho tu nombre.

Ella le lanzó una rápida mirada que dejaba claro que tampoco tenía intención de hacerlo.

—¡Olvídame, Donaldson! Puedes quedarte con el helado —agregó, y continuó subiendo—. Por las molestias.

Sean desvió la vista a la tarrina que había quedado abandonada y volvió a levantar la cabeza a tiempo para ver desaparecer a la chica a través de una de las ventanas, dos pisos más arriba.

Confuso por lo que acababa de suceder, tan solo atinó a tomar el helado junto con la cuchara y meterlos en el interior.

¿Por qué le daba la sensación de que acababa de quedar como un imbécil?

2

Sean se las ingenió para colocarse al lado de Austin mientras realizaban el calentamiento. No podía evitar sentir curiosidad. El entrenador Hopkins les ordenó empezar a dar vueltas al campo y aprovechó para hablar con su compañero de equipo.

—He visto a... tu chica —comentó, resoplando por el esfuerzo.

Correr y hablar nunca era una buena idea.

Por mucho que supiera que no era su novia, no tenía otra forma de referirse a ella y, desde luego, no iba a ser él el que le diera la noticia.

—¿Está bien? —inquirió el chico, también jadeando. Sean sintió lástima al contemplar la expresión preocupada de su amigo.

Asintió.

—Perfectamente —agregó. Titubeó unos segundos—. ¿Puedo preguntar qué os ha pasado?

No solía prestar atención a los cotilleos del campus ni interesarse por quién estaba con quién. La mayoría de sus compañeros de equipo tenían una vida social bastante agitada, por decirlo de un modo elegante, incluido él mismo. Sin embargo, lo sucedido horas antes había despertado su curiosidad, muy a su pesar.

Austin disminuyó el ritmo de su trote al escuchar la pregunta, lo que valió una amonestación en forma de alarido por parte del entrenador. Hopkins era ya de por sí un tirano, y el sábado se enfrentaban a Stanford. La temporada anterior, aunque el resultado del partido había estado muy ajustado, habían perdido, algo que no esperaba repetir.

Sean se mantuvo a su lado a riesgo de ganarse una reprimenda.

—No lo sé, tío —replicó Crowley, encogiéndose de hombros—. Tenía un rato libre antes de venir a entrenar y decidí pasar por su casa. En cuanto me abrió la puerta y me vio, salió corriendo escaleras abajo.

—¿Lleváis mucho saliendo?

Austin agachó la mirada, incómodo. Incluso Sean se avergonzó por el interrogatorio al que lo estaba sometiendo. Teniendo en cuenta que si la chica cumplía su promesa, le iba a dar calabazas más pronto que tarde, sus preguntas estaban fuera de lugar.

—Nos hemos visto un par de veces —murmuró su compañero.

No hizo ninguna otra aclaración y Sean decidió no seguir insistiendo a pesar de que estaba deseando preguntarle el nombre de la chica. Estaba claro que Austin se había hecho ilusiones respecto a su relación con ella y, por su actitud, empezaba a comprender que la historia iba a terminar antes incluso de haber empezado.

Mientras trataba de seguir al pie de la letra las instrucciones del entrenador, no dejaba de pensar en ella. Le fastidió recordar las acusaciones que había lanzado sobre darle alas a las chicas con las que se enrollaba.

Al regresar del entrenamiento, Cam ya estaba también de vuelta. Lo encontró tumbado en el sofá del salón con el mando de la televisión en la mano y cambiando de canal sistemáticamente. Parecía tan cansado como él. Lanzó la bolsa de deporte a un lado y se derrumbó junto a él.

—¿La encontraste? —inquiere su gemelo, incorporándose ligeramente en el asiento.

Cam era considerado el hermano responsable y también el más serio, aunque ambos sabían que no siempre era así. Sean no era el único que disfrutaba con una buena fiesta o una preciosa chica entre los brazos. Sin embargo, la popularidad del *quarterback* hacía que los rumores sobre él y la atención que se le dedicaba a su persona se multiplicara por mil; no todo lo que se decía de él era cierto.

—Vive dos plantas más arriba —señaló— o eso creo. Por lo que sé, no es la novia de Crowley, tan solo un ligue.

Su hermano arqueó las cejas.

—No preguntes. No tengo ni idea de los líos que se traen ni me importa.

Esa última parte no era del todo cierta. A pesar de las explicaciones de Austin y de que todo parecía aclarado, continuaba dándole vueltas al comportamiento de su vecina.

—La hermandad de Hollis da una fiesta el sábado después del partido —cambió de tema—, ¿te vienes?

Cam esbozó una sonrisa, a juego con la suya, lo cual bastó como respuesta.

Cerró los ojos y apoyó la cabeza contra el respaldo. Necesitaba cenar e irse a dormir, pero estaba exhausto y no le apetecía moverse. Dio gracias por que fuera el turno de Cam para cocinar. Cuando se mudaron al apartamento se habían

distribuido las tareas, aunque no siempre cumplían con ellas. Sin embargo, por el aroma que salía de la cocina, dio por sentado que su hermano se había mostrado diligente y podría comer antes de meterse en la cama.

Al final, pudo más el hambre que el cansancio y se levantó para dirigirse a la cocina.

—Tienes asado preparado, cariño —se burló Cam, retomando su paseo de un canal de televisión a otro—, y hay helado de fresa en el congelador, ¿lo has comprado tú?

Sean ignoró la pregunta, sin ánimos para explicarle de dónde había salido. Se sirvió el equivalente a dos raciones normales y tomó un par de cervezas del frigorífico. Durante la temporada de fútbol era la única bebida alcohólica que se permitía tomar. Regresó al salón y le tendió una de las botellas a su hermano.

—He hablado con Aria esta tarde —indicó Cam, confirmando lo que él ya esperaba—, y no ha sido agradable.

Era más que probable que Sean volviera a recibir otra llamada de su hermana, dado que le había colgado precipitadamente, pero estaba seguro de que se le pasaría. Lo suyo con Max había terminado bien y se alegraba de que así fuera. Al menos tendría a alguien que la cuidaría en Berkeley.

—Tiene derecho a estar cabreada —replicó, tras masticar y tragar un trozo de carne—. Somos unos capullos.

—Habla por ti —se quejó Cam, aunque sabía que, en lo respectivo a su hermana pequeña, su afán protector se le solía ir de las manos.

Ese mismo verano, sin ir más lejos, le habían dado una buena paliza a Max Evans y, aunque en su momento les pareció una buena idea, después se demostró que se habían equivocado con él. Ni siquiera se habían disculpado, aunque el novio de Aria parecía no guardarles rencor por ello.

—Ya se le pasará, o eso espero.

Aria tenía carácter, no era de las que permitía que nadie le dijera qué debía hacer o pensar, y eso hacía que ambos hermanos se sintieran orgullosos de ella. Sin embargo, se les hacía difícil no continuar viéndola como a una niña, sobre todo a Cam, que siempre había mantenido una relación más estrecha con ella.

Con el estómago lleno, Sean dejó a su hermano en el salón y se encaminó a su dormitorio. Cerró la puerta tras él y no tardó en derrumbarse sobre la cama. Tironeó de los vaqueros y los lanzó a una esquina; su camiseta no tardó en correr

la misma suerte.

Ya se estaba quedando dormido cuando escuchó golpes en la ventana.

—Oh, vamos —protestó, al comprobar quién era la responsable de ellos.

Ignoró a la chica que se encontraba al otro lado del cristal y volvió a cerrar los ojos. Los toques se repitieron.

Se obligó a levantarse e ir hasta la ventana. Sin embargo, no la abrió. Se cruzó de brazos frente a ella. Pese a las sombras que se proyectaban sobre su rostro y que vestía completamente de negro, pudo ver el hoyuelo que apareció junto a sus labios cuando le sonrió.

—Lárgate —le exigió, a pesar de las preguntas que aún rondaban su mente.

Ella puso los ojos en blanco.

—Abre de una vez, Donaldson.

Tardó un minuto largo en ceder y, tras hacerlo, mantuvo una expresión neutral a la espera de que soltara lo que quiera que había venido a decirle. Sintió sus ojos descender por su cuerpo para luego emprender el camino de vuelta y centrarse en su cara.

—Ya he hablado con Austin —comentó, al ver que Sean no decía nada—. Acaba de marcharse.

—Me alegro, sobre todo por él —replicó Sean, con no poco sarcasmo, aunque en realidad estaba siendo sincero.

Hizo ademán de volver a cerrar la ventana pero ella colocó la mano en el marco y lo detuvo.

—¡Espera!

La chica se inclinó sobre el hueco y, con extrema agilidad, se coló en la habitación antes de que pudiera hacer nada por detenerla.

Sean suspiró.

—Mira, estoy demasiado cansado para esta mierda —le dijo, cuando ella fue a sentarse sobre la cama, tal y como había hecho esa misma tarde—. El entrenamiento de hoy ha sido un infierno y lo único que quiero es acostarme. Mañana tengo clase a primera hora...

La chica agitó la cabeza a un lado y al otro, divertida.

—Esperaba un poco más de energía y resistencia del *quarterback* titular de los Bruins —se rio.

Alzó una ceja, desafiante, y Sean no pudo evitar morder el anzuelo. Se

acercó a la cama y fue inclinándose muy despacio hasta que ella terminó tumbada sobre el colchón; sus labios a apenas unos centímetros de distancia.

—Te aseguro que soy muy, muy resistente —aseguró en voz baja.

Mantuvo las manos a los lados de su cabeza para evitar tocarla pero, incluso sin rozarse más allá de la caricia de su aliento sobre los labios del otro, Sean sintió cómo la excitación comenzaba a apoderarse de su cuerpo. La actitud de la chica se tornó aún más desafiante.

Esta vez, Sean se contuvo.

—Pero no es algo que vaya a demostrarte —concluyó, incorporándose. No supo discernir si su afirmación la decepcionaba, más bien parecía sorprendida—. No sé lo que hay entre Crowley y tú, pero no vuelvas a hacerme mentir por ti.

Dio un paso atrás y ella se sentó de nuevo. Cruzó las piernas y ladeó la cabeza mientras le observaba con curiosidad, como si lo que había dicho no tuviera sentido para ella.

—Ya he aclarado las cosas con él —repitió—, solo quería que lo supieras.

Sean se ablandó en parte, muy a su pesar. Una vez más, entrevió a la chica vulnerable y desvalida, si bien, desconocía si aquello era parte del juego que parecía traerse entre manos. Nunca había sido muy bueno a la hora de calar a la gente a las primeras de cambio, pero con ella iba totalmente a ciegas.

Asintió.

—Sigo sin saber cómo te llamas.

La chica se puso en pie y fue hasta la ventana.

—Ponte algo de ropa —le dijo, esbozando una sonrisa mientras volvía a repasar su figura con descaro—. Ven a dar una vuelta conmigo y puede que te lo diga.

La curiosidad de Sean creció conforme recorría su torso desnudo. Todo lo que llevaba puesto eran un pantalón de deporte corto que usaba para dormir. Tras la conversación de esa tarde con Crowley, no tenía intención alguna de tontear con aquella chica; no eran de los que iban por ahí metiéndose en medio de relaciones —fueran más o menos serias—. Sin embargo, no había nada de malo en ir a dar una vuelta con ella, ¿no?

«Solo hasta que sepas su nombre», se prometió, a pesar de que no tenía por qué importarle ese detalle ni ningún otro.

—Está bien —aceptó.

Metió los dedos en la cinturilla de su pantalón y esperó unos segundos. Cuando fue obvio que la chica no tenía intención de mirar hacia otro lado, simplemente tiró hacia abajo.

3

No se podía negar que Sean Donaldson tenía un físico de escándalo, algo evidente incluso con ropa. La chica se recreó con la visión del desnudo frontal que le estaba ofreciendo. Sus músculos estaban bien definidos y su cuerpo resultaba fibroso y proporcionado, con la agilidad típica de un *quarterback*.

Al darse la vuelta para ir hasta el armario, la cosa mejoró más si cabe.

«Eso sí que es un buen culo», gimió para sí misma.

Sus músculos se contraían de forma alternativa al andar en un movimiento totalmente hipnótico. Trató de permanecer impassible cuando Sean se enfundó unos vaqueros sin molestarse siquiera en ponerse ropa interior y se giró en su dirección con la cremallera aún bajada. La sonrisa que asomó a sus labios mientras tiraba de ella y abrochaba el botón del pantalón le indicó que no le molestaba en absoluto la insistencia de su mirada.

Ahora sí que podía asegurar que la ropa no le hacía justicia a aquel trasero redondo y respingón.

—Podrías decirme tu nombre dado que ya me has visto desnudo... — señaló, sin dar muestras del mínimo pudor porque así fuera.

—Yo y la mitad de este campus, Donaldson —replicó ella, devolviéndole la sonrisa—, y seguro que no recuerdas el nombre de todas esas chicas.

Soltó una carcajada al escuchar su repuesta.

—Procuro recordarlos. Apuesto a que recordaría el tuyo.

—No lo dudo, pero vas a tener que hacer algo más que desnudarte para conseguirlo.

Sean aceptó el reto con un asentimiento y terminó de vestirse.

—Será mejor que cojas algo de abrigo —sugirió ella, impaciente—. Lo necesitarás.

La temperatura era aún agradable pero decidió no discutir.

—Vuelvo enseguida.

Salió del dormitorio para recuperar la sudadera de los Bruins que continuaba guardada en su bolsa de deporte, solo que al regresar la chica ya no estaba. Se asomó a la ventana y miró arriba y abajo, pero no había ni rastro. Lo de desaparecer de su habitación empezaba a convertirse en una costumbre para

esa chica.

Metió la cabeza en el interior y, desconcertado, echó un vistazo a su alrededor, como si esperase que saliera de debajo de la cama en cualquier momento. La historia se repetía.

—¿Preparado? —La voz a su espalda lo sobresaltó.

Al girarse a toda prisa se encontró con que volvía a estar en el mismo sitio que minutos antes. Llevaba una especie de bolsa de tela con algo redondo del tamaño de un balón de baloncesto. Desde luego, lo último que esperaba era que fuera a arrastrarlo a las canchas del campus y, además, ese no era precisamente su deporte favorito. Tampoco se la imaginaba jugando a ella, menuda como era.

—Sabes que podemos salir por la puerta y tomar el ascensor, ¿verdad? —comentó, cuando ella hizo ademán de descender por la escalera de incendios.

—¿Dónde está tu espíritu aventurero, Donaldson? Quizás no deberías venir conmigo —repuso la chica, que no esperó para ver si le seguía.

Comenzó a descender sin volver la vista atrás. Aunque era su segundo año en UCLA, se había mudado tan solo unas semanas antes a aquel edificio. Le encantó que la ventana de su habitación diera a la escalera. No era que tuviera por costumbre hacer uso de ella, pero le alegraba tenerla a su disposición y, en esa ocasión, salir por la entrada principal requería dar un pequeño rodeo.

No sabía muy bien por qué había invitado a Donaldson a acompañarla. Los jugadores de fútbol no eran precisamente su debilidad, procuraba mantenerse alejado de ellos y de la atención que atraían fueran dónde fueran dentro del campus. Austin había sido una excepción, era mucho más amable y menos arrogante que el resto de sus compañeros de equipo. Sin embargo, allí estaba con Donaldson, ni más ni menos que el *quarterback* de los Bruins. Parecía haber entrado en alguna clase de espiral autodestructiva pero se negaba a pensar en ello.

No le costó alcanzar el suelo del callejón al que daba aquella parte del edificio y, solo entonces, alzó la mirada para comprobar los avances del chico. Este se descolgó con agilidad y se plantó a su lado con mayor rapidez de lo que había esperado.

—¿Y ahora qué? —inquirió él.

—Ahora te pones esto.

Sacó el casco de la bolsa en el que lo guardaba. No recordaba la última vez

que alguien había hecho uso de él, puede que nunca. Se lo tendió y trotó hacia una zona del callejón que quedaba en sombras, dónde estaba aparcada su moto. Había pocas cosas que adorara más que la sensación que le provocaba conducirla de noche, cuando gran parte de la ciudad dormía y el tráfico era menos denso. La tranquilizaba y, al mismo tiempo, le proporcionaba un subidón de energía.

Sean soltó un silbido de admiración.

—Bonita moto.

Esperó que, a continuación, cuestionara si era suya o si sabía siquiera conducirla, algo que solía ocurrirle con demasiada frecuencia, pero él se limitó a rodear el vehículo sin dejar de mirarlo.

—Nunca he ido de paquete —se rio, y pareció nervioso.

Solo por eso le cayó un poco mejor. Los tíos se mostraban intimidados buena parte de las veces o bien se burlaban de ella. Tal vez Donaldson no resultara tan capullo como había esperado.

Abrió el candado que mantenía asegurada la moto y su propio casco, y se puso este último sin decir una palabra para a continuación acomodarse en el asiento. Sean tampoco abrió la boca al montar tras ella. No fue hasta que la puso en marcha y el motor vibró bajo sus cuerpos cuando se decidió a hablar:

—¿A dónde vamos? —inquirió, elevando la voz para hacerse oír.

Una sonrisa asomó a los labios de la chica, aunque él no pudo verla.

—A ningún lado —replicó, y aceleró para salir del callejón.

No siguió ruta alguna mientras recorría las calles de Westwood, el barrio en el que se encontraba el campus de la universidad. En Westwood Bulevar apenas encontraron tráfico, lo que le permitió aumentar la velocidad. Trató de no dejarse llevar demasiado y mantener la aguja del velocímetro por debajo del límite permitido. Aquellos paseos eran de las pocas cosas que lograban calmarla aunque bien sabía que, por mucho que corriera, había cosas que no podían dejarse atrás. Así y todo, su dormitorio y esa moto resultaban los únicos dos refugios para ella, y era irónico que en ambos la acompañará tan solo la soledad.

Salvo hoy. Ni siquiera entendía por qué había invitado a Donaldson. Tal vez se sintiera culpable por haberle hecho mentir. Le había sorprendido no solo que se hubiera enfadado por ocultarle a Austin que estaba en su casa sino el hecho de que se hubiera preocupado tanto cuando había desaparecido sin decir nada.

«No hagas un drama de esto —se dijo, tomando conciencia de la forma en

la que los brazos de Sean le rodeaban la cintura y su pecho se amoldaba a la curva de su espalda—. No le debes nada a este tipo. Ni a nadie.»

Dejó la mente en blanco y se concentró en conducir.

Mientras los edificios pasaban a toda velocidad junto a él, Sean entendió por qué le había sugerido que cogiera algo de abrigo. El verano apenas había dejado paso al otoño y el clima de California era, por lo general, bastante benigno. No obstante, notaba el aire enfriándole las manos que mantenía sobre el estómago de la chica. Ella parecía absorta en la carretera, ajena incluso a su presencia, como si su mundo se limitase a la moto y el asfalto bajo las ruedas de esta. Cuando se inclinó un poco más sobre el manillar, él la imitó y mantuvo el pecho contra su espalda. Sus pieles estaban separadas por varias capas de ropa, incluyendo la cazadora de cuero que ella vestía y que se había dejado abierta para que no dificultara sus movimientos al conducir, y, sin embargo, a Sean la situación le resultó extremadamente íntima. No era que la lista de chicas que habían pasado por sus brazos fuera corta, pero había algo en aquella situación que le hizo sentir incómodo a la vez que le resultaba reconfortante. Puede que fuera consecuencia de la actitud también contradictoria de ella, o tal vez se tratase solo del cansancio que acumulaba.

—¿Sabes que Marilyn Monroe está enterrada ahí? —comentó, cuando giraron para adentrarse en Wilshire Bulevar y pasaron junto al Westwood Village Memorial Park.

—No me gustan los cementerios. —Fue su respuesta, y percibió con claridad cómo se estremecía.

No añadió nada más y, tal y como había dicho, muy pronto quedó claro que no se dirigían a ningún lado. Sean supuso que lo único que pretendía era disfrutar de un paseo en moto, lo que no entendía era por qué le había pedido que fuera con ella.

Durante el resto del tiempo que estuvieron dando vueltas, Sean dejó de prestar atención a lo que le rodeaba de forma paulatina. Conforme fue acostumbrándose a la sensación de tener a aquella extraña chica entre los brazos, a seguir los movimientos de su cuerpo y de la moto con el suyo, una sensación de libertad creció en su interior, lo cual no dejaba de resultar aún más extraño porque siempre había sido de los que hacían lo que deseaban en cada momento. Pero de alguna manera, la oscuridad y las luces nocturnas, el frío en sus manos,

la velocidad a la que se movían y el cuerpo al que se aferraba se convirtieron en algo distinto.

Se rio de sí mismo al darse cuenta de que posiblemente se estaba poniendo demasiado profundo. Aquello no era más que un simple paseo en moto con una chica por la que no debería albergar más interés que el de mantenerla alejada. Aunque no supiera mucho de ella, reconocía las complicaciones a kilómetros de distancia.

Regresaron tras recorrer gran parte de Westwood y los alrededores. No hubo más charla entre ellos. Sean pensaba en lo absurdo del improvisado paseo al bajarse de la moto. Cuando la chica apagó el motor y se quitó el casco, contempló sus labios curvarse levemente. Era muy diferente al gesto burlón que le había mostrado en algunos momentos de esa misma tarde, aunque tampoco tenía nada que ver con la fingida inocencia que había atisbado en otros. Una vez que se hubo deslizado a su lado, la sombra de aquella sonrisa desapareció tan rápido como había aparecido, pero estaba seguro de que no se lo había imaginado.

—Bueno... —suspiró, sin intención de decir mucho más.

Ella levantó la vista del suelo y le brindó una sonrisa mucho más ensayada.

—¿Sabes? Salí unas cuantas veces con un tipo con moto y nunca permitió que fuera yo quien le llevara. Tú no has dicho una palabra al respecto.

Sean se encogió de hombros.

—¿Sales con muchos capullos?

La pregunta le arrancó una carcajada y en esa ocasión fue él el que sonrió al escucharla reír.

Sean hizo ademán de dirigirse al portal del edificio pero enseguida recordó que no había cogido las llaves. Ella, en cambio, fue directa hacia la escalera de incendios, por lo que se resignó a seguir sus pasos. Aprovechó para echarle una nueva ojeada a sus piernas y a su no menos atractivo trasero.

Al llegar a la quinta planta, la chica no se detuvo.

—Pensaba que después de nuestra primera cita me dirías tu nombre —señaló, y ella aún subió algunos escalones más antes de detenerse.

—¿Primera cita? —repitió, divertida—. Esto no era una cita, Donaldson. Si te soy sincera, no soy de las que tienen citas.

Él permaneció inmóvil frente a la ventana que daba acceso a su dormitorio,

con la barbilla alzada, esperando. Sus miradas se enredaron durante un minuto largo y a Sean le dio la sensación de que se establecía entre ellos alguna clase de batalla de voluntades. No iba a apartar la vista por mucho que ella le estuviese atravesando con esos ojos castaños.

Aún tardó otro minuto más en despegar los labios. Desde luego, era obstinada.

—Olivia —murmuró, y continuó ascendiendo.

—¿Ollie? —tanteó, aunque por algún motivo estaba casi seguro de que eso la irritaría.

Tal vez por eso lo hacía.

—No. ¡Solo Olivia! —le gritó desde la planta superior.

No pudo ver si el apelativo la divertía o no, aunque eso tampoco lo detuvo.

—¡Está bien! Será Liv entonces.

4

Con el paso de los días Sean no recibió más *visitas* sorpresa. No hubo golpes en la ventana ni ninguna otra irrupción en su apartamento por parte de su desconcertante vecina, ni siquiera se cruzó con ella en el ascensor a pesar de que, por lo visto, vivían en el mismo edificio. Casi había esperado encontrarla colándose en su dormitorio. Sin embargo, el ritmo intenso de los entrenamientos combinado con las clases terminó por enviar los recuerdos de lo sucedido a un rincón de su mente. Para cuando llegó el viernes en lo único en lo que pensaba era en destrozar a los jugadores de Stanford en el campo al día siguiente.

Al llegar del entrenamiento, exhausto, se fue directo a su dormitorio. Abrió por inercia la ventana, como había hecho cada noche desde su salida con Olivia, sin pararse a pensar en lo que hacía. Se apoyó en el marco y sacó la cabeza al exterior. La brisa fresca que se había levantado esa misma tarde, pero no bastó para refrescarle a pesar de que el otoño proseguía su avance silencioso y la temperatura descendía de forma notable por las noches. De igual forma, el frío de California no era en absoluto comparable al de Ohio.

Cerró los ojos durante unos segundos y trató de relajarse. Ansiaba deshacerse de la ropa y meterse en la cama. Siendo viernes, el entrenador les había advertido sobre lo que pasaría si a alguno se le ocurría salir de fiesta o emborracharse y presentarse en el campo con resaca. No era que varios de sus compañeros no fueran a ignorar sus amenazas, pero Sean se tomaba muy en serio su carrera en ese aspecto y se había marchado directo a casa. Ya se resarciría en la fiesta después del partido.

Estaba a punto de sucumbir al cansancio y meterse en el interior cuando le pareció escuchar un quejido. Alzó la cabeza por puro instinto y escrutó las sombras, sin saber muy bien qué buscaba. El callejón no estaba particularmente bien iluminado y era difícil discernir si había alguien asomado a alguna de las otras ventanas. Agudizó el oído y el ruido se repitió. Empujado por la curiosidad, se deslizó al exterior, preguntándose cuándo demonios se había vuelto tan cotilla como para espiar a sus vecinos.

Siguió el sonido hasta la planta superior, dónde cesó de manera repentina. Para entonces ya había descubierto un bulto negro entre las sombras, una planta

más arriba. Algo avergonzado, continuó ascendiendo. En un primer momento pensó que se trataba de un niño, hasta que se dio cuenta de que era Olivia. Se había sentado bajo la ventana por la que la había visto colarse días antes, con las rodillas encogidas contra el pecho y la cabeza escondida entre estas. Su pelo lucía recogido en un moño desordenado del que escapaban diversos mechones. Allí, acurrucada, no parecía más que una cría asustada.

—Ey, ¿estás bien? —murmuró, preocupado.

Se arrodilló frente a ella. No llevaba más que una camiseta sin mangas y Sean apenas si pensó en lo que hacía cuando colocó las manos sobre la piel descubierta de sus brazos.

—Estás helada.

Olivia se estremeció al sentir que la tocaba.

—No hace tanto frío —musitó, aún con la barbilla baja.

—¿Estás bien? —repitió él, sin saber muy bien qué más hacer—. ¿Qué haces aquí fuera?

No quiso hacer mención al hecho de que había escuchado sus sollozos, ni tampoco a que, en ese mismo instante, vislumbró una lágrima resbalar por su mejilla e ir a parar a la comisura de su boca. No titubeó a la hora de secársela con el pulgar y, en esa ocasión, fue él el que sufrió un leve estremecimiento. Sus labios eran cálidos y su piel tan suave que Sean se demoró varios segundos antes de retirar la mano precipitadamente.

La caricia consiguió que Olivia levantara la cabeza y clavara sus ojos en él.

—Estoy bien —aseguró, y, de algún modo, Sean supo que estaba mintiendo—. Iba a salir a dar una vuelta con la moto pero he cambiado de opinión.

Su afirmación le convenció del todo de que no decía la verdad. Ella misma le había advertido la otra noche de que cogiera abrigo antes de su paseo nocturno. Olivia ni siquiera llevaba una chaqueta encima en ese momento.

Sean se quitó la sudadera y se la pasó por los hombros. Acto seguido se sentó a su lado. Cuando se acomodó y volvió a mirarla, la descubrió observándole con las cejas arqueadas y un asomo de sonrisa bailando en sus labios. Parte de la tristeza de sus ojos había desaparecido, algo que le provocó cierto alivio.

—No te hacía tan caballeroso, Donaldson.

—Solo lo he hecho por quedar bien —bromeó él, y le dio un empujoncito

con el hombro—. Pensaba que me la lanzarías a la cara y podría ponérmela de nuevo con la conciencia tranquila.

Olivia rió abiertamente.

—Eso te pega más.

El sonido de su risa se fue apagando y el silencio los envolvió en forma de una calma cómoda.

Sean apoyó la cabeza en el frío metal contra el que ya reposaba su espalda y suspiró. El cansancio no había desaparecido. No entendía muy bien qué hacían los dos allí sentados ni por qué ella se comportaba como si no pasara nada, aunque tampoco esperaba que le contara lo que sea que había provocado sus lágrimas; apenas se conocían y no tenían esa clase de confianza.

Olivia, por su parte, estaba inmersa en una lucha contra sí misma. Sabía que debía despedirse de Sean y meterse en su habitación, pero la calidez que sentía allí donde su costado estaba en contacto con el de aquel chico la reconfortaba.

A pesar de lo que le hubiera dicho, no creía que fuera un mal tipo o uno de esos cabrones que se aprovechan de las chicas a base de promesas que nunca estaban dispuestos a cumplir. Además, no se podía negar que era muy atractivo y que ni siquiera ella era inmune a esa sonrisa tan sensual y provocadora que encandilaba a toda chica con la que se cruzaba. Sean Donaldson era de sobra conocido en el campus y no solo porque fuera el *quarterback* titular de los Bruins. Su fama de mujeriego era legendaria. Pero nada de eso preocupaba a Olivia. Ella tenía sus propias reglas en cuanto a relaciones, tanto en lo referente a la amistad como en las amorosas.

—¿Qué tal las cosas con Crowley?

La pregunta la sacó de sus divagaciones y la arrastró de nuevo al presente. Sean pareció arrepentirse de haber hablado en cuanto terminó de pronunciar el nombre de su compañero de equipo.

—No es que quiera inmiscuirme en lo vuestro ni nada de eso... —balbuceó a continuación y, solo por ese detalle, Olivia consideró la idea de contestarle.

—Se lo ha tomado bien. Es un buen chico —concluyó, finalmente.

Evitó añadir que se merecía a una buena chica, una que pudiera corresponderle, y esa no era ella. No quería suscitar preguntas para las que no tenía respuesta. Lo que sí sabía era que Austin buscaba algo más que un revolcón de una noche. Tal vez por eso había acabado un par de semanas antes

con él y por el mismo motivo había terminado luego huyendo en dirección contraria. Ni ella misma se entendía a pesar de decirse que tenía muy claro lo que quería y lo que no.

—Buscaba a Cam.

Sean, confuso por su comentario, se giró hacia ella.

—¿Crowley? —inquirió, sin entenderla.

Ella negó y soltó una pequeña carcajada.

—En realidad, el día que irrumpí en tu apartamento iba buscando a Cam —confesó en un arrebato de sinceridad.

—¿Quieres decir que no esperabas encontrar al gemelo guapo? —bromeó él, mostrándose falsamente indignado—. ¿Os conocéis?

Asintió de forma repetida y sonrió, dejando al descubierto el hoyuelo de su mejilla. Sean sintió la tentación de volver a rozar su rostro con la yema de los dedos, aunque el pensamiento desapareció con rapidez al caer en la cuenta de que era su hermano el que estaba provocando esa sonrisa.

—Coincidimos en una clase el año pasado —admitió ella.

Sean arqueó las cejas, suspicaz.

—Pensaba que eras una novata —señaló, y Olivia le respondió con un codazo reprobatorio.

—¿Qué edad crees que tengo?

Bajó la mirada hasta su cuerpo. Continuaba acurrucada bajo su sudadera, con las piernas contra el pecho, y conservaba parte de esa expresión de cachorrillo abandonado que le decía que no había olvidado lo que la había entristecido. Incluso días antes, al colarse en su casa y mostrarse mucho más desafiante, había creído que no era mayor que su hermana Aria. Su constitución menuda tampoco ayudaba.

—¿Quince? Dieciséis como mucho —la picó a sabiendas.

Olivia puso los ojos en blanco con tanto dramatismo que tuvo que reírse. De repente, ya no le parecía tan joven y ni mucho menos tan desconcertante como durante la visita a su apartamento. Tan solo parecía alguien más perdido de lo que a primera vista pudiera aparentar.

—Así que buscabas al hermano responsable y acabaste en el dormitorio del cara dura de la familia —continuó bromeando, sin querer admitir que sentía curiosidad por cuánto se conocían Olivia y Cam.

Las cejas de la chica salieron disparadas hacia arriba al escuchar la afirmación de Sean.

—No me colé en tu habitación con segundas intenciones, Donaldson —le espetó, con tono divertido—. No todas las chicas de este campus están locas por ti.

—Solo la mayoría —se jactó Sean, para contradecirla.

Olivia resopló ante su excesiva seguridad. Si bien, no se tomó sus bravatas en serio. Al contrario de lo que cualquier podría creer, Sean Donaldson le parecía de lo más inofensivo. Sabía cómo lidiar con los chicos como él.

Permanecieron unos minutos en silencio.

Olivia agradeció la distracción que suponía tenerle sentado a su lado mientras alzaba la barbilla para contemplar las pocas estrellas que se dejaban ver esa noche. Grupos de nubes llegaban desde el este y amenazaban con cubrir por completo el cielo. Al menos el frío que se había apoderado momentos antes de su pecho, y que no tenía nada que ver con el clima, iba remitiendo poco a poco, ayudado por el calor que desprendía Sean y por su mera presencia. No quiso pensar en lo necesitada que debía sentirse en realidad para contentarse con pasar el rato con un extraño.

—¿Irás mañana al partido? —inquirió él, rompiendo la comodidad del silencio en el que se habían sumido.

Se obligó a no reír.

—No lo creo.

—¿No te gusta el fútbol? —aventuró Sean, intrigado por su reacción.

Olivia se encogió de hombros.

—No me gusta estar rodeada de tanta gente...

«Extraña», concluyó para sí misma.

No contaba con más que unos pocos conocidos en el campus. Tampoco era que le amedrentara el hecho de ir a ver un partido sola. Sin embargo, nunca había encontrado ningún aliciente para ello; prefería ser protagonista de la acción y no una mera espectadora. Pero esa era la clase de pensamiento que no compartiría con él ni con nadie. No le importaba demasiado si la gente creía que era una inadaptada social o cualquier otra chorrada por el estilo.

—¿Es importante? El partido quiero decir.

Sean pasó a relatarle las estadísticas de encuentros pasados en los que se

habían enfrentado a Stanford y la presión para hacerse con la victoria al día siguiente. También aprovechó para hacer mención a la posterior fiesta a la que acudiría el equipo y una parte considerable de los estudiantes del campus. Olivia no pudo reprimir una mueca y eso bastó para hacerle saber que tampoco asistiría.

—Tengo planes para el domingo —repuso ella, sin saber por qué demonios estaba dándole explicaciones.

Se puso en pie de forma precipitada, decidida a dar por concluida la conversación, y se adelantó hasta el hueco de su ventana. El dormitorio permanecía a oscuras y, cuando su vista tropezó con las sombras que danzaban en su interior, deseó no haberse apresurado tanto. Se quedó observando la negrura de la estancia, hipnotizada, y pensamientos igual de sombríos regresaron desde el fondo de su mente.

—¿Qué clase de planes?

Dio media vuelta y contempló al fornido *quarterback*, que también se había incorporado y le dedicaba una media sonrisa. Durante unos segundos, se perdió en la leve curva que revoloteaba en sus labios, hasta que Sean chasqueó los dedos frente a sus ojos para atraer su atención.

—¿Qué? —Se escuchó decir, porque no tenía ni idea de qué le había preguntado.

—Tus planes para el domingo... si pueden saberse.

Agitó la cabeza, en algo parecido a una negativa, y acto seguido se introdujo en el interior de la casa y cerró la ventana tras de sí. Se reprochó haber flaqueado. Si Sean Donaldson creía que eran amigos o algo similar, no podía estar más equivocado.

5

—¿Estás listo?

Sean giró sobre sí mismo y se encontró a su hermano en la puerta de su habitación. Cam solía asistir a todos los partidos o al menos a aquellos que tenían lugar en el estadio local. Algunas veces incluso se desplazaba con él. A mitad de temporada se enfrentarían a Berkeley, el equipo del novio de su hermana, y ya habían acordado que aprovecharían para pasar el fin de semana con Max y con ella.

Sean asintió mientras guardaba algo de ropa para después.

—¿Lo de Hollis sigue en pie? —inquirió Cam, y él asintió de nuevo—. Iremos con mi coche entonces.

A punto estuvo de poner los ojos en blanco ante su tono paternalista. Al contrario que Sean, Cam nunca bebía y, por tanto, era habitual que se encargara de conducir cuando salían de fiesta. No iba a ser él el que se quejara al respecto, pero a su gemelo le encantaba representar el papel de hermano mayor a pesar de que lo único que había hecho era nacer un par de minutos antes.

—Termino aquí y nos vamos.

—Te espero en el coche —replicó Cam, dejándole a solas para que acabara de guardar sus cosas.

Apenas unos segundos después de que escuchara la puerta de la entrada cerrarse, varios golpes resonaron a través del salón. Dio por sentado que era su hermano el que llamaba.

—¡Luego soy yo el olvidadizo! —se quejó, mientras acudía a abrirla.

Sin embargo, no fue a Cam a quién encontró tras la puerta.

Se disponía a soltar una nueva burla cuando sus ojos tropezaron con los de su vecina. La noche anterior lo había dejado plantado en la escalera de incendios sin dignarse siquiera a despedirse ni a devolverle la sudadera que ahora mantenía apretada contra el pecho con un cuidado innecesario. Todavía no había decidido si la chica estaba mal de la cabeza o era él el que había dicho algo inapropiado, aunque por más vueltas que le había dado no había sido capaz de descubrir de qué podía tratarse. Su actitud errática, desde luego, dejaba bastante que desear. Aun así, la curiosidad de Sean no cesaba de crecer.

Claro que... donde las dan las toman.

Empujó la puerta y esta se cerró de un portazo.

—¡Joder, Donaldson! —protestó Olivia desde el descansillo.

Añadió al menos un par de maldiciones que bien podrían rivalizar con las que soltaban algunos de sus compañeros de equipo tras un placaje demasiado duro.

Sean no pudo evitar reírse. Para ser tan menuda, tenía un genio de mil demonios.

Esperó al menos medio minuto antes de volver a abrir y, para su sorpresa, en vez de una expresión de enfado se encontró con un rostro que emanaba una candidez que solo podía ser fingida.

—Tú tienes un desdoblamiento de personalidad o algún problema por el estilo, ¿verdad, Liv?

Empleó el diminutivo que le había adjudicado solo para descubrir si le molestaba, aunque no esperó para comprobarlo. Dejó la puerta abierta y echó a andar en dirección a su dormitorio. No podía llegar tarde al partido y algo le decía que, si no hubiera abierto la puerta, su desesperante vecina no habría tardado en colarse por la ventana.

Cerró la cremallera de su bolsa y la cargó sobre su hombro.

—Sí que tengo un problema —replicó ella, interponiéndose entre él y la puerta del dormitorio.

—No lo dudo. Eso es mío —agregó Sean, señalando su sudadera—. ¿Me lo devuelves o tengo que arrancártelo de las manos?

Empezaba a perder la paciencia.

—Es parte del problema.

—Es mi favorita —señaló, adelantándose hasta que apenas si restaba espacio entre ellos.

Olivia se mantuvo inmóvil pero tuvo que alzar la vista para mirarle a los ojos. Ignoró el comentario del *quarterback* y sus intentos por resultar amenazador.

—Necesito que me hagas un favor.

—Ni lo sueñes, sea lo que sea —se negó Sean, aunque no imaginaba qué podría querer pedirle.

Ella agitó las pestañas como ya la había visto hacer el día que la conoció y,

además, también sonrió hasta dejar al descubierto el hoyuelo de su mejilla. Sean titubeó tan solo unas décimas de segundo, pero fue suficiente.

—Ten —le dijo, tendiéndole la sudadera con el mismo mimo que había empleado para sostenerla hasta ese momento.

Cuando Sean quiso darse cuenta de que entre los pliegues de la tela había acurrucada una ronroneante bolita de pelo gris, Olivia ya se encaminaba hacia la salida.

—¿Qué demonios?! —exclamó, y a punto estuvo de dejarlo caer—. ¡Liv! ¡Olivia! —Se apresuró a seguirla y la alcanzó cuando estaba saliendo del apartamento. Tuvo que alargar la mano para retenerla mientras que con la otra acunaba al gatito—. ¿Qué se supone que voy a hacer yo con eso?

Ella ladeó la cabeza y le dedicó una sonrisa radiante, hoyuelo incluido, y, cuando habló, su tono resultó dulce pero autoritario.

—Eso es un precioso gato y se llama Perseo —señaló, y Sean se descubrió con los ojos fijos en la curva de sus labios—. Me lo ha regalado mi padre y da la casualidad de que mi compañera de piso es alérgica. Muy alérgica —recalcó, amagando un puchero, y él no supo si reírse o llorar—. Necesito que lo cuides mientras busco una solución.

—¿Yo? —replicó Sean, horrorizado.

No tenía ni idea de cómo cuidar a ninguna clase de animal.

—Sí, Donaldson. ¿Crees que podrías pensar en alguien que no seas tú mismo durante unos días?

Lo último que deseaba Olivia era tener que pedirle algo precisamente a él, menos aún después del desplante de la noche anterior, pero cuando Maya había aparecido después de varios días quedándose en casa de su novio y se había puesto a estornudar como una loca, no se le había ocurrido nada mejor que recurrir a los Donaldson. Esperaba haber encontrado a Cam y no a Sean, pero no le iba a quedar más remedio que contentarse con el gemelo que tenía delante.

—¡Ni hablar! —replicó él, más alarmado si cabe—. Quiero decir... sí que puedo pensar en otra persona, no solo sé pensar en mí mismo —prosiguió, atropelladamente—, pero no quiero un gato. No puedo tener un gato.

—¿Te lo ha prohibido tu casero?

Sean negó, confuso, preguntándose por qué continuaba discutiendo con ella y no le devolvía el cálido bulto que había empezado a acunar sin siquiera darse

cuenta.

—Vale, pues te lo quedas.

—Pero, pero yo...

Olivia volvió a sonreír y Sean se perdió una vez más en las líneas de su rostro, olvidando negarse a la alocada propuesta.

—Mírale, le encantas —comentó la chica, sin apiadarse de su desconcierto.

Sean bajó la mirada y contempló al gatito enroscado entre sus brazos. Cuando volvió a alzar la vista, Olivia ya no estaba. No tenía muy claro lo que acababa de suceder, lo único que sabía era que llegaba tarde a un partido y que, de repente, tenía una mascota.

Maldiciendo entre dientes, se vio obligado a improvisar. Regresó a su dormitorio, tiró de la colcha hasta formar un revoltijo junto con las sábanas y depositó al cachorrillo entre ellas. El gato se acomodó enseguida tras exhalar un débil maullido. Se aseguró de que la ventana estaba cerrada aunque mantuvo el pestillo sin pasar por si Olivia volvía a por el animal. Tras contemplar la escena y maldecir una vez más, se recordó que llegaba tarde al partido. A su vuelta tendría que ir en busca de Olivia para devolvérselo; ni en broma se iba a hacer cargo de él. Si lo dejaba allí era tan solo porque no tenía tiempo para ir ahora hasta su piso.

En cuanto llegó a la calle y se deslizó en el asiento del copiloto, se lanzó a interrogar a su hermano.

—¿Conoces a Olivia? Vive dos pisos más arriba que nosotros. Castaña, menuda, con unas piernas jodidamente increíbles y una mente aún más jodida.

Cam arqueó las cejas y una sonrisa burlona asomó a sus labios.

—¿Le has tirado los tejos y te ha dado calabazas o algo así? —se mofó, consciente de lo molesto que parecía su hermano.

—Es la novia de Crowley, o la exnovia... o lo que sea —terminó por decir.

—¿Olivia es la chica que se coló en nuestro piso el otro día?

Cam ya había sacado el coche del aparcamiento. Le echó un rápido vistazo a su hermano para asegurarse de que le estaba entendiendo bien.

—La misma —afirmó este—. ¿Sabes de qué va? Porque se comporta... como una loca.

Por algún motivo evitó mencionar que se la había encontrado llorando la noche anterior y también que lo había plantado en las escaleras de incendios.

—No la conozco demasiado. Quedamos un par de veces para hacer un trabajo de clase pero poco más —le explicó, mientras se dirigía al campo de los Bruins—. Parece simpática.

—¿Te enrollaste con ella?

La pregunta abandonó sus labios con precipitación. Cam no era de los que iban alardeando de sus conquistas y él no solía indagar en las aventuras de su gemelo, aunque conocía a algunas de las chicas con la que había estado.

Cam apartó la mirada de la carretera durante un breve segundo. Una de sus cejas se alzó de forma exagerada.

—¿Qué pasa, hermanito? ¿Ahora te dedicas a cotillear en mi vida amorosa? —Su tono burlón irritó a Sean. Ni siquiera él sabía por qué tendría que importarle si habían estado o no juntos.

—Te buscaba a ti. El otro día, cuando irrumpió en casa, era a ti a quién buscaba.

Las carcajadas de Cam no tardaron en llegar. Se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—No tengo ni idea de por qué me buscaba —aseguró, haciendo un esfuerzo por permanecer serio, aunque estaba claro que ver a su gemelo confuso por la actitud de una chica lo divertía más que cualquier otra cosa. Aquello era totalmente nuevo.

—Olvidalo.

Sean continuó molesto el resto del camino. Por norma general, no se preocupaba demasiado por ese tipo de cosas. Estudiaba, se dejaba la piel en el campo y salía con chicas, aunque no eran más que rollos esporádicos, unas cuantas de noches a lo sumo. La historia de su hermana con Max durante ese verano le había dado en qué pensar, si bien, no creía estar preparado para una relación como la suya ni mucho menos haber encontrado a alguien que significara para él algo parecido a lo que Aria parecía ver en Max y viceversa. Lo que ambos sentían era obvio a ojos de cualquiera que los viera juntos, y él no estaba seguro de llegar a sentir algo así por nadie jamás. Parecía más dispuesto a continuar con su agitada e imprevisible vida sexual. Sin complicaciones ni dramas y, por supuesto, sin preocupaciones.

6

—No puedo creer que le hayas endosado ese bicho a los Donaldson — comentó Maya, aspiradora en mano.

También Olivia estaba sorprendida. Había pensado que Sean iba a devolverle el gato antes incluso de llegar a ponérselo en las manos, aunque tampoco era que le hubiera dado ninguna opción.

—Tan solo es un gatito —replicó ella, compadeciéndose del pobre animal.

No había tenido una mascota desde que era una niña, una gatita con el pelo de varios colores que había encontrado en el jardín trasero de la casa en la que vivía con sus padres. Estos le habían consentido que se quedara con ella siempre que se encargara de su cuidado y Olivia había cumplido con diligencia hasta que Manchas se escapó un día y no regresó. Lloró durante semanas e, incluso años después, continuó esperando que regresara.

Ahora, su padre había decidido regalarle una nueva mascota a saber por qué razón y, aunque en un primer momento no había querido saber nada de él, se descubrió llevándoselo a casa, poniéndole nombre y jugueteando con aquella bolita de pelo sobre la alfombra del salón. La misma alfombra que su compañera de piso se afanaba por dejar libre de pelos.

—Un gatito con mucha suerte. Yo también quiero que me adopten esos gemelos —suspiró Maya, a pesar de que hacía años que salía con Will.

Maya y él eran la clásica pareja que había permanecido junta tras acabar el instituto y habían elegido la misma universidad, solo que ellos parecían estar sobrellevando la locura de los primeros años en el campus y su relación aguantaba tan bien como el primer día. Eran todo lo que Olivia jamás llegaría a entender ni deseaba para sí misma.

De todas las compañeras de piso que había tenido, Maya era la única con la que había congeniado y lo más similar a una amiga. Desde que se mudó con ella, un par de meses atrás, no había insistido en que fueran juntas a todos lados o en conocer hasta el más mínimo detalle de su vida. Se limitaba a dejarla a su aire y, solo de vez en cuando, insistía para que salieran a tomar un café o a algunas de las fiestas que se celebraban en el campus. Si rechazaba la invitación, Maya no se ofendía ni tampoco parecía guardarle ningún tipo de rencor por ello, y eso era

algo que Olivia agradecía.

Se dejó caer sobre el sofá sin atender los esfuerzos de Maya por deshacerse de los pelos que Perseo pudiera haber dejado durante su corta estancia en el apartamento. Cerró los ojos y exhaló un largo suspiro. Apenas dos segundos más tarde, sintió el asiento hundirse a su lado y el ruido de la aspiradora cesó por completo.

—Siento lo del bicho.

Olivia tuvo que reírse. Maya no podía evitar odiar a cualquier animal que despertara su alergia pero, a pesar de la manera en que se refería a Perseo, su voz reflejaba lo culpable que se sentía.

—Yo también —replicó, cansada.

No abrió los ojos ni movió la cabeza, que mantenía apoyada en el respaldo. Su insomnio había empeorado en las últimas semanas y lo peor era que sabía que el agotamiento no sería suficiente para que, al meterse en la cama esa noche, consiguiera quedarse dormida. De lo que no era consciente era de que la causa de su cansancio no respondía tan solo a las escasas horas de sueño. Mantener a raya prácticamente a todo el mundo, alejar a los demás de sí misma, se había convertido en una tarea que realizaba por pura inercia pero que la estaba consumiendo por dentro.

—Hay una fiesta... —canturreó Maya, y, aunque no la estaba mirando, pudo imaginarla dando saltitos en el asiento.

—No.

Maya chasqueó la lengua pero no se dio por vencida y echó mano de la artillería pesada.

—¿Qué fue de aquello de vivir al día? ¿Ya te has cansado de poner a prueba tus límites? —la tentó, haciendo uso de sus propias palabras.

Olivia entreabrió los párpados y se incorporó ligeramente en el asiento.

—Explícame qué clase de emoción hay en ver a un montón de tíos emborrachándose después de ganar un partido. O de perderlo, tanto da —añadió, encogiéndose de hombros—. Paso. Tengo planes más interesantes para mañana.

—¿Qué es esta vez? ¿Puenting? ¿Paracaidismo? ¿Conducir como una psicópata hasta que se te acabe la gasolina, te quedes tirada en un bar cutre de carretera y tu compañera de piso tenga que ir a rescatarte?

El sarcasmo no le molestó en absoluto. En realidad, le gustaba ese rasgo de

Maya.

—No me rescataste —señaló—. Me estaba defendiendo bastante bien cuando llegaste.

La mirada de Maya dejó claro que no era así como lo recordaba ella, pero no dijo nada. Debía de ser de las pocas veces en las que Olivia se había visto obligada a recurrir a alguien para pedirle un favor, y la verdad era que no tenía muchas personas a las que recurrir. Si así hubiera sido, no habría tenido que llevar a Perseo con sus vecinos.

—Vamos, de todas formas no te meterás en la cama hasta bien entrada la madrugada —insistió Maya. A esas alturas, le extrañó que no hubiera desistido—. Y ya que vamos a ir juntas puedes presentarme a los Donaldson.

Ahora sí que se giró en el asiento para encarar a su compañera de piso.

—¿Por eso es por lo que quieres que vaya? —inquirió, divertida—. Porque puedes bajar, llamar a su puerta y presentarte tú misma. Aunque no creo que a Will le haga demasiada gracia.

—No me estropees la diversión —protestó Maya—. Tengo novio pero eso no implica que no pueda alegrarme la vista.

Olivia se encogió de hombros. No iba a contradecirla, estaba segura de que sus intenciones no iban más allá de hacerles un examen visual exhaustivo a los gemelos y, en todo caso, tontear un poco de manera inocente. Y aunque no fuera así, no era asunto suyo. Reflexionó acerca de las expectativas que tenía para esa noche y apenas si tardó un par de segundos en decidirse.

—Está bien —aceptó, finalmente—. Iré contigo.

De todas formas, apenas si iba a dormir tres o cuatro horas. La fiesta le serviría para matar el tiempo. Todo lo que tenía que hacer era evitar a Sean, que por supuesto estaría presente, no fuera a ser que decidiera arrastrarla de vuelta a casa y devolverle a su nueva mascota.

Maya tardó aún menos en salir corriendo en dirección a su dormitorio.

—¡Voy a vestirme! —gritó, emocionada.

Olivia puso los ojos en blanco. Se incorporó y se dirigió a su propia habitación para cambiarse de ropa. No se preocupó demasiado a la hora de elegir la ropa. Se enfundó unos pitillos oscuros y sus botas preferidas. Estaban tan desgastadas que, cada vez que se las ponía, se decía que tenía que comprarse unas nuevas. Si bien, nunca lo hacía. Había recorrido tantos caminos con ellas,

albergaban tantas historias y le traían tal cantidad de recuerdos...

Cuando quiso darse cuenta estaba contemplando sus pies con fijeza, sin saber cuánto tiempo llevaba observando aquel viejo par de zapatos. Se puso en marcha de nuevo. La mayor parte de los días prefería vestir camisetas o prendas más holgadas, pero esta vez optó por una de las blusas más atrevidas que tenía, fue la única concesión en cuanto a su atuendo. La prenda, de un rojo coral, era de gasa y, mientras que en la parte delantera apenas si revelaba nada de su escote, dejaba la zona de la espalda al descubierto casi en su totalidad.

No se planteó si dicha elección tenía algo que ver con la certeza de que el *quarterback* estaría allí, dado que pensaba evitar tropezarse con él, y tampoco quiso recordar el encuentro que había tenido lugar en la escalera de incendios la noche anterior. Sean Donaldson la había pillado en un momento de debilidad aunque, a decir verdad, se había sentido tan bien por una vez siendo... débil.

—¿Preparada?

Levantó la cabeza de golpe.

Maya le sonreía desde la entrada de la habitación, aunque frunció el ceño cuando su mirada se desvió hacia sus pies.

—Puedo prestarte unos zapatos que irían preciosos con esa blusa, aunque pensándolo bien... —añadió, mientras daba una vuelta a su alrededor—, dudo mucho que nadie se fije en tus pies.

—No pienso ir con tacones en la moto —se defendió Olivia, haciéndose con su cazadora.

La mirada de Maya se concentró entonces en su propia ropa. Llevaba un vestido corto cuya tela ondulaba a cada paso que daba, terminaría enseñando algo más que los muslos en cuanto Olivia acelerara para salir del callejón.

—No pienso ir en moto.

Olivia le lanzó otra de sus chaquetas de cuero y, en esa ocasión, fue ella la que sonrió.

Aún seguían discutiendo cuando salieron a la calle. Olivia, en deferencia a su compañera de piso, había bajado por el ascensor del edificio en vez de por el exterior, como solía hacer la mayoría de las veces si pensaba coger la moto. Quería llevársela por si decidía regresar antes de que Maya se aburriera o por si Will aparecía en la fiesta y tenía que volver sola.

—Nunca me has llevado —comentó su amiga, e hizo un gesto en dirección

al lugar en el que se encontraba aparcado el vehículo.

Olivia se percató de que era verdad. Las pocas veces que salían juntas solían pedir un taxi o bien Maya conducía el coche de Will, pero este había acudido al partido de los Bruins junto con algunos compañeros y a Maya no le había apetecido acompañarlo.

Su rostro se suavizó mientras esbozaba una sonrisa que puso al descubierto el hoyuelo de su mejilla. Al mismo tiempo, ladeó la cabeza ligeramente y la dulce expresión que tanto había desconcertado a Sean hizo lo propio con su amiga a pesar de que Olivia ni siquiera fue consciente de ello.

—Siempre hay una primera vez para todo, Maya.

Para cuando las dos chicas llegaron, el ambiente de la fiesta amenazaba con desmadrarse a pesar de que apenas hacía una hora que había finalizado el partido. La calle estaba atestada de coches y Olivia tuvo que zigzaguear entre ellos para encontrar una zona en la que poder dejar la moto. Finalmente, Maya había cedido y se había subido al vehículo. Se pasó el trayecto aferrándose con un brazo a la cintura de su compañera de piso mientras que, con la otra mano, sujetaba la falda de su vestido.

—No ha sido para tanto —se rió Olivia, tras ayudarla a bajarse de la moto.

Maya masculló una maldición y se volvió hacia el césped de la casa de la hermandad.

Imitando a su amiga, Olivia echó un vistazo al jardín delantero, plagado de estudiantes medio borrachos. A la derecha había un chico solo que no paraba de vomitar. No pudo evitar preguntarse por qué se había dejado convencer por Maya.

—La mitad de esa gente ni siquiera tiene edad para beber —señaló, aunque ella tampoco había cumplido los veintiuno.

—Los Bruins han ganado, solo lo están celebrando —replicó Maya, y Olivia resopló.

—Si hubieran perdido, no cambiaría nada. Sería la excusa perfecta para ahogar las penas en alcohol.

Su amiga le dio la razón con un leve encogimiento de hombros, sabedora de que no se equivocaba. Las fiestas en el campus, sobre todo las de las hermandades, siempre incluían una cantidad ingente de bebidas alcohólicas. Teniendo en cuenta que la casa de los *Beta Theta Pi* reunía a la mayoría de los jugadores del equipo de fútbol americano y que estos habían logrado vencer a Stanford, esa noche era probable que la celebración se les fuera de las manos.

Se acercaron a la puerta abierta, por la que no dejaba de entrar gente, y accedieron al interior. Había grupos por todo el hall de entrada que comunicaba con el salón e incluso en las escaleras. La música estaba demasiado alta y todo el mundo hablaba a gritos, o al menos los que no habían pasado ya a otro tipo de celebración que incluía caricias, lengua y quién sabe qué más.

—Creo que voy a necesitar una cerveza —comentó Olivia, alzando la voz. Maya le dedicó una expresión triunfal—. Solo una —se explicó, porque no había manera de que pasara las siguientes horas en aquella casa totalmente sobria—. Tengo que conducir.

Se dirigieron a la cocina. Olivia se sirvió su propia cerveza directamente del barril que encontró en una esquina de la estancia y le dio un pequeño sorbo. Reconocía a varios de los presentes aunque con ninguno de ellos compartía clase. Apoyados en la isleta central había dos miembros de los Bruins comentando varias de las jugadas del partido. La mención del *quarterback* atrajo su atención. Escuchó distraídamente la conversación mientras Maya dejaba que un chico con gafas y muy mono le preparara su copa.

Según parecía, Sean había hecho un buen trabajo. La noche anterior le había hablado de la importancia de aquel partido y de un montón de estadísticas sobre su trayectoria contra ese equipo en concreto. Aunque ella tenía la cabeza en otra parte, aquello había logrado distraerla, al menos durante un rato.

Maya y ella se trasladaron al gran salón donde se apiñaban la mayoría de los asistentes a la fiesta. Su compañera saludó a varias personas en el breve trayecto de una estancia a otra. Ella, en cambio, se limitaba a detenerse y esperar pacientemente a que terminara de hablar. Agradeció que Maya optara por no presentarle a cada uno de ellos. A pesar de lo poco que le había contado de su vida, resultaba obvio que se había dado cuenta de lo incómoda que se sentía en esas situaciones. Por un momento, se preguntó si se debía a falta de interés o a que comprendía y respetaba su forma de ser.

Cuando alcanzaron por fin su destino, la sala entera prorrumpió en aplausos.

—¡Y ahí está el hombre del momento! —gritó uno de los presentes.

Todos los ojos se volvieron hacia ellas.

Olivia se giró de un salto y se topó con una barrera de músculos. Apoyó las manos en el primer sitio que encontró para estabilizarse y cerró los puños, aferrándose a la tela de una camiseta con un número siete estampado en ella.

—¡Donaldson! ¡Donaldson! —coreó el grupo de estudiantes.

Percibió el momento justo en el que el chico bajó la cabeza y sus labios revolotearon demasiado cerca de su oreja, rozándole el lóbulo durante un segundo.

—Pensaba que no te gustaban las fiestas —murmuró, mientras alzaba un brazo para saludar al resto.

El gesto avivó aún más los ánimos. Estaba segura de que el apellido de su vecino se escuchaba ahora también desde el exterior. Sin embargo, ella se había quedado paralizada. Sentía su aliento sobre la sien y, de algún modo, sus manos habían pasado a sujetarla por la cintura. Además, la punta de sus dedos rozaba la piel desnuda de su espalda, provocándole un intenso cosquilleo que se extendió en todas direcciones. El pulso se le aceleró, como si fuera la primera vez que un chico la sostenía entre sus brazos, y, en lugar de protestar y quitárselo de encima, sus labios permanecieron entreabiertos pero inmóviles; incluso olvidó el numeroso público que los observaba.

—Así que tú eres Sean Donaldson.

El comentario, que solo señalaba algo más que evidente, vino de boca de Maya. De repente, Olivia recordó dónde se encontraba. Dio un respingo y alzó la cabeza, pero ni aun así se separó de él.

—¿Has dejado a Perseo solo? —Fue cuanto se le ocurrió decir.

No era una pregunta demasiado inteligente y ya sabía que su vecino no iba a quedarse cuidando del animal las veinticuatro horas del día, pero fue la única frase que le vino a la mente.

—¿Quién es Perseo? —inquirió una copia casi idéntica del muchacho que la sostenía aún en brazos.

Allí donde sus dedos entraban en contacto con la zona baja de su espalda la piel le ardía, pero se obligó a ignorar esa sensación. Ladeó la cabeza para encontrarse con el gemelo de Sean, Cam Donaldson. Este le regaló una sonrisa amable y mucho menos provocadora que la que bailaba en los labios de su hermano.

—Vuestra nueva mascota —replicó Olivia, aunque se corrigió de inmediato—. Mi gato, en realidad.

—Soy alérgica —intervino Maya, deseosa de intervenir en la conversación—, y soy su compañera de piso. Siento el lío en el que os hemos metido.

Olivia reprimió la risa a la vista de los intentos de su amiga por presentarse. Esperó antes de tomar la palabra, consciente de que lo siguiente sería decirles su nombre.

—Me llamo Maya.

De repente, un chico agarró a Sean del brazo y lo arrastró hasta la mitad del salón sin darle opción a contestar o excusarse antes de dejarlos allí plantados.

Olivia se esforzó por ignorar el rastro de calor que dejaron sus manos cuando la soltó.

—Esta noche va a ser muy larga —murmuró Cam, contemplando cómo todos los presentes felicitaban a su hermano.

El volumen de la música pareció aumentar aún más y se unió a la algarabía de voces que reinaba en el salón. Llevaron a Sean de un lado a otro, cubriéndole de halagos.

—Le explotará el ego si siguen así —señaló Olivia, y Cam rió de buena gana.

—No lo sabes tú bien —replicó este, y se giró hacia Maya—. Soy Cam.

El gemelo le brindó otra de sus impactantes sonrisas. A Olivia no le pasó desapercibido que, a pesar de ser físicamente idénticos, cada hermano empleaba a su manera ese y otros gestos.

—Encantada. —Maya se puso de puntillas y no dudó en plantarle un beso en la mejilla y, ya de paso, asirse a su brazo sin ningún tipo de pudor.

Sin embargo, la atención de Cam regresó a Olivia.

—No sabía que vivías en nuestro edificio.

Cam y Olivia habían cursado una asignatura juntos el semestre pasado. No había tenido tiempo de conocerla demasiado, parecía una chica reservada y apenas si hablaron de nada que no fuera el trabajo en común para dicha clase. Le dio un rápido y discreto vistazo, y se percató de que su hermano llevaba razón en cuanto a sus piernas. Ni siquiera necesitaba llevar un vestido ni subirse a unos tacones; incluso vistiendo unos vaqueros se podía apreciar que, sin ser demasiado alta, contaba con un par de piernas increíbles.

—Tampoco sabía que habíamos adoptado una mascota —añadió—. ¿Estás segura de que quieres dejar a un pobre animal a su cuidado? —Pasó un brazo en torno a los hombros de Olivia para colocarla de cara al centro de la estancia y señaló a Sean. Alguien le había puesto ya una bebida en la mano y se la estaba bebiendo de un trago.

—En realidad, pensaba en ti.

Maya ahogó una risita tras su afirmación. No obstante, no había doble intención alguna en las palabras de Olivia. Creía a Cam mucho más responsable

que a Sean y, aunque apenas se conocían, era al que, una vez más, había esperado encontrar en casa al llamar a la puerta del apartamento de los hermanos. Lo curioso era que, mientras Cam mantenía el brazo sobre sus hombros, rozando su piel del mismo modo que había hecho su gemelo, no sintió nada especial. Ni rastro del cosquilleo o la calidez agradable que aún notaba en su espalda.

Cam agitó la cabeza, negando.

—No le vendrá mal. Tal vez eso desarrolle un poco su sentido de la responsabilidad.

Olivia ladeó la cabeza con la vista fija en el *quarterback*, al que ya le habían rellenado el vaso que se disponía a vaciar de nuevo.

Ahogó un suspiro.

—Creo que le exigiré un horario de visitas. Solo para asegurarme de que no lo mata de hambre o algo peor...

Cam coincidió con ella en que lo mejor sería que se pasara por el apartamento y le indicó que podía hacerlo siempre que quisiera. Su amabilidad la hizo sentir bien y mal al mismo tiempo. Se disponía a rechazar la invitación cuando Sean apareció junto a ellos.

—Os conocíais, ¿no es así? —inquirió, aunque tanto su hermano como Olivia ya habían confirmado que así era.

Sus ojos se posaron en el brazo de Cam, que mantenía en torno a los hombros de ella, y regresó al rostro de su gemelo. Intercambiaron una mirada que Olivia no entendió aunque ellos parecían estar hablando en silencio. Antes de que ninguno de los presentes dijera nada, secuestraron de nuevo a Sean. Esta vez, sin embargo, se trataba de una chica.

Contempló a la pareja hasta que se dio cuenta de que se dirigían a la planta superior. Archeó las cejas al verlos ascender por las escaleras; ella delante, tirando de su mano mientras le decía algo y él reía. Estaba claro que la fama del *quarterback* era más que merecida.

Cuando apartó la vista se encontró con que los ojos de Cam y Maya estaban fijos en ella.

—¿Qué? —preguntó, al ver la expresión inquisitiva con la que la observaban.

—Nada —contestaron al unísono.

Echó otro vistazo a la escalera pero ya no estaban allí y, por algún motivo, se sintió más incómoda en aquella fiesta de lo que se había sentido minutos antes.

8

—¿Ya te vas?

La pregunta sacó a Olivia de sus cavilaciones. Se había quedado sentada en el bordillo de la acera, justo al lado de donde había aparcado la moto. Tras charlar un rato con Cam y luego dejarse llevar por Maya de un lado a otro de la casa, la aparición repentina de Will resultó una auténtica bendición. Con su compañera de piso a salvo y en buenas manos, escapó de la fraternidad y terminó en el lugar en el que Sean acababa de abordarla.

Levantó la barbilla y sus miradas se enredaron durante varios segundos pero, casi de inmediato, Sean se agachó y tomó asiento a su lado. De nuevo estaban hombro con hombro, como la noche anterior, y de nuevo el calor que emanaba de él la reconfortó. Empezaba a sentirse ajena a su cuerpo y a sus reacciones.

Varios chicos habían tonteado con ella en la fiesta y Maya la había animado incluso a bailar con uno de sus compañeros de clases, un chico moreno que le sacaba al menos dos cabezas y cuyas poco sutiles indirectas dejaron claro que estaba interesado en Olivia. En otra ocasión tal vez le hubiera seguido el juego, hubieran bailado algunas canciones juntos y puede que la cosa terminase en un revolcón apasionado y un «¿nos llamamos?», que probablemente nunca tendría lugar. Al menos no por su parte. Su vida amorosa no era ni mucho menos inexistente, pero hacía mucho tiempo que se había convencido de que no estaba hecha para un relación estable. No lo buscaba ni lo deseaba.

Sin embargo, esa noche tampoco le apetecía tener un rollo esporádico, por muy simpático y atractivo que pudiera resultarle el amigo de Maya; Greg, Ted... ni siquiera recordaba cómo se llamaba.

—Entonces, ¿ya te vas? —insistió Sean, tratando de captar su atención.

—No me gustan...

—Las fiestas —terminó la frase por ella, y Olivia le dedicó una pequeña sonrisa.

—Eso es. Demasiada gente gritando el nombre del aclamado *quarterback* que le ha dado la victoria al equipo local.

Su sarcasmo fue bien recibido por Sean, que se reclinó hacia atrás y apoyó

las manos sobre el cemento de la acera.

—Sí, me han dicho que es un poco gilipollas.

—Muy gilipollas —terció Olivia, divertida—, y se le dan de pena los animales. No te puedes fiar de alguien al que no le gustan los animales.

Sean soltó una pequeña carcajada, satisfecho con su respuesta.

—Pues no hablemos de ese imbécil. Dime, ¿cómo es que una chica como tú está aquí sentada sola en la oscuridad?

Olivia arqueó las cejas y sonrió con desdén.

—¿Me preguntas que qué hace una chica como yo en un sitio como este? —inquirió, imitando su postura. Sus brazos se rozaron y Olivia lamentó haberse puesto la cazadora y tener que renunciar al tacto de su piel—. ¿No es ese el rey de los tópicos para ligar?

Cruzó las piernas a la altura de los tobillos y se mordió el labio de forma distraída, a la espera de su réplica. Él agitó la cabeza, sin dejar de observarla mientras se acomodaba, y siempre sonriendo. Sus ojos chispearon con picardía antes de hablar.

—¿Entonces estoy ligando contigo? —Olivia percibió la cuestión más como una afirmación que como una pregunta, pero él continuó hablando—. Tal vez seas tú la que liga conmigo, Liv.

—Si así fuera, lo sabrías, Donaldson. Suelo ser bastante directa.

—Hmm... —Sean frunció el ceño, fingiendo reflexionar.

Olivia se balanceó hacia él y le dio un golpe con el hombro a pesar de que empezaba a ser más que evidente que, en realidad, sí que estaban flirteando. El pensamiento vino acompañado de otro: Sean ascendiendo por las escaleras de la mano de una chica, y aquello le restó encanto a la situación. Por muy adorable que le parecieran el inocente tonto del *quarterback*, no tenía intención de convertirse en el segundo plato del menú de esa noche. Si Sean se había quedado con ganas de más, ya podía regresar a la fiesta y encontrar a otra con la que calmar sus ansias. Puede que ella fuera una fiel defensora de los líos de una noche, pero liarse con un tío que ya había estado con otra horas antes era... demasiado.

—¿Directa en plan «¿por qué no vamos a mi casa?»? —inquirió Sean, continuando con sus bromas y totalmente ajeno a sus pensamientos.

—Más bien del tipo *No me voy a acostar contigo, Donaldson*.

La brusquedad de su respuesta hizo comprender a Sean que se había excedido. Irguió la espalda y se ladeó hacia ella.

—Oye, no quería decir que fuéramos a liarnos. Yo no... Solo bromeaba.

Se incorporó un poco más para situarse frente a Olivia y terminó prácticamente arrodillado. No estaba pensando en irse a la cama con ella cuando había dicho aquello. Tal vez lo hubiera pensado en algún momento durante esa noche, seguramente cuando se tropezaron y la sujetó por la cintura para evitar que cayera. La había pegado contra su pecho y, de inmediato, la excitación se había apoderado de él como si fuera la primera vez que tocaba a una chica.

Pero en este instante solo trataba de arrancarle unas pocas palabras. Había salido de la casa, agobiado por la persecución a la que Amy lo había sometido desde que había llegado a la fiesta, y casi agradeció haberla encontrado fuera. Durante varios minutos había dudado sobre si acercarse o no. Olivia estaba sentada en la acera pero, en apariencia, su mente se encontraba muy lejos de allí. La imagen de la chica trajo a su mente la noche anterior, cuando la descubrió llorando en la escalera de incendios, y ese fue uno de los motivos que lo impulsó a avanzar hasta ella.

Olivia buscó en sus ojos alguna señal de burla pero lo único que encontró fue preocupación y arrepentimiento. Tomó eso como un síntoma de que estaba diciendo la verdad y se reprochó lo exagerado de su reacción.

—No importa. Siento haberme puesto así. —Suspiró—. ¿Qué haces aquí fuera, Donaldson? Pensaba que ya tenías plan para esta noche.

Mientras se miraban, con Sean aún arrodillado frente a ella, la confusión se adueñó de la expresión del chico.

—¿Celebrar una victoria? —comentó él, pero le dio la sensación de que no se estaba refiriendo a eso—. Tomar el aire —agregó, para no admitir que huía de una chica.

Amy y él habían tenido un lío semanas atrás. Tras quedar un par de veces se dio cuenta de que ella esperaba algo más, algo que ya le había dicho que no podía darle. Puede que Olivia llevara razón al decir que alimentaba las esperanzas de algunas chicas quedando con ellas, por mucho que intentara dejarles claras las cosas desde el principio. Prueba de ello era que había escapado de la fraternidad para no tener que enfrentarse de nuevo a Amy.

Al ver que Olivia no hacía ningún comentario, echó un vistazo a la moto.

—¿Quieres que te acompañe a casa?

El ofrecimiento despertó la curiosidad de Olivia. Al inicio de la noche, Sean parecía encontrarse encantado con el ambiente que se respiraba en la fiesta, ¿de verdad quería marcharse ya para que ella no volviera sola?

—En teoría te acompañaría yo a ti —replicó, señalando también hacia el vehículo, y Sean asintió, aparentemente de acuerdo—. Creía que este tipo de fiestas serían algo así como tu hábitat natural.

No esperó su respuesta. Se puso en pie y estiró los brazos por encima de la cabeza para deshacerse del entumecimiento que se había apoderado de sus músculos y decidida a marcharse de una vez por todas. Debería haberlo hecho cuando abandonó la fraternidad y ya estaría en su dormitorio, bajo las sábanas.

Sean contempló sus movimientos aún con las rodillas hincadas en el suelo. Desde esa posición tenía una panorámica inmejorable de sus piernas, de las curvas que sus vaqueros abrazaban de forma impecable y también de su pecho, cubierto por la fina blusa de gasa. Tragó saliva al sentir un tirón en la entrepierna. Había estado tan concentrado en los entrenamientos y las clases que esa fiesta era la única posibilidad que había tenido para relajarse y encontrar a alguna chica a la que le apeteciera pasar un buen rato en la cama. Sin embargo, había desechado la oportunidad que Amy le había brindado sin siquiera pensar en ello.

El carraspeo de Olivia trasladó su atención hasta su rostro y comprendió que llevaba un buen rato mirándole las tetas. Debería haberse mostrado avergonzado pero, en vez de eso, se irguió en toda su longitud y esbozó una sonrisa de medio lado.

—No me molesta dejarme llevar, Liv —afirmó, jugando con las palabras.

Olivia, ni corta ni perezosa, tampoco se dejó intimidar. Desde el principio había catalogado a Sean como un tipo inofensivo, al menos para ella y su particular visión de las relaciones con el sexo opuesto. Donde otras tal vez vieran un reto, el chico malo al que domar, ella solo veía a alguien que no buscaba complicaciones. En el fondo, tenían más cosas en común de lo que creían. Pero lo último que quería era un lío con un tío que vivía a tan solo dos plantas de ella.

Aun así, cuando Sean avanzó e invadió su espacio personal, tuvo que contenerse para no dar un paso atrás. Su aliento le acarició la mejilla. No llevaba más que esa estúpida camiseta de los Bruins que marcaba cada uno de sus

músculos y dejaba entrever su vientre plano y bien cincelado. Le había visto completamente desnudo el día que salieron con la moto y su mente escogió ese preciso momento para recordarle de forma minuciosa todo lo que había bajo su ropa. Se humedeció los labios por puro instinto y le pareció escuchar un gemido escapando de los labios de Sean. Daba igual que el sonido fuera demasiado débil para estar segura de que no lo había imaginado, su cuerpo respondió a la provocación con sorprendente intensidad.

Clavó la mirada en aquel par de ojos azules que recorrían su rostro con detenimiento, como una lenta caricia, hasta que se posaron en su boca. Entreabrió los labios sin ser consciente de ello siquiera y Sean se inclinó ligeramente hasta que lo único que los separó fueron unos pocos centímetros de aire.

—Me encantaría dejarme llevar en este mismo momento —aclaró él, en un susurro, y su tono profundo y ronco le erizó la piel.

A continuación, deslizó los dedos en las trabillas de sus pantalones y tiró de ella. Sus cuerpos chocaron, entrando en contacto con puntos demasiado sensibles como para que no fuera plenamente consciente de ello.

A ambos se les aceleró la respiración. Olivia percibía el movimiento rítmico del pecho de Sean contra el suyo. No podía apartar la mirada de sus ojos, cuyo azul parecía mucho más oscuro en ese momento. Sean Donaldson era muy atractivo y él lo sabía, y no dudaba en hacer uso de sus encantos. Alto, con un cuerpo fibroso pero sin llegar al exceso, y con ese pelo alborotado y del color de la miel que añadía picardía a una sonrisa imposible, la misma que empleaba para salirse con la suya cuando trataba de conquistar a una chica. Poseía un descaro tan natural que resultaba casi imposible resistirse a él. Pero, en ese instante, todo lo que Olivia podía ver era al chico que se había sentado a su lado en una escalera de incendios y se había mantenido en silencio, simplemente esperando.

—Te llevo —farfulló, sin apartar la vista de su rostro—. Así comprobaré... que Perseo está bien —agregó, con la respiración entrecortada.

Sean aún tardó un momento en moverse y, no fue hasta que lo hizo, que ella consiguió reaccionar. Se puso el casco y se subió a la moto. Él se acomodó a su espalda y, en esa ocasión, Olivia fue mucho más consciente de lo que suponía tener su pecho reposando contra la espalda y sus manos rodeándole la cintura. Al arrancar el motor, los dedos de él se deslizaron hasta el borde de su chaqueta y le

subió la cremallera con lentitud; los labios rozándole de manera fugaz el borde de su oreja, provocándole un escalofrío.

—No quiero que te enfríes —le susurró, y Olivia no pudo evitar pensar que iba a resultar realmente difícil que eso pasara.

9

Cruzar parte del campus le llevó más tiempo que otras veces, o eso le pareció a Olivia. No hablaron durante el camino y tampoco al llegar. Paró el motor y se bajó con rapidez de la moto, alejándose de él todo lo que pudo. Se preguntó por qué demonios estaba reaccionando así frente al *quarterback*. No solía dejarse impresionar por los tíos guapos, había bastantes en la universidad, incluido su gemelo...

—Tú primero. —Sean le cedió el paso y ella no dudó en ascender por la escalera de incendios con sorprendente celeridad.

Que eligiera subir por el exterior del edificio supuso una grata sorpresa para ella, ni siquiera había titubeado y ese detalle le hizo sonreír. Alcanzaron el piso en el que se encontraba el apartamento de los Donaldson en un santiamén.

—¿Quieres entrar? —inquirió él, señalando su ventana—. Solo para comprobar que tu gato está bien. Le he dejado durmiendo en mi propia cama.

La aclaración le hizo pensar en lo poco que debía estar acostumbrado a tener una mascota. Si Perseo se apropiaba de la cama del chico, terminaría durmiendo con él cada noche sin que pudiera hacer nada por evitarlo. A Manchas, su antigua gata, le encantaba acurrucarse junto a ella desde que la primera noche que pasó en la casa la metiera con ella entre las sábanas. Si cerraba la puerta, no paraba de maullar hasta que la dejaba entrar. Sean acababa de condenarse.

Echó un vistazo al rostro del chico y vio una de sus comisuras elevarse, descarada y desafiante. Olivia se sintió como si estuvieran poniendo a prueba su resistencia. Quizás Sean estaba tan seguro de sí mismo que creía que claudicaría a sus innumerables encantos.

Enarcó la ceja como única respuesta a su invitación y se deslizó por el hueco. El dormitorio estaba a oscuras, pero la luz del exterior iluminaba parte de la estancia, permitiéndole ver la pequeña bola de pelo gris enroscada sobre el colchón. Sin pensarlo, se sentó en el borde de la cama y lo acarició con cuidado de no despertarlo. Perseo estiró las patas y arqueó el lomo, pero no hizo ademán de abrir los ojos.

Continuó deslizando los dedos entre el tupido pelaje del animal y buscó a

Sean con la mirada. El chico se había colocado al otro lado de la estancia, junto al armario, y la observaba en silencio.

—Tengo arriba su comida y todo lo que necesitas —le dijo, hablando en voz baja, como si temiera despertar al cachorro—. Debería traértelos.

Pero no se movió y Sean permaneció también inmóvil. Una vez más, sus miradas se enredaron y el ambiente de la habitación se volvió denso, casi eléctrico.

—¿Te has acostado con esa chica?

Olivia no supo en qué momento su mente había concebido la pregunta ni por qué su boca la había soltado a bocajarro, aunque tampoco se arrepintió de realizarla. No solía andarse por las ramas y, aunque probablemente no fuera asunto suyo, sentía lo que se dijo, que era tan solo curiosidad.

Sean no parecía haber escuchado la pregunta, continuaba contemplándola con fijeza, como si tratara de desentrañar el mayor misterio con el que se hubiese cruzado. Tardó un momento en procesar las palabras que habían salido de sus labios y soltar una carcajada.

—¿Te interesa mi vida sexual? —replicó él, a su vez.

Olivia contestó con total naturalidad:

—Si corre peligro de mezclarse con la mía, sí —le espetó, divertida.

—¿Es que piensas acostarte con Amy? —se burló él, aún impresionado por lo directa que se había mostrado.

Sin embargo, que Olivia pensara que podía haber algo entre ellos, le produjo más satisfacción de la que estaba dispuesto a admitir ante sí mismo.

Fue el turno de Olivia para reír, y Sean se distrajo con el sonido a pesar de que transmitía una buena dosis de sarcasmo. Avanzó unos pocos pasos hasta que se topó con el lado opuesto de la cama y se inclinó sobre Olivia.

—Yo tampoco voy a acostarme contigo. Esta noche —aclaró, tras una pausa.

—¿Eso es un sí? No has contestado a mi pregunta.

—Eso es un *nada de sexo hoy para mí*. Ni antes ni ahora.

No mentía y tampoco estaba acostumbrado a emplear ningún tipo de artimaña para meterse en la cama de ninguna chica, pero le pareció que Olivia se acercaba cuanto más se alejaba él y, de repente, deseaba que se acercara mucho.

Permaneció unos segundos más frente a ella hasta que, con un leve suspiro,

se irguió y puso distancia entre ambos.

Olivia se dejó caer sobre el colchón y Perseo protestó con un par de maullidos lastimeros, molesto. Para consolarlo, lo tomó con un mano y lo colocó sobre su abdomen, donde el gatito se acurrucó de nuevo y comenzó a ronronear.

Sean la observó desde el borde de la cama; el pelo extendido sobre su almohada, enmarañado por el viaje en moto, y totalmente relajada mientras acariciaba a Perseo, con los ojos fijos en el techo de la habitación. No sabía muy bien si quería sacarla de su dormitorio a empujones o bien que no lo abandonara en toda la noche. Sin embargo, su ánimo también se fue aplacando conforme los segundos transcurrían perezosos y ella no hacía ni decía nada.

Puede que fuera la chica más rara que había conocido jamás.

—Deberías marcharte —sugirió, pasados varios minutos—, a no ser que quieras que paséis de ser dos a tres en esa cama.

La chica desvió la vista en su dirección. La insinuación debió divertirle porque le regaló una de sus sonrisas con hoyuelo. Sean deseó estirar la mano y deslizar un dedo sobre la comisura de sus labios, y se sorprendió por lo absurdo que resultaba ese deseo.

Olivia tardó un poco en contestar. Estaba demasiado cómoda allí tumbada. Toda la ropa de cama olía a él, y, pese a su insomnio, estaba bastante segura de que podría quedarse dormida enseguida.

—Tienes clase soltando indirectas —señaló, sin hacer ademán de levantarse.

—Y tú con las directas. Nos complementamos a la perfección.

Percibió la mirada de Sean recorriéndola de arriba abajo con lentitud, y el aire que los rodeaba volvió a cargarse de electricidad, como si en cualquier momento fueran a saltar chispas entre ellos. Sin embargo, a pesar de la intensidad con la que la estaba observando, Olivia estalló en carcajadas.

Sean arqueó las cejas, perplejo por su reacción.

—Me alegra saber que te resulto tan gracioso.

—Lo... lo... siento.

Ella agitó la cabeza mientras se esforzaba por acallar la risa y, cuanto más lo intentaba, más difícil se le hacía. Al final, Sean no pudo evitar contagiarse y acabó riendo también. Dado que Olivia y Perseo ocupaban su cama, se sentó en el suelo y apoyó la espalda contra el lateral de esta. La chica rodó sobre el

colchón, aún deshecha por la risa, y asomó la cabeza sobre su hombro.

—Lo siento —repitió, esta vez con menor dificultad—. Es que estabas ahí tan bien colocadito, con esa cara bonita y esa sonrisa deslumbrante, haciéndote el interesante. —Ahogó una nueva carcajada—. Cualquiera chica se hubiera derretido, de verdad. —Pasó a asegurarle, como si temiera haber herido su orgullo—. Toda esa tensión sexual...

Hizo un gesto con la mano. Sean pensó que volvería a apoyarla sobre el colchón pero, en cambio, apartó un mechón de pelo de la frente. Sus dedos le rozaron la piel con tanta suavidad que bien podía habérselo imaginado. Sin embargo, fue demasiado consciente de la delicadeza del contacto. La cuestión era que lo que salía por su boca era totalmente contrario a lo que él creía percibir. Era una contradicción constante.

—Sin ánimo de ofender —concluyó ella, aunque la picardía que brillaba en sus ojos no decía lo mismo.

Sean alzó un poco más la cabeza al tiempo que ella apoyaba la barbilla sobre sus manos. Apenas si distaban unos pocos centímetros de aire entre sus bocas, y sus alientos se entremezclaron mientras ambos mantenían la vista fija en los ojos del otro.

—Tranquila, no me ofendes —murmuró él, observando su rostro sin saber muy bien qué era lo que buscaba—. Tengo el ego muy bien protegido.

—No lo dudo —rió Olivia. Hizo un breve pausa antes de volver a hablar—. Debería irme.

Lo dijo como si se tratara de un deber que no le apeteciera cumplir. El tono divertido había desaparecido casi por completo de su voz.

Sean estiró las piernas y las cruzó a la altura de los tobillos. Le dolía el cuello de mantenerlo doblado para mirarla, pero no bajó la vista. Olivia había cerrado los ojos, lo que le permitía observarla sin pudor alguno, aunque el pudor no era algo que le limitara normalmente. Se fijó en lo acentuado de sus ojeras y en las líneas de cansancio que poblaban su rostro. Estaba claro que la noche anterior no había dormido bien y, dado que la había encontrado acurrucada llorando en la escalera de incendios, tampoco le sorprendió que así fuera. Pero, incluso así, continuaba siendo preciosa.

—Deja de mirarme fijamente, Donaldson —murmuró, somnolienta.

—No lo hago.

Le creyera o no, Olivia no abrió los ojos para comprobarlo.

—Mejor, porque no hay mucho que mirar.

Sean no contestó a pesar de que pensaba que no podía estar más equivocada. Transcurrieron varios minutos sin que intercambiaran una palabra, tantos que pensó que podría haberse quedado dormida.

—Sigues mirándome —le dijo Olivia, poco después.

—Estaba pensando... Has dicho que mi cara es bonita y mi sonrisa deslumbrante, ¿verdad? —replicó, en tono burlón, ignorando su comentario aunque había continuado observándola todo ese tiempo, sin apartar la vista ni una sola vez.

Ella suspiró y entreabrió los párpados por fin.

—Digo muchas cosas, Donaldson. No te las creas todas.

Siguieron allí. Ella tumbada sobre su cama, acunada por su aroma, dejándose llevar por la inconsciencia segundo a segundo; él, pensativo y en apariencia distante, aunque totalmente pendiente del sonido de cada bocanada de aire que tomaba y de cómo su respiración se volvía más regular hasta que supo que se había quedado dormida. Solo entonces se puso en pie, sacó una colcha del armario y la cubrió con ella. Era, con toda probabilidad, la primera vez en su vida que arropaba a una chica.

Perseo, que había pasado todo el tiempo acurrucado junto a la almohada, prácticamente saltó y se deslizó junto a Olivia, enroscándose pegado a su cuerpo. Sean cogió otra manta y echó un último vistazo a la escena desde la puerta de su dormitorio, preparado para pasar la noche en el sofá. Casi le entró la risa al asimilar lo extraño de tener a una chica metida en su cama y que, en vez de estar tumbado junto a ella, fuera un gato el que ocupara su lugar. La situación se le antojó surrealista y ajena, como si no fuera él el que se hubiera puesto en esa posición. Aquello era más propio de Cam.

Recordando que había dejado a su gemelo en la fiesta, le envió un mensaje mientras se acomodaba en el sofá.

No me esperes.

Ya en casa.

Cam estaba acostumbrado a que desapareciera cuando salían juntos, así que tampoco era nuevo para él. No debía estar demasiado ocupado porque le contestó apenas unos minutos después.

En casa? Tienes compañía?

Algo así ;)

No le dio más explicaciones. Podía imaginarse lo mucho que su hermano disfrutaría cuando le contara la sucedido.

10

Sean despertó con la sensación de que había alguien observándole, aunque eso no fue lo que le trajo de regreso del mundo de los sueños sino el intenso aroma a café. Aspiró profundamente antes de abrir los ojos y encontrarse con su gemelo plantado en mitad del salón con una taza en la mano y una sonrisa estúpida en el rostro.

—Buenos días, hermanito —le saludó este, con excesiva alegría—. ¿Una mala noche?

Sean respondió a su tono burlón con un gruñido mientras se incorporaba.

—Esta mierda no puede ser más incómoda —comentó, refiriéndose al sofá.

—No está hecho para que duermas en él —se rió su gemelo—. Y es posible que tenga más años que tú y yo juntos.

Giró sobre sí mismo y se metió en la cocina, reprimiendo la risa a duras penas. Regresó poco después con otra taza de café y se la tendió a Sean, que se la arrebató de las manos.

—Oh, joder —gruñó de nuevo, tras darle un sorbo.

Se frotó la sien. Tenía un ligero dolor de cabeza a pesar de que no se había excedido en absoluto con la bebida la noche anterior, claro que dormir encogido en el sofá seguro que era parte de la causa de que así fuera. De repente, recordó el por qué había acabado allí. Se inclinó hacia un lado para salvar la figura de su hermano, que le tapaba la puerta de su dormitorio.

—Se ha ido —señaló Cam, siguiendo su mirada.

Sean arqueó las cejas. La puerta seguía cerrada, tal y como la había dejado. Si Olivia se hubiera marchado por la ventana, como era su costumbre, Cam no debería saber que ya no estaba allí.

—¿La has visto?

Cam asintió, claramente divertido.

—Hemos desayunado juntos mientras te veíamos dormir. Resultas adorable —prosiguió mofándose—. Y ahora dime... ¿cómo demonios has acabado durmiendo en el salón? ¿O estás perdiendo tu toque?

—Vete a la mierda, Cam —le espetó, de mal humor.

Su hermano no se inmutó. Iba a continuar fastidiándole hasta que sacara

algo en claro de aquello, aunque empezaba a entrever que, fuera lo que fuera lo que había entre Sean y su vecina, era de todo menos sencillo. Su gemelo solía huir de las complicaciones; sentía mucha curiosidad por conocer qué se traía entre manos.

—Vaya humor tienes por las mañanas. Debe ser la falta de sexo.

Sean a punto estuvo de lanzarle la taza que tenía entre las manos, pero se contuvo en el último momento. Su hermano se lo estaba pasando en grande a su costa.

—No es lo que crees.

Incluso él, que la noche anterior le había dicho a Olivia que no iba a pasar nada entre ellos, se preguntó si en realidad había tenido siquiera una oportunidad con la chica. Mirándolo en retrospectiva, no le parecía que fuera el caso. Era más probable que estuviera jugando con él.

—¿Cuándo se ha marchado? —inquirió, a pesar de que no era eso lo que quería preguntar.

Más bien deseaba saber de qué habían hablado y si le había dado a Cam alguna explicación de por qué estaba allí o por qué se marchaba sin despedirse.

—¿Me vas a explicar de qué va esto? —repuso su hermano, ignorando su pregunta.

—Se durmió en mi cama y no quise despertarla —admitió, por fin.

Se dirigió a su habitación, sabedor de que su afirmación no haría más que alentar a Cam. Las risas de este no se hicieron esperar.

—¡Joder, ahora se te duermen! —explotó en carcajadas—. Definitivamente, estás perdiendo tu toque.

Sean resopló, dándole la espalda. Abrió la puerta y soltó un grito bastante ridículo cuando se encontró a Olivia sentada sobre la cama. Se había cambiado de ropa y quedó claro que se estaba esforzando para no acompañar a Cam en sus risas. Debía haber escuchado toda la conversación o al menos la última parte.

—¿Te importaría dejar de hacer eso? —protestó, a voz en grito.

Olivia se había acomodado con las piernas cruzadas sobre el colchón y llevaba el pelo recogido en un moño hecho de cualquier manera; un buen puñado de mechones escapaban de él y enmarcaban su rostro, iluminado por la luz que entraba por la ventana abierta. Llevaba puestos unos *shorts* que dejaban a la vista sus piernas. Si no fuera por el susto que se había llevado, Sean hubiera mostrado

mucho más interés en echarles un buen vistazo. Y no solo a eso, sino también al hombro que el amplio escote de su camiseta dejaba a la vista. La manga le caía hasta el brazo y la curva de su hombro izquierdo y su cuello estaban expuestos al completo. Sin embargo, los ojos de Sean se dirigieron directamente a su rostro. La atravesó con la mirada y permaneció así hasta que algo se rozó con su pierna. Al bajar la vista, se encontró con Perseo.

—Creo que le gustas —señaló Olivia, y Sean pudo escuchar perfectamente la risa de Cam a su espalda.

—Deja de entrar en mi dormitorio sin permiso —le advirtió, aunque lo que más le molestaba era lo que hubiera podido oír de su conversación con Cam.

—Pensaba que te encantaba que las chicas se colasen en tu habitación.

Olivia esbozó una sonrisa que no tenía nada de inocente. Sean entrecerró los párpados. Desvió la vista hacia la mochila que había junto a la ventana y que no era suya. Acto seguido, volvió a centrarse en la pequeña invasora.

—Creo que es demasiado pronto para que empieces a dejar tus cosas aquí —se burló él esta vez—. No hemos llegado a ese punto de nuestra relación.

Perseo eligió justo ese momento para encaramarse a su pierna y trepar por sus vaqueros. Sus pequeñas uñas apenas llegaban a traspasar la tela, pero aun así resultaba molesto.

—¿Qué demonios...?

Tomó al gato y lo desenganchó de sus pantalones para dejarlo en el suelo, pero el animal no se dio por aludido y repitió la hazaña.

—Le gustas —repitió Olivia, encantada con la escena. Cuando Sean desistió y acunó al gatito entre los brazos, no pudo evitar sonreír, enternecida. Perseo parecía aún más pequeño refugiado en el pecho del *quarterback*—. Y dado que vas a tener que cuidarle a saber por cuánto tiempo, he pensado que te dejaré acompañarme hoy.

—¿Perdón?

—Me has oído perfectamente, Donaldson. Te vienes conmigo.

No solía llevar acompañantes a sus escapadas. Si bien, en esa ocasión, tras despertarse en la cama del muchacho más descansada de lo que lo había estado en semanas —tal vez en meses—, estaba de un humor excelente. Esa mañana, cuando había subido a su casa a cambiarse de ropa y coger algunas cosas, se había dicho que aquello solo era una forma de mostrarse educada y darle las

gracias por cuidar de Perseo. Aunque de ser así seguro que podía haberle enviado un pack de cervezas y un par de pizzas para acallar su conciencia. En el fondo, aunque no quería admitirlo, lo que buscaba de Sean era algo muy simple y a la vez muy complicado para ella: compañía.

—Más que una invitación parece un secuestro —se quejó él, lo que le valió un empujón por parte de Cam.

—Venga, hermanito, sal y que te dé el aire.

Sean miró a uno y al otro y se preguntó si no se habrían puesto de acuerdo a sus espaldas y estaría siendo víctima de una broma por su parte. Podía esperar cualquier cosa de su gemelo y de Olivia... Bueno, de ella no tenía ni idea de qué esperar.

—¿A dónde vamos? Y con esto no digo que vaya a acompañarte —se apresuró a decir.

Cam resopló a su espalda y Olivia puso los ojos en blanco. Joder, aquellos dos eran tal para cual. Se volvió y le cerró la puerta en las narices a su hermano.

—Mejor —se dijo, y se giró de nuevo hacia Olivia—. ¿A dónde quieres que te acompañe?

Ella descruzó las piernas y se deslizó hasta el borde del colchón. Sean advirtió las tiras que asomaban por el escote de su camiseta y que llevaba anudadas al cuello. Por su aspecto, parecía un bikini.

—No conozco el sitio. Quiero decir que nunca he estado allí —replicó Olivia, encogiéndose de hombros—, pero eso es precisamente lo que vamos a solucionar. Tú y yo —añadió, y Sean tuvo que admitir que le sonaba condenadamente bien.

—Tú y yo —repitió él en voz baja, ensimismado.

Solo que Olivia lo escuchó y estuvo tentada de retirar la invitación. A saber por qué diablos estaba allí, perdiendo un tiempo precioso, esperando a que un tío se dignara a acompañarla. Sin embargo, su buen humor la ayudó a calmarse y, una vez más, se dijo que ir de excursión con Sean no significaba nada. En cuanto encontrara un hogar para Perseo, dejaría de colarse en el apartamento de los gemelos y retomaría sus idas y venidas solitarias.

No es que Sean Donaldson fuera a convertirse en un amigo ni nada de eso...

11

Tras darse una ducha rápida y cambiarse, Sean estaba listo para ponerse en marcha, aunque no tuviera ni idea de a dónde se dirigían. Olivia no había hecho ninguna objeción a sus bermudas cargo y su sudadera, así que supuso que, fueran donde fueran, la vestimenta no iba a suponer un problema.

Tras despedirse de Cam, que los observó salir juntos al rellano con una sonrisita de suficiencia en los labios, se metieron en el ascensor. Extrañó no recurrir a la salida de emergencia.

—¿Te has cansado de descolgarte por la fachada en plan *Spiderman*? — señaló Sean, en tono jocoso.

Ella le lanzó una mirada ofendida.

—En realidad, soy más de Iron Man, pero no te lo tendré en cuenta.

—No sé por qué pero no me sorprende en absoluto —replicó él, y Olivia le guiñó un ojo.

Cuando salieron a la calle, en vez de encaminarse hacia el callejón lateral del edificio, en busca de su moto, la chica continuó andando en dirección al aparcamiento.

—¿Conduces tú? —Le lanzó un manojito de llaves y Sean las atrapó al vuelo.

—Este es el llavero de Cam —repuso él, cuando lo tuvo en la mano.

—Y ese su coche.

Sean frunció el ceño.

—¿Me habéis preparado una encerrona o algo así? Porque si esto es una de las bromas de mi hermano...

—Oh, vamos, Donaldson. Deja de quejarte y súbete al coche de una vez — le ordenó, pero Sean no se movió—. Me las ha prestado cuando le dije a dónde íbamos.

—Así que mi hermano sabe a dónde vamos pero yo no.

Olivia reprimió las ganas de reír ante sus protestas. Al chico solo le faltaba ponerse a hacer pucheros. Se contuvo para no señalar lo diferente que parecía en ese momento en comparación con la imagen de quarterback mujeriego y roba corazones que tenía en el campus.

—Por favor, por favor —suplicó ella, en cambio, apelando a su buena voluntad.

En su defensa tenía que admitir que aquello sí que se parecía más a un secuestro que a una excursión, pero mentiría si dijera que no le divertía verle tan desconcertado.

Sean cedió y se metió en el coche refunfuñando por lo bajo, lo que divirtió aún más a Olivia. Le pidió que se dirigiera a Santa Mónica, aunque cuándo él le preguntó si ese era su destino final, ella negó y esbozó una sonrisa perversa.

Aquella chica iba a volverle loco.

Efectivamente, dejaron atrás Santa Mónica y se dirigieron al oeste. Durante el trayecto, discutieron por todo: el volumen y el tipo de música, la decisión de ella de no decirle a dónde iban, la forma de conducir de Sean, que desesperaba a Olivia, acostumbrada a zigzaguear entre los coches con su motocicleta... Todo parecía un buen motivo para pelearse, por mínimo que fuera. La cuestión era que Sean pasó de su enfurruñamiento inicial a un humor mucho menos sombrío conforme recorrían más y más kilómetros. La actitud de Olivia resultaba absurda y a la vez refrescante. No estaba acostumbrado a que las chicas le llevaran la contraria de una forma tan implacable.

Al contrario de lo que pensaba la gente, Sean tenía muy claro que no todas las chicas se morían por estar con alguien como él. No era tan engréido como para creer eso. Pero sabía escoger a las chicas a las que se acercaba y, en ese instante, puso en duda la clase de criterio que empleaba para ello. Olivia no se mostraba en absoluto intimidada por él, algo que agradecía sin haberse parado nunca a pensar que así fuera, y, además, aunque le rebatía cualquier comentario por sistema, argumentaba todas y cada una de sus opiniones. Otra cosa era que Sean estuviera de acuerdo con la validez de esos argumentos.

—Gira en la siguiente a la izquierda y luego recto por Westward Beach Road.

Sean siguió sus indicaciones. Se acercaban a algún punto de la costa de Malibú, pero no había estado nunca por esa zona en concreto, por lo que no sabía qué era lo que les esperaba al final del camino.

—Me llevas a la playa —comentó, porque eso era lo único que tenía claro.

—Sí. A la playa.

Por el tono complaciente de su respuesta no pudo evitar pensar que la salida

no iba de tumbarse a tomar el sol precisamente.

Olivia fue la primera en saltar fuera del coche. Sean la observó pasar por delante del vehículo y plantarse con los brazos en jarras de cara al mar, a pocos metros de donde habían aparcado. Acto seguido, la chica elevó la barbilla y, aunque no podía verle la cara, supo que había cerrado los ojos. Se quedó allí mientras él sacaba la llave del contacto y se bajaba.

—¿Vas a darte un baño? —inquirió al situarse a su lado.

La temperatura rondaría los veinte grados, aunque el agua no debía superar los quince. Bañarse en pleno otoño en cualquier playa de California no era un hazaña, pero Sean, envuelto en su sudadera, no le veía ningún atractivo en ese momento.

—Luego. —Fue la única respuesta que consiguió arrancarle.

Si Sean hubiera sabido lo que le esperaba, puede que hubiera preferido zambullirse directamente en las frías aguas del pacífico.

Caminaron. Mucho y a buen ritmo. Dejaron atrás Westward Beach y ascendieron por el acantilado que se alzaba al final de esta. Sean se ofreció a llevar su mochila, pero Olivia rechazó la oferta.

—Estaré bien. No te preocupes por mí —le dijo, mientras comenzaba a trepar por la montaña.

Sean admiró su determinación, aunque no pudo resistirse a replicar.

—¿Sabes? Todos, en algún momento de nuestras vidas, necesitamos que alguien se preocupe por nosotros.

Olivia echó la vista atrás por encima de su hombro y sus ojos brillaron con alguna clase de emoción que no supo descifrar. No obstante, antes de que él pudiera añadir nada más, se giró de nuevo y continuó ascendiendo por un escarpado y sinuoso sendero.

Le vino a la memoria un día del verano pasado en el que había salido con sus hermanos y Max en busca de unas pozas que el chico había descubierto al comienzo de sus vacaciones en Lostlake. Por aquel entonces, Cam vigilaba como buen hermano mayor que Max no se acercara demasiado a su indefensa hermana pequeña, solo que Aria ya no era tan pequeña y mucho menos era una niña indefensa. Sonrió al recordarlo.

—¿Tienes hermanos? —le preguntó a Olivia, situándose a su lado.

La chica mantenía un ritmo endiablado, y, aunque Sean estaba en una forma

excelente, hubiera agradecido que aflojara un poco para poder charlar. Sin embargo, no hizo amago de ello ni siquiera mientras le contestaba.

—No —respondió, con sequedad.

—Yo tengo dos —se animó a proseguir él, a riesgo de perder el aliento—. A Cam ya le conoces. Aria es la pequeña, estudia en Berkeley.

Le pareció incluso que aceleraba el paso, si es que eso era posible. No pudo reprimirse y la agarró del brazo para detenerla, y Olivia pegó un pequeño bote al percibir el contacto de su mano en torno a la muñeca.

—¿Qué pasa? —protestó, evidentemente molesta.

Sean se esforzó para no poner los ojos en blanco. Era como un pequeño huracán sin control.

—Mira. —La tomó de los hombros y la giró en dirección al mar—. Si todo esto va de llegar a la cima cuanto antes, no tengo nada que objetar, pero nos estamos perdiendo esas increíbles vistas.

Todo el mar relucía bajo un cielo sin rastro de nubes; brillaba como la superficie de un espejo perfectamente pulida y, a sus pies, la arena dorada competía con él, lanzando cientos de destellos.

—Las mejores vistas son desde arriba —señaló ella, aunque no apartó la mirada del mar ni tampoco se deshizo del agarre de Sean.

Él, de forma inconsciente, se acercó, hasta que el calor que desprendía el cuerpo de la chica se filtró bajo su propia camiseta, clavándosele en la piel. Se permitió apoyar la barbilla en su pelo, una muestra de confianza que no sabía si sería bien recibida, pero Olivia tampoco protestó.

A pesar de sus quejas, estaba ensimismada contemplando el paisaje. Si bien, la presencia de Sean a su espalda no le era indiferente y por una décima de segundo se preguntó qué sentiría si él decidiera abrazarla en vez de mantenerla sujeta por los hombros; qué clase de emoción podía provocar en ella que la envolviera con sus brazos y la estrechara contra su pecho.

Tosió para deshacerse de la imagen de su mente, lo que atrajo la atención del chico.

—¿Te has sonrojado? —inquirió Sean, inclinándose para ver su rostro.

—Es por el ejercicio —lo atajó ella—. Continuemos.

Si no se hubiera puesto en marcha tan deprisa, dejándole atrás, se hubiera dado cuenta de la dulce sonrisa que se instaló en los labios de Sean y que no le

abandonó hasta llegar al borde del acantilado.

—¿Haces esto a menudo? —la interrogó, ya en la cima.

Sentados sobre las rocas, en la parte más alta, y recreándose con la imagen del océano que se extendía a sus pies, Sean se rindió a la curiosidad que había despertado en él. Olivia se había acomodado a su lado con las piernas contra el pecho, como una niña pequeña demasiado impresionada por el deslumbrante paisaje. Parecía sobrecogida y, tan vulnerable, que Sean tuvo que contenerse para no rodearla con los brazos y susurrarle que todo saldría bien a pesar de no saber si había algo que fuera mal en su vida.

—Hace dos semanas estaba en el borde de un puente, reuniendo el valor para lanzarme —comentó, distraída, y la cabeza de Sean giró hacia ella de golpe. Olivia debió detectar su sobresalto y se apresuró a aclarar el malentendido—. *Puenting*. Estaba haciendo *puenting* —le explicó, menos reacia que de costumbre a hablar de sí misma. No se le había escapado que era algo que no le gustaba hacer.

Torció el gesto, burlándose de la preocupación que había atisbado en el rostro del chico. Por un instante, Sean había creído que hablaba de algo muy distinto.

Suspiró, aliviado.

—Me has acojonado —soltó, sin poder remediarlo.

Pero ella agitó la cabeza y le dedicó una sonrisa triste.

—Nunca haría algo así.

En el silencio posterior, Sean aprovechó que Olivia mantenía la vista al frente para observar su perfil. Contempló sus labios entreabiertos, el inferior ligeramente más grueso que el superior, sus largas y tupidas pestañas, y los mechones que enmarcaban su rostro, movidos por la brisa que acariciaba sus mejillas. En contrapartida a la oscura melena que poseía, su piel era muy clara, salvo por las tres pecas que lucía y de las que había sido extrañamente consciente desde el día en que la conoció.

Su mano se alzó de forma mecánica y, cuando quiso darse cuenta, las yemas de sus dedos se deslizaban ya por sus pómulos. Era tan suave como había imaginado y, comprender que en algún momento había pensado en lo delicada que podía resultar su piel, le sorprendió incluso a él.

Ella permaneció inmóvil, sintiendo la caricia de una forma mucho más

profunda de lo que en realidad debería. Apenas si fue un leve toque pero su cuerpo se estremeció y, aunque su garganta se esforzó por articular alguna palabra, no fue capaz de decir nada.

—Creo que te has quemado —murmuró Sean, y retiró la mano, avergonzado.

Olivia, por fin, logró soltar un quejido atormentado. No supo muy bien si por ser tan tonta como para haber olvidado ponerse protector solar o por comprender que Sean no la había tocado por el mero placer de sentir su piel bajo los dedos.

Pero, de todas formas, ¿qué más le daban sus motivos?

12

Bajaron por otro de los senderos que llegaban a la cima del acantilado. Olivia caminó todo el trayecto cabizbaja y más callada de lo que se había mostrado durante el ascenso. No habló hasta que llegaron a la costa y Sean soltó una imprecación, sorprendido por la belleza del lugar en el que se encontraban.

—Este sitio es jodidamente increíble.

—Se llama Dume Cove —le informó ella, mientras barría la pequeña cala con la mirada.

Al contrario que la playa por la que habían venido, esta estaba desierta. Sean supuso que la dificultad del acceso disuadía a la mayoría de la gente. La cala se adentraba en el acantilado, quedando casi encajada en él, y se respiraba tanta tranquilidad que era complicado no sentirse bien en un lugar como aquel. Se preguntó cómo lo había descubierto Olivia.

La chica, a su lado, también observaba maravillada cada rincón de la pequeña playa. Poco después, se dejó caer sobre la arena y comenzó a rebuscar en la mochila. Sacó el protector y se extendió una capa de crema por el rostro y los brazos, aunque sabía que ya era tarde y al llegar a casa la rojez se haría aún más evidente. Se regañó mentalmente por olvidarlo, pero ese no era el único motivo por el que estaba enfadada consigo misma.

Sean continuó de pie durante un minuto más, pero ella no le estaba prestando atención.

—Deberíamos volver entre febrero y abril —comentó al tomar asiento a su lado, guardándose el móvil en el bolsillo—. Con algo de suerte veríamos alguna ballena gris en su migración hacia el norte.

Olivia lo miró como si le hubiera salido una segunda cabeza.

—Pensaba que ni siquiera sabías dónde estábamos —le reprochó—. ¿Ya habías estado aquí?

—Acabo de mirarlo en Google —confesó él, sin rastro de vergüenza, y le brindó una de sus sonrisas canallas.

Olivia rió y se relajó un poco. Solo Sean Donaldson era capaz de soltar algún dato de ese tipo y luego admitir que lo había sacado de internet.

—¿Sí? Pues apuesto a que hay algo que no te ha dado tiempo de ver —

replicó Olivia, sin darse cuenta de lo fácil que le resultaba dejar a un lado su enfado—. La zona en lo alto del acantilado en la que acabamos de estar es justo dónde se encuentra la mansión de Tony Stark en las pelis de Iron Man.

Sean levantó la vista por la pared rocosa que se alzaba a sus espaldas.

—¡Joder! Sí que eres una fanática de Iron Man —bromeó—. Y yo pensando que me habías traído por lo de las ballenas...

Olivia rió ahora abiertamente y, cuando Sean volvió la mirada en su dirección, la encontró sonriendo mientras se quitaba la ropa. Su camiseta había desaparecido, el botón de sus pantalones cortos ya estaba desabrochado, y se hallaba recorriendo cada palmo de piel a la vista con las manos cubiertas de crema solar.

Sean tragó saliva con dificultad.

De repente, su garganta parecía haberse cerrado y ser incapaz de realizar los mecanismos más básicos para seguir subsistiendo o articular palabra alguna. La noche anterior, en la fiesta, ya había percibido las curvas que se ocultaban bajo los pitillos y la blusa que vestía, pero de ninguna de las maneras había creído que verla en bañador fuera a resultar tan... tan estimulante. Olivia era menuda, pero en su caso la altura era un dato poco importante. Contaba con las curvas necesarias en los lugares adecuados, y lo peor era que en ese mismo instante las manos de ella iban de un lado a otro sobre su piel, recorriendo esas mismas curvas.

Consideró decir algo, cualquier cosa, para no quedarse mirándola fijamente.

—Eehhh... —Y eso fue todo lo que consiguió decir.

Se sintió como la primera vez que una chica le había permitido ir más allá de un simple beso y llegar a la segunda base.

«Mierda, Sean. ¡Deja de mirarla!», se reprochó mentalmente, pero no le sirvió de nada.

Agradeció que estuviera concentrada en mantenerse a salvo de los rayos del sol y no se percatara de lo que sucedía.

—¿Te importa ponerme en la espalda? —le pidió ella.

Sean emitió un gemido estrangulado y, aun así, tomó el bote que le tendía solo para evitar llamar su atención.

Y, mientras él sufría atormentado por la suavidad con la que sus manos se deslizaban por su espalda, Olivia apenas si podía reprimir la risa. Sean parecía a

punto de sufrir un colapso y, aunque no entendía demasiado bien el motivo, era obvio que lo estaba pasando mal. El *quarterback* tenía una larga lista de conquistas a sus espaldas, así que dudaba mucho que fuera ella la que lo hubiera provocado. Fuera como fuera, se tomó un minuto más antes de compadecerse de él y decirle que ya era suficiente.

—¿Te encuentras bien? —inquirió, sintiéndose un poco culpable. Sean asintió de forma poco convincente y ella le hizo un gesto en dirección al agua—. Vamos, Donaldson. Démonos un baño.

Ni corto ni perezoso, Sean no lo dudó ni un segundo. Se deshizo de las bermudas y la camiseta y se lanzó al agua con tan solo los bóxers que llevaba debajo. Lo último que esperaba era que la salida de Olivia incluyera darse un chapuzón y no se había molestado en coger un bañador, pero su sentido de la vergüenza era prácticamente inexistente.

El agua fría resultó una auténtica bendición para él. Se internó en el agua con decisión, dando varios saltitos antes de sumergirse por completo. Soltó una maldición al emerger a la superficie y un grito grave y ronco que rebotó en las paredes del acantilado. Olivia disfrutó viéndolo nadar, de la energía que desprendía cada uno de sus movimientos y, sobre todo, de estar allí con él. Tuvo que reconocer ante sí misma que permitir que la acompañara —o más bien arrastrarlo con ella—, no había sido tan mala idea. Compartir un rato con Sean Donaldson era fácil, respondía a cada uno de sus desafíos con ímpetu y, por una vez, era agradable compartir con alguien sus pequeñas aventuras. Ni siquiera le había planteado por qué en vez de pasar la mañana del domingo durmiendo se dedicaba a hacer senderismo o tirarse de un puente. En el campus, la mayoría de los estudiantes pasaban ese día de la semana recuperándose de la resaca de la noche anterior o bien estudiando en la biblioteca. Ella, en cambio, prefería acumular todas las experiencias posibles y no le importaba hacerlo en soledad, o al menos eso había pensado hasta ese momento.

Olivia se adentró en el mar y nadó hasta llegar a su altura. Sean, con tan solo la mitad del rostro asomando sobre la superficie, la observó acercarse. Y cuando estuvo frente a él también ella dejó que el agua le cubriera los labios. Sus ojos castaños lucían más claros bajo el sol, repletos de motitas anaranjadas, y Sean no pudo evitar preguntarse qué escondería tras ellos, el porqué de esa actitud a la defensiva que mostraba casi de forma constante. Aunque allí, en

aquella cala perdida de la costa californiana, con el pelo mojado y tres pecas resaltando en su piel sonrosada, con su mirada entre desafiante y pícara, le pareció entrever un poco más de la verdadera Olivia.

Ella mantuvo su mirada. Se sintió desnuda bajo la intensidad de su escrutinio y su cuerpo se estremeció, consciente de que Sean se encontraba a un metro escaso pero que, a la vez, parecía estar totalmente fuera de su alcance.

El resto del día, no se preocupó de sus reglas. Su habitual reticencia a socializar se vio desplazada por la actitud descarada, alegre y natural con la que Sean la trataba en todo momento. Compartieron su toalla y unos emparedados que ella había preparado después de desayunar con Cam y subir a su apartamento a cambiarse, y, aunque fue Sean el que llevó casi todo el peso de la conversación, el que le habló de sí mismo, de su familia, de lo que estudiaba y de lo mucho que se implicaba en cada entrenamiento, esos ratos de charla se intercalaron con otros en los que simplemente se quedaban en silencio observando el paisaje o dejando que los rayos del sol les calentaran la piel. Sentía una comodidad extraña a su lado, la clase de sensación que apenas recordaba haber sentido durante mucho tiempo, ni siquiera en casa de sus padres.

—No puedo creer que me hayas preparado el almuerzo —se rió Sean, tras terminar su parte.

Olivia le pasó la botella de refresco que estaban compartiendo y resopló.

—Tienes el listón muy bajo en cuanto a comidas, Donaldson. Solo es un emparedado.

—Eh, no seas aguafiestas —replicó él, fingiendo estar indignado—. Déjame disfrutar del momento.

El chico le sonrió, colocó la bebida a un lado y se tendió sobre la arena, satisfecho.

Tras unos minutos en silencio, Olivia terminó también el tentempié y se tumbó boca arriba a su lado.

—Gracias —le dijo, y esa única palabra abandonó sus labios en forma de suspiro quedo. Se obligó a formar una frase completa—. Gracias por acoger a Perseo.

Sean giró la cabeza hacia ella. Aunque Olivia había cerrado los ojos fue consciente de que la estaba mirando.

—No hay de qué, Liv —repuso él, acariciando las líneas de su rostro con la

mirada—. Pero si vas a volver a secuestrarme, al menos dame algún dato para que pueda venir preparado.

Ella no dio muestras de enfado al escuchar el diminutivo con el que la había apodado, más bien, era como si no lo escuchara las veces que lo empleaba.

—¿Quién dice que vaya a haber una próxima vez?

Sean rió.

—La habrá. El encanto de los Donaldson, en especial el mío, es algo difícil de resistir —alardeó, incorporándose para apoyarse sobre un codo y poder ver no solo su perfil sino la cara de Olivia al completo—. Y de alguna manera tienes que pagarme mi total entrega al cuidado de tu gato.

—Sobre eso... —Olivia entreabrió los párpados y se encontró con los ojos azules de Sean clavados en ella. Sus labios se curvaban, juguetones—. He dejado sus cosas en tu casa. Asegúrate de que tiene comida y agua siempre disponible, y de mantener limpia su arena...

Sean arqueó las cejas y esbozó una mueca de disgusto al escuchar la última parte.

—Total entrega —señaló ella, burlona, repitiendo sus palabras—. Tranquilo, estableceremos un régimen de visitas para nuestro pequeño.

—Eso quiere decir que mientras le buscas asilo a tu mascota vas a colarte por mi ventana siempre que te apetezca, ¿no?

Sean forzó el hastío en su tono de voz al realizar la pregunta, aunque no era más que pura fachada. Las repentinas apariciones de su vecina comenzaban a resultar más divertidas que otra cosa, siempre que no tuviera la mala suerte de aparecer en algún momento comprometedor, por ejemplo, cuando tuviera compañía. Eso podía resultar muy, muy incómodo.

Sin embargo, Olivia guió la conversación por otros derroteros.

—¿Te preocupa que te sorprenda machacándotela, Donaldson?

Sean aprobó su desparpajo. Casi logró que se ruborizara, casi. En cambio, estalló en carcajadas. No tenía ni idea de qué responderle a eso.

Emprendieron el camino de vuelta poco antes de que comenzara a ponerse el sol. El sendero por el que habían venido no era tan practicable como para quedarse allí a ver la puesta de sol. Si bien, una vez de regreso en la playa principal, ninguno de los dos tuvo siquiera que pedirle al otro que se detuviera para contemplar cómo el sol besaba al mar y se iba ocultando poco a poco tras

él. Ambos se sentaron juntos en la arena, ahora ya más fría, y disfrutaron en silencio del espectáculo. El cielo se fue oscureciendo mientras las pocas nubes que se habían acumulado durante el día se teñían de tonos rosas y naranjas. Cuando Sean se percató de que Olivia se frotaba los brazos, apenas si lo pensó antes de quitarse la sudadera y echársela por encima. Ella le agradeció el gesto con una sonrisa tímida pero más sincera que ninguna de las que le había dedicado hasta ahora.

—Un día más que se va —murmuró Olivia, para sí misma.

Sean sintió un pinchazo de amargura al escuchar la tristeza que emanaba de su voz.

—Pero, admítelo, ha sido un buen día —replicó, e hizo chocar su hombro contra el de ella.

—Que no se te suba a la cabeza, Donaldson.

Él negó con exagerada efusividad en un intento de disipar esa tristeza.

—¡No, por Dios! Nunca se me ocurriría adjudicarme tal honor. Dejemos que Iron Man y su fabulosa, aunque por otro lado inexistente mansión, se lleven todo el mérito.

Ahora fue Olivia la que le dio un pequeño empujón a Sean.

—Esta zona es una reserva y no se puede construir. La casa la añadieron digitalmente, pero es ahí dónde estaba —aseguró, señalando la cima del acantilado.

Sean no podía discutirse. Había visto esas películas una decena de veces y el lugar, desde luego, cuadraba. Sin embargo, aprovechó la ocasión que se le brindaba.

—Podemos verlas juntos, tal vez así seas capaz de demostrar esa teoría absurda.

Olivia ladeó la cabeza y frunció los labios, como si valorara el plan que le proponía.

—Está bien, pero tú pones las palomitas.

Sean asintió.

—A Perseo le encantará que nos visites —comentó, adoptando la actitud complacida de un padre que celebra que sus hijos quieran pasar tiempo con él.

Sin embargo, y a pesar de la clara intención burlona de su comentario, estaba seguro de que el gato no se alegraría ni la mitad que él de tener por

delante más de seis horas de metraje para disfrutar junto a ella. Probablemente, Iron Man terminaría por convertirse también en su súper héroe favorito.

13

—Oh, vamos, es un tipo de lo más egocéntrico —exclamó Sean, gritando por encima de las voces que salían de la pantalla.

Olivia rió por su vehemencia. Hizo una bola con la servilleta que tenía en la mano y se la lanzó, dándole en plena cara, lo que la hizo reír con más fuerza y descubrió el hoyuelo de su mejilla, el mismo que Sean había aprendido a apreciar.

Llevaban viéndose casi todos los días durante las dos semanas anteriores, por un motivo o por otro. Ella se pasaba a comprobar que Sean no mataba de hambre a Perseo o aparecía a la hora del desayuno y se unía a los hermanos antes de que todos se marcharan a sus respectivas clases. Otras veces, simplemente asomaba la cabeza a través de la ventana de la habitación de Sean y saludaba, de camino hacia su piso, y, ese día en concreto, estaban tirados en el sofá viendo la segunda parte de Iron Man. La primera la habían visto un par de tardes atrás y, cuando Sean tuvo que admitir que era probable que la mansión de Tony Stark se alzara sobre Point Dume, ella le hizo prometer que verían las otras dos películas. Él había protestado, solo para fastidiarla, pero allí estaban, ocupando el salón de su piso con Perseo ronroneando en una esquina del sofá mientras ellos discutían sobre la actitud del protagonista sentados cara a cara en el sitio restante.

—Es sarcástico, agudo y muy inteligente —lo defendió Olivia, con idéntica pasión a la mostrada por Sean—. Es el puto amo.

Él desechó sus argumentos con un gesto de la mano a pesar de que, en realidad, pensaba de forma muy similar. Sacarla de quicio y llevarle la contraria se había convertido en un deporte de alto riesgo que le encantaba practicar.

Olivia le apartó la mano, entre risas, pero Sean la agarró de la muñeca en un movimiento rápido y tiró de ella, arrastrándola hasta su regazo. Ella se revolvió y lo empujó hacia atrás. Sean a punto estuvo de caer sobre Perseo. Tuvo que rodar sobre sí mismo y terminó en el suelo, encajado en el hueco entre el sofá y la mesa de centro.

—Oh, Dios. Lo siento, lo siento —se disculpó Olivia, conteniendo la risa.

Sean soltó un gruñido y se frotó el punto de la cabeza que se había golpeado contra el suelo, revolviéndose el pelo en el proceso. Ella trató de no

pensar en lo encantador que estaba allí tirado, con su sonrisa ladeada y totalmente despeinado.

—No hace falta que me ayudes, se está muy bien aquí abajo.

Cuando Olivia vio que bromeaba, se permitió reír abiertamente.

El móvil de Sean vibró sobre la mesa y, en un acto reflejo, Olivia miró la pantalla. Él seguía en el suelo, pero no se perdió la reacción de la chica a lo que sea que hubiera visto o leído. Su sonrisa se desvaneció casi por completo y el brillo de sus ojos se apagó en cuestión de segundos.

—Una tal Halley viene hacia aquí y, si no lo he interpretado mal, se ha olvidado la ropa interior. Siento haberlo leído—agregó, enarcando las cejas—. Creo que este es un buen momento para irme.

Se puso en pie pero él la sujetó de un tobillo.

—No sabía que iba a venir —le dijo, pero Olivia agitó la cabeza y sonrió.

—No me importa, tengo que ponerme a estudiar. Solo... procura no herir la sensibilidad de mi gato, ¿vale? No creo que soporte verte revolcándote con Halley —bromeó, restándole importancia, y durante un segundo Sean dudó de a quién se estaba refiriendo, si al gato o a ella misma.

Desde la excursión a Point Dume, ambos habían pasado bastante tiempo juntos aunque siempre de una forma no premeditada. En tan solo unos pocos días, Olivia se había acostumbrado a rondar por el apartamento de los Donaldson. Había dejado caer parte de esa barrera tan alta que mantenía a su alrededor sin ser consciente de ello. Incluso Maya estaba sorprendida de que pasara tanto tiempo en compañía, considerando la preferencia de su compañera de piso por la soledad.

De haberse percatado de lo que sucedía, Olivia hubiera puesto tierra de por medio, pero se decía que tenía que vigilar a Perseo mientras estuviera con los gemelos. Solo que ni siquiera había empezado a buscarle un nuevo hogar y, dado que Sean no le había interrogado al respecto, daba por sentado que no le importaba hacerse cargo del animal.

Cam hizo su entrada en el apartamento en ese momento. Su vista osciló entre su gemelo, que continuaba en el suelo aunque se había incorporado hasta quedar sentado, y Olivia, de pie a su lado. Le lanzó a su hermano una mirada interrogativa aunque estaba acostumbrado a sus extravagancias. La presencia de Olivia no supuso ninguna sorpresa, él mismo le había recomendado que se

pasara siempre que quisiera por el bien de su mascota a pesar de que, en contra de todo pronóstico, Sean cuidaba de él con una diligencia ejemplar. Además, le caía bien, mucho mejor que otras de las chicas con la que su hermano se liaba. Lo extraño era que, según aseguraba su hermano, no había nada entre ellos; se dedicaban a pasar el rato juntos, como buenos vecinos, o eso decía.

—Estoy demasiado cansado para preguntar —les reprendió—, pero espero que recojáis este desastre luego.

Había palomitas de maíz por el suelo e incluso en el sofá, varias servilletas arrugadas y refrescos vacíos sobre la mesa, resultado de su sesión de cine y sus airadas discusiones.

Sean se puso en pie y cogió el móvil de la mesa.

—Dame un momento —le dijo a Olivia, más serio que de costumbre, y se metió en su habitación.

—¿He interrumpido algo? —terció Cam, y ella se encogió de hombros.

—Tu hermano tiene una cita. —Muy a su pesar, la última palabra salió de sus labios con cierto retintín—. Yo que tú no estaría aquí para cuando llegase. —Trató de bromear.

Olivia percibió el instante exacto en el que el gemelo comprendía a qué se refería por cómo varió su expresión, mostrando algo que no podía ser otra cosa que resignación. El gemelo echó un vistazo a su alrededor y una sonrisa asomó a sus labios.

—¿Tienes hambre? —le preguntó—. Te invito a cenar.

Cam y ella se escabulleron del apartamento, dejando atrás los restos del huracán Iron Man y sin decirle nada a Sean, que continuaba en su dormitorio. No fueron lejos. Había cerca un restaurante mexicano al que Olivia solía ir para encargarse de comida y llevársela a casa, y a Cam le pareció una opción excelente.

—Sean se va a cabrear —comentó el chico, aunque, por el tono en que lo dijo, no parecía preocuparle mucho.

—En cuanto Halley llegue a vuestra casa no creo siquiera que se acuerde de nosotros.

La conversación se vio interrumpida por el camarero. Les tomó nota y se marchó en busca de sus bebidas. Si Cam estaba de acuerdo o no con el comentario de Olivia, no lo demostró. Supuso que conocía de sobra los líos de falda de su hermano, por lo que tampoco esperaba que se sorprendiese. Para ser

prácticamente indistinguibles en cuanto al físico, su comportamiento no podía resultar más diferente. Desde el momento en que los conocías cualquiera podía darse cuenta de que Cam era el hermano responsable, algo más serio, que actuaba como freno para Sean, mucho más impulsivo y extrovertido. En las semanas que llevaba visitando su casa Olivia había aprendido a captar esas diferencias incluso si no abrían la boca. Le bastaba un único vistazo para saber de quién se trataba. Claro que la extraña tensión que se había establecido desde un primer momento entre Sean y ella ayudaba bastante. Con el paso de los días, dicha tensión había ido aumentando y habían sufrido algún que otro encontronazo, pero siempre los sorteaban con alguna pulla o simplemente riéndose del otro. Ambos sabían que esa atracción estaba ahí pero se limitaban a ignorarla.

Olivia tenía claro que se sentía atraída por Sean Donaldson mucho más que por cualquier otro chico que hubiera conocido antes. Sin embargo, ninguno había dado un paso adelante. Incluso la vez que, harta de dar vueltas en la cama, se levantó mucho antes de que sonara su despertador y bajó para tomar el desayuno con los gemelos. Había pillado a Sean aún dormido, tendido en la cama boca arriba y tapado solo hasta la cintura. Ni siquiera llevaba camiseta. Por lo que sabía, dormía solo con un pantalón corto de deporte. Olivia había saltado encima de él y se había despertado tan sobresaltado que acabaron rodando por la cama hasta salirse del colchón y caer al suelo. Sus piernas se habían enredado, al igual que sus miradas, y sus respiraciones habían pasado a formar un solo aliento. Ni que decir tiene que el cuerpo de Sean decidió actuar por sí mismo y le demostró lo mucho que le agradaba tenerla encima.

Ahora que lo pensaba, el contacto entre Sean y ella era casi continuo. De una forma u otra, siempre había algún empujoncito juguetón, un abrazo dado con descuido, un roce de piel contra piel... Ese día, en su dormitorio, Sean había salido del aprieto con un sencillo *Voy a darme una ducha*. Acto seguido, se habían puesto en pie y, antes de irse al baño, se había inclinado sobre Olivia y había depositado un beso rápido en su frente. Fue la primera vez que la besó y la única, porque tras esa caricia tan casta no había vuelto a poner los labios sobre los suyos o sobre ninguna otra parte de su cuerpo.

—¿En qué piensas? —La voz de Cam la trajo de vuelta al presente.

—Esa es una pregunta horrorosa —se rió, porque no pensaba compartir sus

pensamientos con el gemelo de Sean, no esos al menos.

Las bebidas llegaron y, poco después, la comida. Compartieron una velada corta pero agradable, ya que ambos tenían clase al día siguiente a primera hora. Incluso ella misma se sorprendía al verse charlando con Sean, o con Cam en este caso, sobre las clases, las asignaturas que cursaban o lo que esperaban hacer después de la universidad. Tan solo un mes antes, Olivia solía dejar que los pocos compañeros con los que se relacionaba fueran los que hablaran de sus vidas o hicieran los típicos comentarios sobre el tiempo o lo cerca que estaban los exámenes. La necesidad de mantenerse al margen era tal que no se concedía casi ni una conversación intrascendente. Sus tanteos con algún chico en una fiesta desde luego no contaban, no se andaba por las ramas en ese aspecto.

Estaban ya esperando la cuenta cuando Cam se la quedó mirando y se revolvió en la silla, como si quisiera decir algo y no terminara de encontrar las palabras.

—Sean y tú os habéis hecho muy amigos, ¿no? —dijo por fin, y Olivia fue consciente de que era más una afirmación que una pregunta.

Algo en su interior se revolvió al escuchar la palabra «amigos» de sus labios y comprendió las muchas concesiones que había hecho en esas semanas en cuanto a los hermanos Donaldson y, sobre todo, en cuanto a Sean. Sus problemas, por llamarlos de algún modo, con las relaciones amorosas o de cualquier tipo no le eran ajenos, aunque fuera algo que hiciera a medias de forma inconsciente. Había una parte de ella que se encargaba de mantener a la gente al margen, lejos de su interior, donde no podían hacerle daño. Donde no podía sufrir por ellos. La misma parte que estaba agotada, a la que vencía el sueño solo después de horas en vela, y también la que vibraba cada vez que Sean la hacía reír o bromeaba con ella.

—Sí, supongo que somos amigos —admitió, aunque tuvo que esforzarse para completar la frase.

Cam suspiró antes de volver a hablar y Olivia se inclinó sobre la mesa, atenta a lo que tuviera que decirle. Pero él levantó las manos, con las palmas en su dirección, tranquilizándola.

—No voy a decirte eso de que mi hermano es un cabrón y que tengas cuidado con él. Más bien, todo lo contrario —repuso, y Olivia apenas si pudo creer lo que estaba diciendo. No porque ella pensase que Sean era un mal tipo,

sino porque no esperaba que Cam se sintiera obligado a defenderlo—. Detrás de esa fanfarronería, de sus gestos burlones y sus pullas, e incluso con su intensa vida... amorosa, hay un buen tío. Solo para que lo sepas. La gente suele quedarse solo con la última parte y, sinceramente, creo que lo único que le falta es encontrar a la chica adecuada para sentar la cabeza. —A esas alturas, Olivia ya había empezado a negar con la cabeza—. Mientras eso ocurre, no tiene nada de malo que se lo pase tan bien como pueda.

—No... Entre Sean y yo no hay nada —se apresuró a explicarle.

La extraña sonrisa que le dedicó Cam le hizo saber que tenía una opinión muy distinta.

—¿Sabes que es la primera vez que se hace amigo de una chica? Y, antes de que me repliques, me refiero a quedar con una chica sin que allá sexo de por medio.

—No quedamos —se defendió ella.

—Pero os estáis viendo a diario, quedéis o no. —Hizo una breve pausa—. Mira, no es asunto mío, ni siquiera sé por qué he dicho nada al respecto. Solo quería que supieras que me alegra que seáis amigos. Me caes bien. Solo eso.

14

Regresaron dando un pequeño rodeo. Cam sugirió pasear antes de volver al apartamento y Olivia no se negó. No tenía ninguna intención de pasar frente a la ventana de Sean esa noche. Entraría por la puerta principal y rezaría para que Maya estuviera ya en casa, dado que no había cogido las llaves. Con su propuesta, Cam le había proporcionado a Olivia la excusa perfecta para retrasar su vuelta. Era probable que él también deseara ganar algo de tiempo sabiendo lo que debía estar haciendo su hermano.

La conversación que habían mantenido en el restaurante había dejado a Olivia... confusa. No sabía muy bien cómo sentirse al respecto. Llevaba tanto tiempo sin permitir que nadie se le acercara que no estaba preparada para considerar siquiera que Sean pudiera convertirse en un amigo de verdad, mucho menos en algo más.

—Siento si me he pasado antes —comentó Cam, mientras recorrían la parte delantera del edificio de admisiones.

Caminaban por el campus a paso lento, uno al lado del otro. Olivia cruzó los brazos sobre el pecho y continuó con la vista al frente.

—No pasa nada, Cam. Es tu hermano, es lógico que te preocupes por él.

Durante un instante, envidió a los hermanos Donaldson. No solo a los gemelos sino también a Aria, su hermana pequeña. Sean le había hablado de ella y, por el cariño con el que lo había hecho, estaba claro lo mucho que le importaba.

Desechó el pensamiento con rapidez, alejándolo cuanto pudo de su mente, donde no pudiera hacerle sentir vacía.

Cam le agradeció su comprensión con una sonrisa.

—Y, dime, ¿tú también tienes algún hermano arrogante que no deja de meterse en líos?

Olivia negó.

—Nada de hermanos.

Prosiguieron calle arriba. Olivia se preguntó si tener un hermano o hermana hubiera cambiado algo, si las cosas hubieran sido diferentes para ella al contar con alguien de la forma en la que Sean podía contar con Cam y viceversa. O tal

vez no, quizá hubiera sido peor, quizá hubiera dolido más aún. Si algo tenía claro era lo doloroso que podía llegar a ser querer a alguien.

Por suerte, Maya estaba en casa. Olivia se despidió de Cam cuando el ascensor paró en su planta y, al llegar a su propio apartamento, se fue directa a la cama. Se acurrucó entre las sábanas con el rostro vuelto hacia la ventana. Trató de no pensar en nada pero fracasó por completo. Apretó los párpados y se esforzó para dormirse, aunque ya sabía que no iba a funcionar. Permaneció inmóvil en la oscuridad, con los ojos cerrados y la mente llena de recuerdos y pensamientos que hubiese querido ser capaz de olvidar.

No supo muy bien cuánto tiempo después escuchó el sonido de la ventana deslizándose contra el marco. Abrió los ojos y, en la penumbra, observó cómo Sean se colaba a través del hueco y avanzaba de puntillas por la habitación para luego arrodillarse junto a su cama. No tardó en comprender que estaba despierta.

—Debería echar el pestillo por las noches para evitar visitas indeseadas —le espetó Olivia, mordaz, sin rastro de somnolencia en la voz.

—¿Cómo entraría entonces Santa Claus? ¿O tu guapo y encantador vecino? —replicó él, sin darse por aludido.

Era la primera vez que estaba en el dormitorio de Olivia, incluso en la propia casa. Siempre era ella la que bajaba a su apartamento. Paseó la vista por la habitación aunque la ausencia de luz no le permitió ver demasiado. Lo que sí podía ver eran los grandes ojos castaños de Olivia, su pequeña nariz y sus labios apretados en una mueca de disgusto. Como casi siempre que la observaba, se sintió tentado por las pecas de su mejilla, y en esa ocasión cedió a la tentación. Estiró la mano para tocarlas pero Olivia se retiró hacia atrás y sus dedos apenas si llegaron a rozarla. Él mantuvo la mano en alto durante unos pocos segundos más y luego la dejó caer, frustrado.

—Cam y tú os largasteis —le reprochó, obviando su rechazo—. Ni siquiera te despediste.

Olivia cerró los ojos un instante, acusando el tono dolido de su voz.

—Pensamos que te vendría bien algo de intimidad con Halley.

Sean se mantuvo en silencio y Olivia asumió que no pensaba contradecirle.

—Habéis ido a cenar juntos... —Titubeó él—. Mi hermano y tú...

Olivia recorrió su rostro con la mirada. Su ceño fruncido, la forma de mordisquearse el labio inferior y el reproche implícito que había tras sus

palabras. No supo bien si estaba enfadado, nervioso o triste, hasta que cayó en la cuenta de la manera en que había incidido al mencionar a su hermano.

Se incorporó para apoyarse sobre un codo.

—¿Estás insinuando algo, Donaldson? ¿Estás... celoso de tu hermano? —
Ahora fue su turno para titubear.

En el silencio posterior ambos permanecieron con los ojos fijos en los del otro. Olivia buscó una señal de que su suposición era acertada y, teniendo en cuenta lo que había estado haciendo Sean esa misma noche, le enfureció la posibilidad de que así fuera. Aun peor, se enfadó consigo misma por pararse a valorarlo porque eso solo podía significar que, en realidad, le afectaba lo que Sean pensase o hiciese. Para Olivia, ese hecho tenía mucha más importancia de la que podría tener para otra persona.

—Es un poco hipócrita por tu parte, ¿no crees? —añadió, al ver que él no decía nada—. Y ni siquiera sé por qué estamos discutiendo sobre esto. No somos nada, Donaldson. No nos debemos ninguna explicación.

—Somos amigos —se apresuró a contradecirla Sean. Exhaló un suspiro y su expresión se suavizó—. ¿Te asusta que seamos amigos?

No había burla alguna en su pregunta, como si supiera lo que eso suponía para Olivia, y ese detalle sí que logró inquietarla.

—¿Por qué habría de tenerte miedo? —inquiere ella, sin llegar a responder a su pregunta.

Los ojos de Sean volvieron a escudriñar su rostro, deteniéndose en sus labios para elevarse luego hasta tropezar con su mirada desafiante.

—Entonces somos amigos —concluyó él, bajando la voz hasta que se convirtió en un susurro.

Su mano volvió a alzarse y atrapó un mechón de la melena castaña de Olivia, que parecía totalmente negra en aquella oscuridad. En esa ocasión, ella se lo permitió. Los dedos de Sean retiraron el pelo hacia atrás y fueron deslizándose con lentitud hacia abajo, rozándole la sien y, más tarde, pasando a recorrer el contorno redondeado de su cara hasta llegar a su barbilla. Mantuvo los dedos allí.

«Amigos», se dijo Olivia, con ese contacto quemándole la piel.

Hubiera sido más sencillo si Sean y ella simplemente se hubieran enrollado. Él era el rey de los líos de una noche y ella... ella, también. ¿Quién hubiera

dicho que, en vez de haber sucumbido a la evidente atracción que sentían, iban a reprimirse y ser amigos? ¿Qué sentido tenía aquello? Olivia se planteó si no debería besarle en ese mismo momento y acabar con aquello. Tal vez así no tendría de lo que preocuparse. Solo serían un rollo de una noche, nada que pudiera complicarse. ¿Era demasiado tarde para eso?

Se hizo a un lado, dejando libre el espacio que hasta entonces había ocupado y situándose en el otro borde del colchón, y levantó un poco las mantas. Sean captó el gesto como una invitación, pero no hizo amago de aceptarla.

—Halley no ha pasado de la puerta de mi apartamento —afirmó, y sonaba sincero—. Seamos lo que seamos, no soy tan capullo como para meterme en tu cama después de estar con ella ni con ninguna otra. Yo... estaba viendo la película contigo. Ese era mi plan para hoy.

Olivia era consciente de que Sean no tenía por qué darle explicaciones, pero sus palabras la aliviaron mucho más de lo que estaba dispuesta a admitir. Los celos habían sido desterrados de su comportamiento hacía mucho tiempo, como casi todas sus emociones. No se podía temer perder lo que no se tenía.

Hizo un gesto leve con la cabeza y Sean, tras un breve momento de duda, se tumbó de lado junto a ella. Ambos apoyaron la mejilla en la almohada y quedaron cara a cara. No había demasiado espacio en la cama por lo que sus rostros, y sus cuerpos, estaban a pocos centímetros el uno del otro, mientras que sus piernas se tocaban a la altura de las rodillas.

Si la situación era extraña para Olivia, Sean se sentía aún más cohibido que ella si cabe. Aunque no era de los que salían corriendo después de liarse con una chica, tampoco solía quedarse a charlar y, mucho menos, permanecer en silencio y dedicarse simplemente a mirarse el uno al otro. Todo aquello era nuevo para él y no tenía la más mínima idea de lo que estaba haciendo.

Deseaba a Olivia, la deseaba mucho. Cada vez que le tocaba, que se rozaban sin querer o que ella soltaba una carcajada y sentía su mirada burlona sobre él, se veía obligado a hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no atraerla contra su pecho y sucumbir al ansia que despertaba en su cuerpo. Lo extraño era precisamente eso, que se contuviera y no hubiera intentado besarla aún. Con Olivia se encontraba totalmente perdido. Incluso ahora, teniéndola tan cerca y sintiendo el calor que emanaba de su pequeño cuerpo, no sabía qué decir o dónde demonios poner las manos. Ya habían estado tumbados juntos sobre su

cama alguna de las mañanas que Olivia aparecía en su ventana, pero aquello no se parecía en nada a esas ocasiones.

Continuaron observándose mientras sus respiraciones se acompasaban. Sean se dijo que tal vez no mereciera la pena decir nada y estropear la intimidad de ese momento. Olivia no parecía enfadada y supuso que le había creído al confesar que había rechazado a Halley. Aunque no le debía explicación alguna, quería dárselas. Quería que lo supiera.

Al contrario de lo que había pensado, Cam no dudó de él al relatarle lo sucedido con Halley y tampoco se rió ante su inesperado ataque de celos al interrogarle sobre su desaparición y la de Olivia. Tan solo le dio una palmadita en la espalda y le sugirió no atosigar a Olivia. *No es como las demás, hermanito*, le había dicho. Pero eso Sean ya lo sabía. Lo sentía, de alguna manera lo había sabido desde el momento en que irrumpió en su casa mostrándose inocente primero y descarada después. No le preguntó a Cam cómo lo había descubierto él o si Olivia le había contado algo que él no supiera. Prefería que fuera ella la que se lo dijera si es que había algo que decir.

—Duérmete, Donaldson —le susurró Olivia, y ella misma cerró los ojos.

Poco después, su respiración se volvió regular y Sean supo que se había quedado dormida. Él aún tardó un poco en seguirla al reino de los sueños. Permaneció observándola y preguntándose en qué momento de las últimas semanas sus prioridades habían pasado de estar un rato en la cama con Halley a tumbarse junto a Olivia solo para dormir.

15

—Es Halloween, Olivia —protestó Maya—. Tienes que venir.

—Eso mismo ha dicho Donaldson.

Las cejas de su compañera de piso salieron disparadas hacia arriba. Olivia no hablaba demasiado del tiempo que pasaba con el quarterback. En realidad, no hablaba mucho de casi nada. Hacía ya meses que se habían ido a vivir juntas y apenas si sabía gran cosa de ella, salvo que le iba el riesgo y que su familia vivía en algún punto del estado de California. Lo demás lo había ido deduciendo por su actitud. Era reservada de una forma casi enfermiza y también muy independiente. No le gustaban los grandes grupos de gente y tampoco las fiestas que se realizaban en el campus. Sufría insomnio y ese era el motivo por el que había cedido en más de una ocasión y había salido por la noche con ella, o al menos eso era lo que Maya había imaginado. Del resto, lo único que le había quedado claro era que no le iban los compromisos, algo que no podía reprocharle. Si ella misma no hubiera estado saliendo con Will, estaba segura de que su estancia en el campus se habría desarrollado de una forma muy diferente.

—¿Cuál de ellos? —inquirió Maya, aunque ya conocía la respuesta.

Olivia hizo una mueca.

—Los dos.

—Debes ser la chica más envidiada de todo el campus.

—Oh, por Dios —exclamó, poniendo los ojos en blanco. Odiaba los cotilleos y más si la tenían a ella como objetivo—. No me estoy acostando con ninguno de ellos.

Maya rió.

—Nadie te lo echaría en cara si así fuera —sentenció, aunque era consciente de que, de ser así, el rumor se extendería por la universidad y se estaría hablando de ello durante semanas. Sin contar con que Olivia se ganaría la enemistad de más de una. Los hermanos Donaldson eran dos solteros muy, muy codiciados—. Pero volvamos a lo importante. ¿Tienes disfraz? Porque puedo prestarte uno...

La verdad era que sí que tenía disfraz y también le apetecía asistir a la fiesta a la que Sean la había invitado, pero había estado evitándole de forma

intencionada durante los últimos días, concretamente desde la noche en que habían dormido juntos en la misma cama en la que ahora se encontraba sentada. En esos días, se había asegurado de salir de casa muy temprano y volver muy tarde, y tan solo habían hablado por mensaje. Necesitaba unos días para pensar y pasar tiempo sola, aunque lo único que había sacado en claro era que echaba de menos los ratos que pasaban juntos.

Su móvil emitió un aviso y se estiró para llegar hasta la mesilla. Lo revisó bajo la atenta mirada de Maya, que seguía esperando una respuesta.

—Iré, ¿vale? —afirmó al fin.

—Nos vemos allí entonces. Mi disfraz no es apto para montar en moto. — Maya le guiñó un ojo y la dejó a solas.

Olivia miró de nuevo la pantalla del móvil. El mensaje era de Sean, aunque no le había dado su número en ningún momento. Observó la imagen que le había enviado, una foto de sí mismo tumbado en el sofá con Perseo acurrucado sobre su pecho. Al menos el gato parecía estar bien cuidado... Leyó el texto que acompañaba a la foto:

We miss U

Antes de que pudiera contestar, apareció otro mensaje:

Serás mi Pepper Potts en la fiesta?

Olivia agitó la cabeza, incapaz de creer que fuera a disfrazarse de Iron Man y, peor aún, que esperara que ella hiciera de su mujer.

Crees que voy a quedarme mirando mientras tú salvas al mundo?

No es mi estilo, Donaldson.

Baja y lo discutimos...

Los dedos de Olivia permanecieron suspendidos a varios centímetros de la pantalla. No quería estar a solas con Sean en su piso y no era por temor a que él intentara algo, sino más bien por miedo a que fuera ella la que lo hiciera.

Después de dormir juntos, Olivia había sido la primera en abrir los ojos por la mañana. Al contrario de lo que le sucedía la mayoría de las noches, no se había despertado ni una sola vez. No solo eso, sino que había caído rendida muy poco tiempo después de que Sean se tumbara a su lado.

Lo primero de lo que había sido consciente era de que se encontraba refugiada en su pecho, con uno de sus brazos rodeándole la espalda, y que sus piernas estaban enredadas bajo las sábanas. Notaba el sonido de su corazón

latiendo contra su oreja y su aroma le llenaba la nariz. Era como estar sumergida en él. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan arropada por alguien ni tan... bien, tan condenadamente bien.

Pero ese oasis de tranquilidad solo tardó unos pocos segundos en transformarse en terror. Había saltado de la cama y había escapado por la ventana antes de recordar que era Sean el que estaba en su casa y no al revés. Poco después, él la había encontrado en el exterior, apoyada en la barandilla de la escalera de incendios y con la mirada clavada en la fachada del edificio que quedaba justo frente al suyo, como si los ladrillos rojos de la pared fueran lo más fascinante que hubiera visto jamás. Solo que la mente de Olivia no estaba en ese lugar sino muy lejos de allí, recordándole lo que sucedía cuando te permitías el lujo de entregarle tu corazón a otra persona.

Sin embargo, Sean no había dicho nada. No le había pedido ninguna explicación, al igual que no lo hizo la noche que la encontró sollozando como una cría en ese mismo sitio. Le gustaba eso de él. Aunque también podía significar que no le interesara lo que sucediera y, en algún momento y por mucho que luchara contra ello, había empezado a desear que le importara.

Estaba hecha un lío.

Tecleó con rapidez su repuesta.

Mi disfraz no es negociable.

Significa eso que irás mañana conmigo?

He quedado con Maya allí. Te recojo en el campo?

Sean tenía entrenamiento el día de Halloween, por lo que se cambiaría allí mismo e iría directo a una de las muchas fiestas que había esa noche en el campus. Por lo que Olivia sabía, se trataba de LA FIESTA, con mayúsculas, la más importante y a la que más gente asistiría, dado que la organizaba el equipo de fútbol.

Te veo en el aparcamiento.

Estoy deseando ver tu disfraz

Horas después, Olivia no se pudo resistir a hacerle una visita a Perseo. Ya había sucumbido hacía mucho a los múltiples encantos felinos del animal y se había olvidado de la promesa de buscarle otro hogar. Mientras Sean no se negara a mantenerlo en su casa, no iba a ser ella la que insistiera para sacarlo de allí.

Incluso Cam se había encariñado con él. De Sean, a pesar de sus reiteradas protestas por llevar siempre la ropa llena de pelo, sabía que permitía al pequeño gato dormir todas las noches en su cama, aunque Olivia dudaba de que el chico pudiera hacer nada para evitarlo si así lo quisiera. ¿Quién hubiera dicho que el irresponsable *quarteback* iba a sentir tal debilidad por aquella bolita de pelo?

Calculó que Sean ya se habría marchado a clase y bajó las dos plantas que la separaban de su piso por el ascensor. Esperaba que Cam no hubiera salido aún y tuvo suerte, aunque el gemelo le abrió la puerta con su mochila ya colgada del hombro.

—Sean acaba de marcharse —le dijo, apenas comprobó que se trataba de ella.

—Vengo a ver a Perseo.

Él sonrió y se hizo a un lado para dejarla pasar, y Olivia entró en el apartamento con los ojos puestos en el sofá; a Perseo le encantaba dormitar en la esquina más cercana a la ventana. Fue hasta allí y lo encontró enroscado sobre sí mismo encima de una mullida manta. Lo tomó en brazos sin esfuerzo. El pequeño era todo pelo, no le extrañaba que Sean anduviera todo el día quejándose al respecto.

—¿Te has cansado de nuestros desayunos? —inquirió Cam, a su lado.

Estiró la mano y acarició también al animal, que ronroneó encantado con tanta atención.

—He estado muy liada —replicó ella, evasiva.

—Bueno, ese chiquitín ha estado bien atendido. Incluso yo estoy sorprendido. Tengo que admitir que mi hermano es una caja de sorpresas, o tal vez... es que no quiere decepcionar a su dueña...

Pocas semanas atrás le hubiera dicho que era difícil decepcionarla. Es difícil hacerlo cuando no esperas nada de nadie. Sin embargo, ahora... con Sean... Las cosas habían empezado a cambiar para ella y eso era lo que le daba miedo. Sentía que iba en un tren a toda velocidad sin opción alguna de apretar el freno y que en cualquier momento iba a descarrilar y todo se iría a la mierda. De esa sensación era de la que con tanto ahínco había tratado de huir. Perder el control, entregar parte de uno a alguien, aunque solo se tratara de una amistad. Necesitar a otra persona.

—...pero te hemos echado de menos. Todos —terminó Cam, y Olivia se

dio cuenta de que se había perdido parte de la conversación.

Olivia alzó un poco más a Perseo y le dio un beso en la cabeza. Ese sencillo gesto de algún modo la tranquilizó. Sonrió cuando el animal emitió un de sus agudos maullidos, y lo depositó de nuevo sobre la manta.

—Yo también —admitió, y se sintió liberada al decirlo—. ¿Vas mañana a la fiesta?

—Os veré allí —repuso él, dejando claro que Sean lo había puesto al corriente de sus planes antes de marcharse. Miró el reloj de su móvil y esbozó una mueca de disculpa—. Tengo que irme, pero puedes quedarte con Percy un rato si quieres.

Olivia frunció el ceño.

—¿Percy?

El gemelo agitó la cabeza.

—Cosas de mi hermano. Dijo algo de una saga de libros de fantasía.

Ella rió, perpleja. Tendría que preguntarle a Sean si había leído los libros o lo había sacado de la película. Quizás pudieran programar otra sesión de cine en casa. Lo que estaba claro era que Cam llevaba razón: Sean Donaldson era una auténtica caja de sorpresas.

16

Sean cumplió a rajatabla cada una de las indicaciones del entrenador la tarde previa a la fiesta de Halloween. Había quedado con Olivia en que lo recogería a la salida para ir juntos y no tenía intención de hacerla esperar. Hacía varios días que no la veía, ni siquiera a la hora del desayuno. Tuvo que aceptar que estaba inquieto y que, además, el hecho de que se sintiera así lo ponía aún más nervioso.

Después de pasar la noche durmiendo con Olivia, Cam y él habían mantenido la que probablemente fuera la conversación más profunda que habían tenido jamás con respecto a una chica, al menos tratándose de él.

—¡Joder, pues claro que me gusta! —Había soltado él, después de que Cam pasara al menos una hora presionándole—. ¿Es que no tienes ojos en la cara? Es jodidamente preciosa, divertida y sus piernas...

Pero su gemelo había negado con la cabeza, se había cruzado de brazos y había adoptado ese semblante tan serio que empleaba cuando ejercía de hermano mayor con Aria.

—Ya sabes a lo que me refiero.

Sean lo sabía, sí que lo sabía, aunque se resistía a aceptarlo. Nunca antes había perseguido a ninguna chica, nunca se había *colgado* de nadie. Lily, la chica con la que solía enrollarse de forma intermitente durante sus veranos en Lostlake, era probablemente su relación más larga y ni siquiera a ella la había echado de menos cuando la temporada estival terminaba y regresaban a casa. Pero Olivia había pasado unos cuantos días sin aparecer por el apartamento y él prácticamente se había vuelto loco. Solo la advertencia de Cam de que no debía atosigarla hizo que no fuera él el que ascendiera dos plantas y se plantara frente a su puerta, o mejor dicho, frente a su ventana. Eso y que seguía pensando que Olivia se acercaba a él cuanto más se alejaba, y no tenía nada que ver con ningún jueguito estúpido sobre ignorarla para mantener su atención. Era otra cosa, pero no tenía ni idea de qué.

Supuso que, mientras todos esos pensamientos iban y venían por su cabeza, la confusión se había reflejado en su rostro, porque Cam estalló en carcajadas en sus propias narices.

—Vaya, vaya, hermanito... Por fin...

Resultaba inútil tratar de esconderle a su gemelo que le interesaba Olivia y que se preocupaba por ella, de la misma forma que lo era negar que se moría por comprobar si besarla sería cómo se imaginaba. Ni siquiera se había permitido imaginar más allá de eso.

—Me siento como un estúpido. ¿Sabes la de tías con las que me he enrollado? —inquirió, frustrado por no saber cómo actuar con Olivia—. Creo que me estoy volviendo gilipollas.

—Sois amigos, Sean. Empieza por ahí —le dijo su hermano, compadeciéndose de él—. Tengo el presentimiento de que eso es justo lo que ella necesita.

Y eso era lo que se había propuesto y en lo que pensaba cuando salió de la ducha del vestuario. Todo el equipo estaría en la fiesta de esa noche, puesto que habían sido ellos los que la habían organizado, y, salvo los que vivían en la fraternidad, la mayoría había optado por cambiarse allí para no tener que pasar por sus habitaciones.

Sean se acercó a su taquilla. A su lado, Fields, uno de los defensas, ya se había transformado en una versión mucho más corpulenta de Freddy Krueger, mientras que Hastings, su mejor receptor, se había convertido en un inquietante Norman Bates. Él, en cambio, comenzó a vestirse con un pantalón de pinza negro y una americana gris oscura bajo la cual se puso una camiseta.

—¿Quién cojones eres, Donaldson? —se burló Fields, fingiendo que le arañaba el pecho con las cuchillas falsas de sus manos.

Sean le dedicó su expresión más arrogante mientras se ponía unas gafas de pasta con los cristales tintados de rojo.

—¿A ti qué te parece? —replicó, abriéndose la chaqueta—. Soy el puto Tony Stark.

En su pecho, una luz brillaba a través de la fina tela de su camiseta.

Las risas de sus compañeros no se hicieron esperar.

Estaba seguro de que el disfraz sorprendería a Olivia, que esperaría encontrarlo embutido en gomaespuma roja o algo por estilo. Aquello era una fiesta y él pensaba presentarse como la versión más desenfadada del súper héroe.

—Sois unos capullos —les gritó Sean, y les mostró el dedo corazón.

Se apresuró a recoger sus cosas mientras el vestuario se iba vaciando.

Austin Crowley pasó a su lado en dirección a la puerta y le hizo un gesto con la cabeza a modo de despedida.

—Ey, ¿qué tal va, tío? —Cuando el chico asintió dando a entender que estaba bien, Sean lo detuvo—. Oye... Olivia y tú...

No sabía cómo plantearle la cuestión que le había estado rondando la mente desde que Olivia y él habían comenzado a acercarse. Se sentía como si estuviera traicionando a un amigo aunque ni siquiera hubiera pasado nada entre ellos.

—No estoy con ella —le interrumpió Austin—. Ya te lo dije. Es más, estoy quedando con Christina, la del equipo de animadoras.

La mueca posterior a dicho comentario fue lo suficientemente insinuante como para que Sean comprendiera que el chico había pasado página. Ni rastro de la expresión apesadumbrada que había mostrado al hablar con él semanas antes. Aunque, a su parecer, creía difícil que un tío pudiera olvidarse de Olivia de la noche a la mañana. Él, desde luego, no podría.

—Genial —replicó, aliviado.

—¿Estás interesado en Olivia?

La pregunta pilló desprevenido a Sean.

—Sí. Bueno, somos amigos.

Se calló la parte en la que admitía que quería mucho más que ser su amigo, al tiempo que comprendía algo que no había entendido hasta entonces: aunque entre Olivia y él nunca hubiera nada más, la quería cerca.

Al salir del vestuario iba comprobando los mensajes del móvil y no se percató de la barrera humana que se había formado en la puerta. Tropezó con la espalda de Austin y a punto estuvo de dejar caer el teléfono al suelo.

—Vamos, gatita, guarda las uñas. —Escuchó el comentario por encima de las risas masculinas de sus compañeros.

—Puede que lo haga si apartas tus zarpas de mí, Hollis.

Reconoció la voz de Olivia.

—¿Qué pasa ahí fuera? —le preguntó a Austin, mientras intentaba abrirse paso.

Se había formado un pequeño corrillo en el pasillo, pero pudo ver a Olivia apoyada contra la pared de enfrente. Hollis estaba a pocos pasos de ella y, por su postura, reconoció de inmediato esa actitud bravucona que ya le había costado más de un lío. Le encantaba alardear frente a sus compañeros o ante cualquiera

que le prestara un poco de atención.

No esperó la respuesta de Austin, que también parecía dispuesto a intervenir. Sean se adelantó y se plantó junto a ellos. Alternó la vista entre Olivia, aparentemente inmune a lo que fuera que estuviera ocurriendo, y Hollis.

—¿Va todo bien? —inquirió, dirigiéndose a ella.

Olivia torció levemente el gesto y Sean no supo si estaba pidiéndole ayuda o que se mantuviera al margen. Llevaba la parte superior del rostro cubierta por una máscara, negra y con dos orejas puntiagudas, que le hacía difícil descifrar su expresión. Echó un rápido vistazo a su disfraz y se encontró con un mono de cuero también negro que abrazaba cada una de sus curvas. Además, tras sus piernas, asomaba lo que no podía ser otra cosa que la larga cola de un gato, o una gata en este caso.

«Catwoman», se dijo.

Muy propio de Olivia, un personaje ambiguo y oscuro. Le pegaba. Y hubiera disfrutado mucho contemplando lo bien que le sentaba el disfraz si no fuera porque empezaba a desear borrarle la sonrisa a Hollis de un puñetazo.

Fue este el que contestó a su pregunta.

—Solo informaba a Olivia de que puedo hacerla ronronear de placer esta noche.

Sean apenas pudo contenerse. La visión se le nubló de pura rabia. Sabía que Hollis podía llegar a comportarse como un auténtico cabrón y más de una vez habían tenido que sacarle borracho de alguna fiesta porque perdía los papeles cuando bebía y tendía a meterse en peleas, pero aquello era demasiado incluso para él.

—Dudo mucho de que supieras cómo hacerlo, Hollis —replicó Olivia, sin amedrentarse.

Sean la vio alzar la barbilla por el rabillo del ojo.

—Me parece haber escuchado que ella te decía que no —añadió él, con los puños apretados, luchando para no ser el que perdiera los estribos.

—Vamos, Donaldson, las chicas como ella al principio siempre dicen que no...

Aquello terminó por hacerle saltar. En dos zancadas se plantó frente a él, lo agarró de la camiseta y lo estampó contra la pared. Alguien lo sujetó de la chaqueta por detrás pero no aflojó el agarre. Si el entrenador los pillaba

peleándose, estaba seguro de que habría consecuencias, pero no le importaba lo más mínimo.

—¿Qué coño has dicho, Hollis? Repítemelo para que pueda partirme la cara —le exigió, en algo muy similar a un gruñido—. Porque si eres de esos hijos de puta que no sabe aceptar un «no» de una tía, juro que voy a arrastrarte por todo el puto campus hasta la oficina del rector.

Las risas que hasta ahora habían constituido el ruido de fondo se silenciaron de inmediato y el silencio reinó en el pasillo, como si todos estuvieran conteniendo el aliento. Su compañero de equipo alzó las palmas de las manos, pidiendo una tregua que Sean no sabía si estaba dispuesto a concederle. Su comentario había despertado tanto su ira como sus náuseas, le daba asco que alguien con el que había salido de fiesta o pasado tardes en el campo pensase de esa manera.

—Donaldson, déjalo estar. —Olivia se situó a su lado, le dedicó a Hollis una mirada asesina y luego volvió el rostro hacia Sean. Su expresión se suavizó en cuanto posó sus ojos en él—. No merece la pena meterte en problemas por él.

Pero Sean no lo soltó porque, si se metía en problemas, sería por ella, y eso sí que merecía la pena. Se inclinó sobre el chico hasta que lo único que este pudo ver fue su cara.

—Si vuelves a molestarla... No, mejor aún, si me entero de que molestas a cualquier chica del campus, el rector será el menor de tus problemas —le aseguró, y pensaba cumplir la amenaza.

Ya no se trataba solo de Olivia. Todavía recordaba demasiado bien al tipo que había tratado de emborrachar a su hermana pequeña durante una fiesta ese mismo verano para aprovecharse de ella. La cosa no había pasado a mayores porque Max Evans, el que era su actual novio, lo había evitado, y también le había partido luego la cara a aquel tío por intentarlo. Cam y él mismo lo hubieran hecho si no hubiera sido porque llegaron tarde.

—Vamos, Donaldson. Solo bromeaba —repuso el chico, acobardado, tratando de convertir aquello en una broma.

Austin Crowley se había situado junto a Sean sin que este se hubiera dado cuenta y, por cómo miraba a Hollis, parecía que también él estaba dispuesto a darle una lección de ser necesario. El resto de sus compañeros se mantuvieron en silencio y no hicieron amago de intervenir.

Tardó unos instantes más en soltarle. Lo apartó de un empujón y, solo entonces, se volvió hacia Olivia.

A su espalda, Hollis se creció al verse libre.

—Se ha tirado a medio campus —murmuró, señalando a Olivia—, y él al otro medio. Hacen buena pareja.

Esta vez Austin llegó a él antes de que pudiera hacerlo Sean. Lo empujó por el pasillo, maldiciendo, y farfulló una amenaza que no llegó a oídos de los demás. Fields se unió a él y le aconsejó que se marchara mientras que Hastings retenía a Sean. Nadie quería una pelea dentro del equipo, aquello solo los perjudicaría en el campo y el entrenador se pondría como loco. Sin embargo, tampoco pensaban secundar a Hollis, o por lo menos no lo demostraron.

—Está bien. Estoy bien —le aseguró Sean a su compañero, solo para que le soltase.

Este dudó pero terminó por dejarle ir. Dos segundos después Sean corría por el pasillo dispuesto a cerrarle la boca a aquel imbécil. Llegado a ese punto, lo único que lo detuvo fue la rápida reacción de Olivia, que corrió tras él y lo agarró del brazo. Sean estuvo a punto de zafarse de un tirón. Sin embargo, ella se plantó delante de él y colocó las manos sobre su pecho.

—Basta, Sean.

Olivia podía sentir el movimiento agitado de su pecho bajo sus manos y el temblor que recorría su cuerpo en forma de espasmos. Ella misma se sentía tentada de ir detrás de Hollis y enseñarle un poco de educación y respeto, y de paso arañarle como una buena gata o abofetearle si hacía falta, pero no quería que Sean se metiera en problemas.

—Me has llamado Sean —señaló él, y Olivia no pudo hacer otra cosa que reírse a pesar de la tensión del momento.

—Te llamas así, ¿no?

En medio de aquella situación no podía creer que se parara a analizar la forma en que se dirigía a él.

—Nunca me has llamado por mi nombre. Lo sé, lo recordaría —comentó, bajando la mirada hasta sus manos, que continuaban sobre su pecho.

—Bueno, tú no dejas de llamarme Liv a saber por qué estúpido motivo.

Sean cubrió las manos de Olivia con las suyas y le dio un ligero apretón. Se inclinó un poco sobre su oído, consciente de que todas las miradas del resto de

jugadores de los Bruins estaban puestas sobre ellos.

—Te aseguro, Liv —le dijo, incidiendo en el apodo—, que la razón por la que te llamo así no es en absoluto estúpida.

Olivia estaba realmente espectacular y era probable que el adjetivo se quedara corto. Claro que también lo hubiera estado con unos vaqueros o incluso con un pijama de franela. Todo lo que necesitaba era esa condenada sonrisa y el delicioso hoyuelo de su mejilla para hacer enloquecer a Sean. Si bien, enfundada en cuero y apoyada en su moto, resultaba digna de contemplar.

Antes de dirigirse a la fraternidad, ella había optado por dar una vuelta para que Sean se calmara. No quería llegar a la fiesta, encontrarse con Hollis y que todo empezara de nuevo. Solo que se había dejado llevar un poco una vez sobre la moto y habían acabado en la playa de Santa Mónica, muy cerca del muelle.

—Olvídate de él. No es más que un capullo —le dijo, mientras observaba la noria girar.

—Si se acerca a ti esta noche...

Olivia trasladó su atención hacia él.

—De pequeña, mi madre solía traerme aquí, a la feria del muelle. Me encantaba la noria —agregó, para distraerle, y, sin darse cuenta, le estaba hablando de sí misma.

Tal vez fuera una tontería, solo un detalle de su infancia que le había venido a la mente al regresar a aquel lugar, pero era más de lo que le había contado de su pasado desde que se conocían.

—Puedo pagarte un par de viajes si quieres —replicó Sean, burlón, apartando al cabrón de Hollis de sus pensamientos.

Ella ladeó la cabeza y la sombra de una sonrisa revoloteó en su rostro.

—Catwoman tiene otros planes para esta noche, incluida una cita con el mismísimo Tony Stark —rió abiertamente—. Admito que estoy impresionada.

—Suelo provocar ese efecto.

Le golpeó con suavidad en el costado para atajar sus alardes, pero la expresión de Sean se tornó sombría una vez más.

—Lo que ha dicho... sobre ti...

Que no se atreviera a finalizar la frase puso a Olivia a la defensiva.

—No me he acostado con medio campus si es eso lo que te preocupa, pero tampoco sería asunto tuyo si así fuera.

Sean tomó aire con lentitud, llenándose los pulmones hasta el límite de su capacidad. Su furia se había duplicado al escuchar a Hollis lanzar acusaciones a voz en grito, pero no por la razón que Olivia creía. No era tan hipócrita como para juzgarla por hacer justo lo que él hacía. El caso era que ella le había dicho una vez que no era de las que se sentaba a esperar que un chico se decidiera; si le gustaba, iba a por él.

Sin embargo, en su caso...

Rodeó sus hombros con el brazo y soltó el aire que había estado conteniendo.

—Yo tampoco me he acostado con medio campus pero, como mi amiga, espero que sí que te importase si así fuera. No es posible tal hazaña sin que mi salud se resienta —bromeó, y percibió cómo la tensión de los músculos de Olivia desaparecía.

—Te hacía más resistente, Donaldson. —Sean frunció el ceño y fingió ofenderse, pero Olivia continuó hablando antes de que pudiera decir nada—. Y no, no voy a volver a llamarte Sean hasta que no me expliques por qué me llamas Liv.

Sean la tomó de la mano y tiró de ella para separarla de la moto. Alzó sus manos unidas para hacerla girar sobre sí misma, y Olivia lo dejó hacer a pesar de esperar una respuesta.

—Vamos, Liv. Montemos en la noria para que luego pueda llevar a mi villana particular a una fiesta. ¡Destruyamos el mundo juntos! —gritó, ganándose la atención de los transeúntes que ocupaban el paseo marítimo.

La mayoría, como ellos mismos, iban vestidos con disfraces más o menos elaborados y, muchos, acompañados de niños.

Ella sonrió con malicia. Nunca antes una propuesta como aquella le había sonado mejor.

Tras montar en la noria, pusieron rumbo al campus y apenas si tardaron veinte minutos en llegar. Los integrantes de la fraternidad se habían esmerado y la casa, que constaba de tres plantas, parecía una auténtica mansión del terror. Tumbas semi cubiertas por las hojas ocre que caían ya de los árboles que la rodeaban, multitud de calabazas iluminadas con velas y muchas, muchas telarañas. Tantas que la entrada se había convertido en una especie de túnel.

Conforme lo cruzaron, Olivia se encontró a Maya. Sean desapareció casi

enseguida en busca de su hermano, del que tenía varios mensajes en el móvil. El encontronazo con Hollis había llegado a sus oídos y, conociéndole, no se tranquilizaría hasta que le diera su versión de los hechos y viera que no había sufrido ningún daño.

—¿De qué se supone que va Sean? —inquirió Maya, persiguiendo al gemelo con la mirada mientras iba en busca de su hermano.

Olivia se mordió el labio inferior para no echarse a reír. Estaba segura de que le harían aquella pregunta muchas veces durante la noche. Sin embargo, ella estaba encantada con el disfraz que había elegido. De alguna manera, era perfecto para él.

—De Tony Stark. Iron Man.

Ambas se dirigieron a la cocina en busca de una bebida y algo de picar. Olivia echó un vistazo receloso a algo que se asemejaba a un ponche de tonos rojizos mientras Maya cogía un par de vasos de plástico. Decidió evitar esa bebida y, al final, ambas se sirvieron una cerveza.

—Te veo muy contenta —repuso su compañera de piso—. ¿Algo que comentar?

Olivia negó, sabedora de que no insistiría. No obstante, en esa ocasión, Maya no se rindió.

—He oído lo de Hollis.

—¿Cómo es posible que en este campus los rumores se extiendan tan rápido? —exclamó, indignada.

—Esto está lleno de jugadores de los Bruins y parece que es el tema estrella de la velada —aclaró Maya—. Estaba preocupada.

Olivia suspiró. Una vez más, luchó consigo misma y con esa vocecita que le pedía que se alejara. Para su sorpresa, consiguió acallarla.

—Hollis se comportó como un capullo y Sean le paró los pies. No pasó nada —añadió, para tranquilizarla, y se dio cuenta de que también ella se sentía mejor al ver el alivio en el rostro de Maya.

—Creo que es un buen tío. Sean, quiero decir —comentó su amiga, y lanzó una mirada al sitio por el que el *quarterback* se había ido—. Hollis tiene fama de gilipollas y, por lo que veo, más que merecida.

No formuló más preguntas, pero Olivia era consciente de que estaba deseando hacerlo.

—No estamos saliendo. Somos amigos.

Aunque su compañera de piso no podía saberlo, admitir aquello significaba para ella mucho más de lo que nadie podía imaginar.

Las chicas se mezclaron con el resto de los asistentes a la fiesta. Casi todo el mundo se encontraba en el gran salón, aunque había pequeños grupos repartidos por la planta baja. La música retumbaba a un volumen que apenas si les permitía conversar y terminaron animándose a bailar. Olivia olvidó sus reticencias y rió mientras disfrutaba de la fiesta. Will, el novio de Maya, se les unió rato después, así como Sean, acompañado de Cam y dos de sus compañeros de equipo que no conocía pero que no tardaron en presentarle.

En un momento dado, Cam se le acercó.

—Si Hollis te da algún problema, puedes contar con nosotros —le dijo, alzando la voz por encima de la música.

Los demás debieron escucharlo porque tanto Sean como Fields y Hastings, asintieron.

Olivia le dio un apretón en el brazo a Cam y sonrió al resto, abrumada. No estaba acostumbrada a contar con nadie y, aunque no era de las que se amedretaban ante los tipos como Hollis, su preocupación la conmovió. Agradeció que Sean la sacara a bailar en ese instante porque, cuando quiso darse cuenta, los ojos se le habían humedecido.

—Está muy sexy esta noche, señorita Catwoman. Si se me permite decirlo —le susurró al oído.

—Es todo un halago viniendo de usted, señor Stark.

—Jodidamente preciosa —añadió Sean, para sí mismo.

Pasó las manos en torno a su cintura y la atrajo contra su pecho. Olivia alzó la vista hasta alcanzar sus ojos azules y comenzaron a balancearse juntos siguiendo un ritmo que solo ellos escuchaban, más perdidos que nunca en ese duelo de miradas que a menudo establecían y que jamás había ganado ninguno de los dos. Sean se preguntó si llegaría el momento en que lograría vencer, inclinarse sobre sus labios y besarla de una vez por todas.

—Vente conmigo a Berkeley —soltó sin más, sus labios a apenas unos centímetros de la boca de Olivia.

Ella levantó los brazos y colocó las manos sobre su nuca. Se dejó llevar y lo siguiente que supo era que estaba hundiendo los dedos en su pelo.

—¿Qué se te ha perdido en Berkeley? —inquirió, y le falló un poco la voz.

Ni siquiera sabía si le había entendido bien, estaba aturdida por la sensación de estar allí, acunada por los brazos de Sean, la calidez de su cuerpo y su eterna sonrisa.

—Jugamos con los Golden Bears en un par de semanas —replicó Sean. Su mano ascendió también hasta sostener el rostro de Olivia y acarició con el pulgar justo el lugar en el que se encontraba el hoyuelo que lo volvía loco—. Cam también vendrá. Mi hermana estudia allí y vamos a quedarnos todo el fin de semana con ella.

Hasta ahora la fiesta de esa noche era el primer y único evento en el que se habían dejado ver juntos. Se habían pasado semanas encontrándose tan solo en casa de Sean. Olivia echó un vistazo alrededor. Estaban rodeados de gente, y puede que fuera absurdo que no hubiera sido consciente de ese detalle hasta ese momento, pero Sean le estaba pidiendo que lo acompañara a Berkeley y que lo hiciera no solo para verlo jugar, sino para conocer a su hermana.

Suspiró y, una vez más en la misma noche, desterró su miedo. Era Donaldson el que se lo pedía y, lo más importante, deseaba ir.

—Vale —respondió, y fue más consciente que nunca de la forma en la que Sean acariciaba la comisura de sus labios—. Me apunto.

El rostro de Sean se transformó por completo. Su sonrisa se hizo más amplia y sus ojos se abrieron por completo, sorprendido por su respuesta. Segundos más tarde, la alzó en vilo y comenzó a dar vueltas sobre sí mismo con ella en brazos, y Olivia se sintió mejor de lo que se había sentido jamás solo por la felicidad que se reflejaba en el rostro de aquel chico desvergonzado pero encantador; el rostro de su mejor amigo.

Bailaron múltiples canciones juntos y con el resto del grupo. Olivia tuvo que ser testigo de la expectación existente en torno a Sean y cómo no pocas chicas se le acercaban y tonteaban con él. Él sonreía, siempre, posiblemente sin ser consciente de lo que el gesto suponía para aquellas chicas y, acto seguido, se deshacía de ellas de forma cortés. Sus amigos parecían encantados con su actitud, pues algunas terminaban bailando con ellos.

También hubo varios chicos que mostraron interés por Olivia, aunque ninguno logró captar su atención. Todo lo que sabía era que se lo estaba pasando genial. Fields y Hastings resultaron ser dos tipos muy agradables y era obvio

que, además de amigos de Sean, admiraban lo que su *quarterback* era capaz de hacer en el campo; lo dejaron claro por la manera en que le hablaron de él.

—Para gustarte tanto las fiestas tienes cierta tendencia a escapar de ellas —apuntó Olivia, horas más tarde.

Se habían marchado cuando el ambiente comenzó a enrarecerse. La bebida no había dejado de fluir y la gente ebria empezaba a ser mayoría. Las calles del campus estaban repletas de monstruos y personajes de películas de terror, e incluso se cruzaron con un tipo disfrazado de Demogorgon, o una chica... no estaban seguros.

Caminaron hasta Powell Library y se sentaron en el césped que se extendía frente al imponente edificio.

—No se lo digas a nadie —le susurró él, inclinándose sobre su oído, rozando el lóbulo de su oreja con los labios. Un escalofrío la recorrió de pies a cabeza—, pero no me gustan tanto las fiestas. Solo es un forma de... ligar.

Tras la confesión, Sean se encogió de hombros y Olivia se echó a reír.

—Pues esta noche no has tenido demasiado éxito —replicó ella, consciente de que era una provocación en toda regla.

Él le lanzó una mirada muy significativa, una que decía que eso no le preocupaba en absoluto.

—Estoy donde quiero estar, Liv. —Le guiñó un ojo—. Y tú, ¿no has visto nada que te gustase esta noche?

Olivia suspiró, recordando lo sucedido esa misma tarde.

—Después de lo de Hollis...

—No permitas que te diga quién o qué eres —la cortó él, adivinando el rumbo de sus pensamientos.

—¿Te das cuenta de lo hipócrita que resulta? A un chico con una vida sexual activa se le aplaude, no importa el número de chicas con las que salga. En cambio, si se trata de una chica, la cosa es muy diferente.

—¿Vas a hablar de sexo conmigo? —bromeó Sean, en un intento de hacer brotar de nuevo su sonrisa.

Lo consiguió en parte.

Sabía que sus palabras estaban cargadas de razón y, sinceramente, incluso él tenía que luchar contra sus propios prejuicios, pero de ninguna de las maneras tenía un opinión negativa de ella. Al contrario, con cada segundo que pasaba a su

lado, con cada conversación, cada broma y cada sonrisa, nada de aquello importaba. Olivia, o cualquier otra chica, tenía derecho a vivir su vida como mejor creyera conveniente. Solo que en ese instante, Sean deseaba que Olivia la viviera con él.

18

—¿Lo tienes todo?

Olivia asintió con poca convicción.

Su maleta yacía cerrada sobre la cama. No necesitaba demasiado para pasar el fin de semana en Berkeley. Tenían por delante más de cinco horas de viaje en coche. Sean había conseguido convencer al entrenador de que le permitiera hacer el viaje por su cuenta, ya que querían salir la tarde anterior al partido, justo después de terminar el entrenamiento. La idea era aprovechar al máximo esos días para estar con Aria y Max, a los que los gemelos no habían visto desde el verano anterior.

Sean la observó con detenimiento y percibió cierta inseguridad en su gesto.

—¿Estás bien? No tienes por qué venir si no quieres. Yo quiero que lo hagas. —Hizo constar, por si pudiera pensar lo contrario—. Maya ha aceptado bajar a darle de comer a Perseo y comprobar que está bien, ¿no?

Se acercó por detrás y la sujetó por la cintura. No tardó en tener el pecho contra su espalda y la barbilla apoyada en su hombro. Olivia sintió como la presencia de Sean lo inundaba todo a su alrededor. El aroma a gel de ducha se mezclaba con su olor natural, el mismo que se había acostumbrado a encontrar impregnando su almohada cuando se iba a dormir. La relación se había vuelto más estrecha entre ellos durante cada día que habían pasado juntos. Resultaban una pareja extraña, aunque no fueran pareja, y la tensión que se palpaba cuando estaban juntos había alcanzado cotas realmente altas. La boca de Sean se acercaba más a las comisuras de sus labios en cada saludo o despedida; sus manos se aventuraban en muchas más ocasiones sobre su piel, simulando descuido; sus ojos, cargados de intención, lanzaban más promesas mirada a mirada. Y él no era el único que parecía estar cruzando los límites de su amistad.

Olivia disfrutaba hundiendo los dedos en su pelo, que lucía ahora más despeinado que nunca, y le provocaba solo para disfrutar de sus sonrisas perversas y sugerentes. Habían dormido juntos varias noches a lo largo de las dos últimas semanas, aunque siempre dejando un espacio entre ellos, mínimo pero eficiente, con miedo a tocarse y no ser capaces de parar. Si continuaban así, llegaría el día en que explotarían. Las cosas estaban a punto de írseles de las

manos, a ambos. Solo restaba ver quién era el primero en sucumbir porque, como era habitual en ellos, parecían dispuestos a competir incluso en eso.

—No puedo creer que esté dispuesta a sufrir las consecuencias de su alergia por mí —replicó Olivia, de forma distraída, demasiado consciente de todos los puntos en los que Sean la estaba tocando y de la manera en la que su aliento calentaba la piel de su cuello.

—Aria y Max quieren llevarnos a cenar algo en cuanto lleguemos, aunque será bastante tarde. Y luego, si no estás muy cansada, podríamos ir a tomar algo por ahí —comentó Sean, reteniéndola entre sus brazos.

Luchaba consigo mismo para no tomarla de los hombros, hacerla girar y lanzarse sobre sus labios, que era lo que su cuerpo le exigía que hiciera. Se estaba volviendo loco y no dejaba de pensar en ello. En clase, en los entrenamientos, incluso cuando su equipo disputaba algún partido. Olivia había empezado a ir a verlo jugar acompañada de su hermano, y sus ojos la buscaban entre el público siempre que completaba alguna jugada. Si bien, al contrario de lo que se podía esperar, el entrenador había felicitado en más de una ocasión a Sean por la mejora en su rendimiento. Nunca había estado tan centrado. Pero en los momentos como aquel, con su cuerpo menudo entre los brazos y sus labios tan, tan cerca...

—No soy yo el que tiene que jugar un partido mañana por la tarde —le recordó Olivia—, y después de las amenazas de tu entrenador si se te ocurría hacer alguna estupidez, yo me lo pensaría dos veces antes de irme de juerga.

Sean acercó los labios más a su oído, bajó por su cuello y depositó un pequeño beso sobre el lugar en el que este se unía a su hombro.

—Me portaré bien —aseguró, aunque el tono de su voz prometía lo contrario—. Lo prometo.

Poco después, se reunieron con Cam en el aparcamiento. Empezaba a impacientarse y los esperaba sentado tras el volante de su coche.

—¡Por fin! ¡Por el amor de Dios! ¿Qué demonios estabais haciendo ahí arriba? —exclamó, y Sean arqueó las cejas.

«Menos de lo que desearía», pensó para él, pero no dijo una palabra.

Cam y Olivia pasaron el rato en las gradas del campo mientras que Sean se dejaba la piel en el entrenamiento. Una vez que el entrenador lo dio por terminado, pusieron rumbo a Berkeley. El viaje transcurrió más rápido de lo que

Olivia esperaba. Con los gemelos resultaba imposible aburrirse. Desde el asiento de atrás, contempló divertida las pullas que intercambiaban y escuchó con atención sus batallitas acerca del verano anterior en Lostlake, el pueblo en el que solía pasar las vacaciones la familia Donaldson. Tenía curiosidad por conocer a Aria, su hermana pequeña. Aunque le diera pavor ampliar el círculo de amistades que había ido aumentando en las últimas semanas casi sin que fuera consciente de ello.

Era eso en lo que pensaba mientras se había quedado ensimismada observando la maleta, arriba en su dormitorio y se dijo que, tal vez, en algún momento, pudiera hablarle a Sean de ello. Si había alguien con el que pudiera atreverse a confesar sus miedos, era con él. Pero hablar sobre la causa de estos... No sabía si podría poner voz al dolor que había enterrado tan profundamente en su interior.

Tras algo menos de seiscientos kilómetros, y una parada para estirar las piernas y comprar chucherías en un área de servicio del condado de Fresno, llegaron a Berkeley. Telefonaron a Aria para que les diera algunas indicaciones sobre cómo llegar hasta el apartamento que Max compartía con otros dos chicos en el campus y que era donde se quedarían durante el fin de semana. Gracias a la generosidad de sus compañeros de piso, que dormirían en casa de otros amigos, no se habían visto obligados a buscar un hotel en el que alojarse. Además, eso les permitiría pasar más tiempo con su hermana.

Cam se bajó del coche en cuanto apagó el motor y prácticamente corrió hacia el portal del edificio en el que vivía Max. Su hermana los esperaba de brazos cruzados y la alegría iluminaba su rostro de tal forma que, incluso Olivia, sonrió al contemplar el abrazo en el que se fundieron Cam y ella. El gemelo la apretujó con tanto entusiasmo que le levantó los pies del suelo y Aria soltó un grito. A su lado, había un chico con el pelo algo más rubio que el de Sean, alto y de espaldas anchas, y que también sonreía mientras observaba la escena. No fue hasta que los hermanos se separaron que saludó a Cam con un apretón de manos.

Sean y Olivia permanecieron junto al coche, pero todas las miradas se volvieron hacia ellos. Aria fue la primera en adelantarse y lanzarse sobre Sean, y este la recibió con el mismo entusiasmo que el mostrado por su hermano. Tras unos segundos, se separó un poco y Olivia escuchó cómo le susurraba al oído un *te he echado de menos, pequeña*.

—Hermanita, esta es Olivia —la presentó, haciéndose a un lado—. Mi hermana Aria —agregó, alentando a Olivia con una sonrisa.

—Así que tú eres Liv —le dijo la chica, y la agarró del brazo con total familiaridad. Echaron a andar juntas hacia la entrada del edificio—. Mis hermanos me han hablado mucho de ti.

Por su tono, y la forma de llamarla, supo que no lo decía por decir.

—En realidad, es Olivia —aclaró, aunque no se trataba de un reproche y Aria no pareció tomárselo a mal—. Tu hermano parece empeñado en cambiarme el nombre, solo él sabrá por qué.

—Sean hace lo que quiere y cuando quiere.

—Es difícil llevarle la contraria a un Donaldson —intervino Max—. Yo ya he desistido.

Aria le dio un empujoncito al chico y este le dedicó una sonrisa. Una de esas sonrisas en las que, los que la observan, son totalmente conscientes de que el gesto tiene nombre y apellidos. La agarró de la cintura y la estrechó contra su costado.

—Este es Max Evans —le dijo Aria, acurrucándose contra él—. Mi novio.

Olivia hizo un leve gesto con la cabeza a modo de saludo.

—Bien, ahora que ya estamos todos —comentó Sean, pasándole un brazo por los hombros a Olivia—. Llévame a comer algo antes de que me desmaye aquí mismo y Evans se haga mañana con la victoria sin tener que sudar la camiseta.

Olivia sabía que el novio de Aria jugaba en los Golden Bears, aunque era su primer año con ellos y no había conseguido aún la titularidad. Sin embargo, según le había contado Sean, no tardaría en hacerse un hueco.

—No tenéis ninguna opción, Donaldson —replicó el chico—. Vamos a machacaros.

Tanto Aria como ella resoplaron ante la repentina exhibición de testosterona. Cam, a su vez, puso los ojos en blanco y empujó a su hermano en dirección al coche.

—Subamos las maletas al piso y luego iremos a cenar algo.

Aunque tanto Sean como Max obedecieron, continuaron con su inofensivo enfrentamiento.

—Te recuerdo que no sería la primera vez que te doy una paliza en el

campo.

Ambos intercambiaron una mirada extraña y rompieron a reír a carcajadas. Olivia fue consciente de que aquello debía de tratarse de alguna clase de broma privada.

—Sois incorregibles —los amonestó Aria—. Los dos.

Cargaron con las maletas entre todos y, por suerte, no tardaron en estar sentados en un pequeño local del campus que servía comida toda la noche. Era viernes, por lo que el sitio estaba prácticamente lleno de universitarios.

Olivia se mantuvo callada casi todo el tiempo. Se dedicó a observar a Aria y cómo se relacionaba con sus hermanos. La pequeña de los Donaldson guardaba un gran parecido con los gemelos. Lucía una larga melena rubia y su complexión era también atlética. Creía recordar que Sean había comentado que practicaba natación. Era obvio que estaba encantada con la visita de sus hermanos y que, entre Cam y ella, la relación era más especial si cabe.

—Pagáis vosotros, que lo sepáis —señaló Aria, tras ordenar sus pedidos—. Me debéis una. —Se giró en dirección a Olivia, sentada al otro lado de Sean—. Les gusta apostar, ¿sabes? Apostar contra su hermana pequeña.

—Eh, yo aposté por ti —se quejó Cam, pero enmudeció cuando ella lo fulminó con la mirada.

—No me hagas hablar —repuso, y volvió a centrarse en Olivia—. Sean me ha dicho que tienes moto, ¿me darías una vuelta si alguna vez os visito?

Cam y Max se miraron entre ellos y luego miraron a Aria.

—¡No! —exclamaron al unísono.

Todo lo que hizo Sean fue recostarse sobre el respaldo del asiento y echarse a reír. Olivia asistió divertida a la batalla dialéctica que se estableció a continuación. El afán protector del gemelo responsable y del novio de Aria no consiguió imponerse. Aria desechó sus protestas con apenas un par de réplicas ingeniosas y aquello hizo que le cayera bien. Le gustaba que no se dejara intimidar por ellos.

Mientras discutían, Sean se inclinó sobre su oído.

—No tienes que hacerlo si no quieres —le dijo, por segunda vez ese día, y ella no pudo más que agradecer su preocupación.

—Me encantaría —replicó, alzando la voz para que todos la escucharan. Aria aplaudió, triunfante—. Soy una conductora responsable, Sean puede

confirmarlo. No le pasará nada.

Hubo más quejas y objeciones por parte de los chicos, salvo de Sean, que se mantuvo al margen, pero no les sirvió de mucho. Aria le agradeció su apoyo a Olivia con un guiño y una sonrisa, y no dejó de hablarle durante el resto de la cena. Sin saber cómo se vio cuchicheando con ella en voz baja, hablándole de Perseo y de lo mucho que los gemelos se habían encariñado con él.

Olivia se sintió cómoda con Aria en todo momento, casi tanto como se sentía con Sean, y ni una sola vez le acometió ese miedo profundo que había guiado su comportamiento antes de colarse en la vida de los Donaldson. Era fácil estar con ellos y, una vez más, envidió lo que representaban.

—¿Estáis cansados? —inquirió Max, a la salida de la cafetería—. Es bastante tarde...

Todos consultaron la pantalla de su móvil o su reloj. Olivia echó un vistazo a Sean. Parecía animado pero su rostro acusaba el agotamiento tras la tarde de entrenamiento y el viaje en coche hasta allí. Ella no tenía demasiado sueño, pero le preocupaba que quisiera alargar la noche solo porque los demás no quisieran irse aún a dormir o por el mero hecho de que la hubiera traído con él.

—Hay un bar con karaoke a dos manzanas de aquí —sugirió Aria, poniéndole ojitos a su novio. Este se echó a reír—. Solo un ratito, por favor.

Olivia comprendió que Max no tenía ninguna posibilidad ante Aria, aunque era probable que tampoco le importara lo más mínimo ceder.

—¿Max Evans cantando? —Sean soltó una risotada—. ¿Dónde hay que firmar?

Cam se unió al grupo de los que estarían encantados de ver cómo el chico hacía gorgoritos en un bar lleno de gente. Olivia aprovechó que el gemelo estaba burlándose de él para hablar con Sean.

—Pareces cansado —le dijo, susurrando.

Le apartó un mechó de la frente y pasó la yema de los dedos sobre la piel bajo sus ojos. Tenía un leve hematoma en el pómulo derecho, producto de un golpe recibido esa misma tarde en el entrenamiento.

—¿Te duele?

Sean negó son suavidad, poco dispuesto a que el movimiento hiciera que Olivia retirara la mano. Adoraba que lo tocara, y la delicadeza con la que lo estaba haciendo en ese momento, su ceño fruncido mientras observaba la rojez

de su piel, su evidente preocupación...

Se quedaron ensimismados el uno en el otro, olvidándose de que no estaban solos. Las manos de Sean volaron hacia su cintura y el contacto le provocó a Olivia un cosquilleo en la boca del estómago. Se puso de puntillas sin ser consciente de lo que hacía y sus labios se acercaron hasta casi tocarse. Permanecieron así un breve instante, unos segundos que parecieron eternos, hasta que una tos forzada los sacó de su trance.

Tres pares de ojos estaban clavados en ellos y las expresiones de los presentes resultaban de lo más variado. Pero todos, sin excepción, habían enmudecido.

—Nosotros vamos a pasar —comentó Sean, como si tal cosa.

—Dales tus llaves —le dijo Max a Aria, que lucía una sonrisa de aprobación en los labios.

—¿Mi hermana tiene llaves de tu casa?! —saltó Cam, desviando la atención hacia su persona.

Aria resopló.

—Ahora me preguntarán si Max y yo pensamos dormir en la misma habitación —replicó la chica, tendiéndole a su otro hermano un llavero—. Hay dos habitaciones preparadas. —Alternó la mirada entre ellos y bajó la voz, mirando de reojo a Cam—. Organizaos como queráis —les susurró—. Ha sido un placer conocerte, Olivia. Cuida de este impresentable. Nos vemos por la mañana.

Antes de que el grupo se separara, Cam intercambió una mirada con su gemelo. Olivia ya los había visto hacer aquello antes, mirarse en silencio durante unos pocos segundos como si hablaran sin palabras, y no pudo evitar preguntarse qué se estarían diciendo.

19

Sean tomó de la mano a Olivia y echó a andar antes de que alguno de sus hermanos dijera alguna tontería más. Aria no podía haber sido menos discreta ni habiendo colgado un cartel con el nombre de Olivia y el suyo en la puerta de uno de los dormitorios. La cuestión era que no habían hablado de dormir juntos durante el viaje a pesar de que era algo que ya habían hecho con anterioridad.

Acostarse con una chica estando bajo el mismo techo que su hermana y Evans no era una novedad, menos aún en el caso de su gemelo. Sin embargo, con Olivia se sentía diferente; todo parecía diferente de una manera que no era capaz de explicar. No pensaba siquiera que fuese a suceder nada entre ellos, pero igualmente estaba nervioso. No solo porque hubiera aceptado que Olivia le gustaba sino porque sabía que había algo que no le contaba; algo que le había hecho huir de un tipo como Austin Crowley; algo que hacía que llorase acurrucada en una escalera de incendios, sola y en plena noche.

—Tu hermana es encantadora, Donaldson —comentó Olivia, de camino al piso de Max, y no se trataba de un cumplido vacío.

—Nos viene de familia, Liv.

Olivia arqueó las cejas.

—Le has contado a tu hermana que me llamas así.

—No esperaba que lo empleara contigo. Yo solo...

Sean la detuvo y se colocó frente a ella, ceremonioso. Soltó un suspiro y titubeó.

Olivia no tenía ni idea de qué iba todo aquello.

—No sé nada de ti. —El comentario le sorprendió incluso a él, que vio cómo la expresión de Olivia se transformaba ante sus ojos y adoptaba una cautela que no había visto en semanas—. No me importa. No... —Sean negó y bajó la cabeza, buscando las palabras adecuadas—. No quiero que me cuentes nada que no estés dispuesta o preparada para contarme, y quiero que sepas que no me importan los tíos con los que has estado o lo que ningún imbécil diga de ti...

Olivia levantó la mano y lo hizo parar.

—Espera un momento. ¿Estás preocupado porque yo pueda pensar que tú

piensas que me he acostado con demasiados chicos o... algo así? —Incluso a ella le costó seguir sus propias palabras.

Sean volvió a suspirar y aquello confundió más a Olivia. El chico se quedó mirando el suelo de nuevo y, acto seguido, levantó la cabeza para mirarla. Acunó su rostro entre las manos y se acercó tanto que su voz le llegó firme y clara a pesar de no ser más que un susurro.

—Yo solo quiero que sepas que estoy aquí para ti y no me voy a ir a ninguna parte. Puedes hablar conmigo —Olivia trató de interponer un poco de distancia entre ellos, pero Sean no se lo permitió. Por primera vez, decidió no dejarla escapar—. ¿Quieres saber por qué te llamo Liv? —Le preguntó, porque sentía que era el momento adecuado para confesárselo. No esperó a que ella contestara, no quería perder el valor—. Al principio solo quería fastidiarte, pero ahora te llamo Liv porque soy un egoísta. Nadie te llama así. Porque, aunque resulte estúpido, si encuentras una nota con ese nombre o alguien grita bajo tu ventana o te llama en plena calle de esa forma, sabrás que soy yo... Pensarás en mí de inmediato. Y yo sabré que lo estás haciendo, que estás pensando en mí...

Sean se interrumpió de repente y Olivia, que ya no luchaba para alejarse de él, entreabrió los labios un par de veces antes de decidirse a hablar.

—¿Esa es tu particular forma de decir *cariño, cielo* o... *amor mío*?

Él negó.

—Siempre he pensado que esos apodos solo los emplean aquellos que temen confundirse de nombre. Yo sé muy bien quién eres y lo que representas para mí —sentenció, con la mirada fija en aquellos ojos castaños que lo observaban con incredulidad.

Deslizó una mano hasta su nuca con lentitud, dispuesto a rendirse y perder; perderse en la chica más extraña que hubiera conocido jamás. Iba a besarla y en sus manos quedaba la decisión de negarse. Pero antes de que pudiera ir un paso más allá y traspasar la barrera invisible que parecía haberse alzado entre ellos desde que se conocieron, fue ella la que tomó los labios de él entre los suyos. Sean lo había imaginado durante tanto tiempo que por un momento pensó que no estaba sucediendo en realidad. Sin embargo, cuando Olivia entreabrió los labios y le dio paso, él le devolvió el beso de forma suave y sosegada, permitiéndole que lo detuviera si así lo deseaba.

Ella no lo hizo, al contrario, le rozó el labio inferior con la punta de la

lengua en una suerte de invitación y él la aprovechó sin dudar.

Con su cara entre las manos, ladeó la cabeza para profundizar en el beso, que ganó urgencia y avidez. Devoró y exploró su boca, cada rincón de ella. Olivia exhaló un pequeño gemido que le robó el aliento y no pudo más que aceptar que no había besado nunca a una chica de verdad. No de aquella manera, no como si estuviera desnudándose aún con la ropa puesta, y supo que jamás una espera había merecido tanto la pena.

—Estaré aquí —le repitió, con la respiración entrecortada— y, si vas a fugarte al lugar al que quiera que vayas cuando te quedas mirando el infinito, llévame contigo, Liv.

Olivia se pasó las manos por los labios y notó la calidez de Sean en ellos. Sus ojos volaron en busca del mar azulado que albergaban los de Sean, normalmente en calma y ahora chispeantes, embravecidos pero aun así seguros.

—Te llevaré, Sean. Pero no... todavía...

Olivia quería —ansiaba— sacarlo todo. Por primera vez, no quería estar sola.

Él depositó un pequeño beso en la comisura de su boca sin dejar de observarla, tan perdido como ella y a la vez tan convencido de lo que quiera que les estaba sucediendo.

—No hay prisa —respondió él, y el siguiente beso fue directo a sus labios.

La atrajo de nuevo contra su pecho y Olivia no se resistió.

Fueron robándose más besos durante el resto del camino. Sean la llevaba de la mano y la hizo girar sobre sí misma, como había hecho en Santa Mónica, contemplando embelesado como daba vueltas y sonreía, y entendió por qué su hermana Aria había peleado por comprender a Evans a pesar de lo sucedido en sus días de instituto; lo entendió de una forma en la que era imposible haberlo hecho hasta entonces.

Las risas y sus besos los llevaron de regreso al piso de Max. Apenas cruzaron el umbral, Olivia giró otra vez sobre sí misma pero en esa ocasión se detuvo frente a Sean. Dejó que sus manos ascendieran por sus brazos mientras sus ojos trazaban el mismo camino, en una segunda caricia que avivó el deseo existente entre ellos. Y, por fin, el equilibrio precario que habían mantenido hasta ese instante se rompió.

Él la alzó en vilo y las piernas de Olivia buscaron apoyo en torno a sus

caderas, rodeándolas y anclándose a él. Sean avanzó a trompicones hasta que tropezaron contra la pared. Deslizó los labios a lo largo de su cuello, besando y mordiendo, llenándose los pulmones del olor que desprendía y que terminó de desbocar el latido de su corazón.

Olivia gimió mientras las manos de Sean se aventuraban bajo su camiseta. Sus caricias le quemaban allí por dónde pasaba.

—Ni en el mejor de mis sueños —farfulló él, y ella sintió las palabras cosquillearle sobre la piel.

—¿Has soñado con esto, Sean?

Él respondió dándole un mordisco juguetón en el hombro y levantó la vista para dedicarle una sonrisa torcida.

—He soñado con oír mi nombre en tus labios —afirmó, y ella se estremeció de pies a cabeza—, y también con otras cosas que estoy dispuesto a mostrarte durante toda la noche.

Olivia rió, entre anhelante y divertida.

—Mañana tiene que jugar un partido, señor *quarterback* de los Bruins.

—El mañana puede irse al infierno.

Y tras esa rotunda declaración de intenciones, la llevó hasta el primer dormitorio que encontró en el pasillo y la dejó caer sobre la cama. Bailaron sus miradas y el dique que contenía todas sus emociones hasta entonces fue arrasado por el deseo que albergan sus ojos. Se desnudaron con ellos mucho antes de hacerlo con las manos, anticipando el momento en el que las prendas que cubrían sus cuerpos caerían una tras otra.

Sean se arrodilló junto a la cama, a los pies de Olivia, y le quitó las botas, mientras que ella se desabrochaba el botón de los vaqueros. Sin embargo, él se incorporó y la detuvo.

—He esperado mucho para este momento —le dijo, y sus labios se curvaron lentamente, perezosos—. Deja que lo haga yo.

Fueron entonces sus dedos los que se colaron bajo la cinturilla de los pantalones de Olivia para tirar de ellos y sacárselos, y, mientras lo hacía, sus nudillos fueron dejando un rastro de calor sobre su piel. La excitación de Olivia crecía segundo a segundo, con cada roce. Lo siguiente en desaparecer fue su camiseta y Sean no dudó en echarse hacia atrás para contemplarla allí tumbada. Pero Olivia no quería esperar más, necesitaba sentirlo en la piel y más allá de

ella, más profundo, en esa parte que nunca dejaba ver a nadie. Se sentía expuesta, vulnerable, pero a la vez a salvo.

Tiró de la sudadera de Sean y lo hizo caer sobre ella, y luego todo fueron prisas y más tirones que no cesaron hasta que él estuvo sobre ella con el pecho descubierto apretado contra el suyo y sus lenguas enredadas. Se besaron durante largo rato, mientras exploraban el cuerpo del otro; las manos de ella trazando líneas en su espalda y los dedos de él clavándose en su carne. Hasta que Olivia le empujó para hacerlo rodar y quedó sentada a horcajadas sobre él.

Sean la miró desde abajo y Olivia, como si supiera lo que él esperaba encontrar, sonrió dejando al descubierto su hoyuelo. Él alzó la mano y sus dedos le acariciaron el rostro, pasando también por las pecas de su mejilla, y la hizo inclinarse para poder alcanzarlas con los labios.

—Me vuelves loco. Un completo idiota.

Olivia buscó su boca, pero no le besó.

—Y tú haces que... que anhele cosas que me había prohibido anhelar. —La confesión le produjo un nuevo hormigueo en el estómago, y el calor creció y creció, desde su pecho hasta alcanzar el resto de su cuerpo.

A partir de ese momento se estableció un silencio solo roto por los gemidos que escapaban de sus gargantas. Terminaron de desnudarse el uno al otro, temblando de anticipación. Sean recorrió todos y cada uno de los rincones de su piel, con las manos y con los labios, tal y como sabría qué haría llegado el momento, y ella le devolvió la tortura con idéntica entrega. Se acariciaron hasta que su necesidad se desbordó y les fue imposible alargarlo más.

Sean rescató sus pantalones para sacar un preservativo de la cartera y no tardó en ponérselo y regresar con ella. Se inclinó sobre su cuerpo con lentitud. Olivia se arqueó en cuanto sintió el primer roce de sus caderas y casi gimoteó cuando él se mantuvo inmóvil y no la penetró de inmediato. En cambio, agachó un poco la cabeza para darle un beso, largo y profundo, y luego llevó los labios hasta su oído.

—Liv —murmuró, y justo entonces se hundió en ella.

La poseyó y se dejó poseer por ella mientras esas tres letras traspasaban la piel de Olivia hasta llegar a su corazón; un susurro capaz de atravesar no solo carne y hueso sino algo mucho más duro. Algo intangible pero no menos real. Perdió el sentido del tiempo. Dejó de ver lo que le rodeaba, los muebles, la

bandera de la universidad de Berkeley que colgaba en la pared, la ventana que arrojaba luz escasa pero suficiente para que ella pudiera ver lo único que quería ver en ese instante: los ojos de Sean brillando.

Acompasaron el movimiento de sus caderas sin dificultad, como si sus cuerpos se conocieran desde siempre, y se perdieron para encontrarse mientras ambos se veían empujados por el placer.

—Sean —gimió ella, estremeciéndose bajo su cuerpo, desbordada no solo por la intensidad de su orgasmo sino por todas las emociones que sacudían su interior.

Apenas si fue capaz de contener la humedad que se acumuló en sus ojos porque, más allá de haberse entregado de una forma física, acababa de darle a Sean Donaldson una parte de ella que no sabía si estaba preparada para mostrar.

Vulnerable, expuesta o no, supo que nada volvería a ser igual entre ellos a partir de esa noche.

Sean abrió los ojos poco a poco y se encontró con los de Olivia. Estaba tumbada de lado, observándole, y no pudo evitar sentirse aliviado. La noche anterior, mientras ella se quedaba dormida entre sus brazos, había temido que, al despertar, hubiera desaparecido.

—Ey, ¿estás aquí? —le dijo, reflejando parte de ese miedo.

Ella sacó la mano de debajo de su mejilla y le apartó un mechón de la frente. Luego dejó que sus dedos descendieran por su rostro hasta llegar a sus labios. Sean la agarró de la muñeca y los besó antes de soltarla.

—¿Pensabas que huiría de ti? —inquirió, y él ni siquiera se planteó mentirle.

Echó un vistazo por encima de su hombro, en dirección a la ventana.

—Bueno... aquí no puedes escabullirte por la escalera de incendios, pero nada te hubiera impedido salir por la puerta. Ninguno de nosotros es especialmente madrugador, salvo Aria tal vez. Pero seguro que Evans la disuade de salir de la cama hasta dentro de un rato si es que Cam no los ha obligado a dormir en habitaciones separadas.

El silencio que reinaba al otro lado de la puerta les indicó que nadie se había levantado aún.

Olivia calló durante algo más de un minuto mientras contemplaba la expresión de Sean, la línea firme de su mandíbula, la leve curva de sus labios y sus ojos repletos de preguntas a pesar del tono bromista que había empleado. Y así, perdida en su rostro, no atinó a reaccionar cuando él se movió con rapidez para colocarse sobre ella. Entrelazó los dedos con los suyos y alzó sus manos unidas hasta que reposaron en la almohada.

—Pero ya es tarde —le dijo, besándola con suavidad—. Ahora no puedes escapar.

Sean no era consciente de cuánta verdad encerraban esas palabras.

Al despertar, Olivia había sentido la necesidad de huir. Se había repetido tantas veces que no debía implicarse nunca con nadie, que su instinto le había gritado para que abandonara la habitación e incluso la ciudad. Luego había mirado a Sean tumbado a su lado y sus miedos se habían transformado en otra

cosa, un anhelo muy diferente, igual de aterrador pero mucho más reconfortante.

—Dime, ¿me estabas acosando, Liv? ¿Mirándome dormir? Porque da un poco de mal rollo —se rió él, hundiendo la cara en el hueco de su cuello y haciéndole cosquillas con la punta de la nariz.

—En realidad, estaba pensando.

Sean levantó la cabeza para buscar sus ojos.

—Eso da más miedo aún.

Trató de hacerlo rodar para quitárselo de encima, sabedora de que bromeaba, pero él ejerció más presión con su cuerpo, impidiéndoselo. A pesar de su expresión pícaro, Olivia continuaba viendo las preguntas en su mirada y, no solo allí, sino también flotando entre ellos, como un último obstáculo a superar.

—Tengo una propuesta para ti —le dijo el chico. Se inclinó y volvió a tomar sus labios antes de proseguir, y en esa ocasión el beso fue más exigente y ávido. Al retirarse, succionó un poco su labio inferior—. ¿Qué te parece si te vienes a Ohio conmigo por Acción de Gracias? Son apenas cuatro días pero me encantaría enseñarte el lugar en el que nací y que conocieras a mis padres. Aria también irá con Max —aseguró, sin detenerse para tomar aliento—. Y Cam, por supuesto. Incluso podemos llevarnos a Percy. A Perseo —se corrigió, en el último momento.

A Olivia lo menos que le preocupaba en ese instante era que Sean, además de a ella, también hubiera rebautizado a su gato.

—Sean... yo...

—No tienes que contestar ahora. Piénsatelo.

Pero Olivia negó.

—No es eso, me encantaría ir —afirmó, y le regaló una sonrisa tímida. La propuesta, aunque sorprendente, había conseguido que algo ardiera en su pecho. Deseaba acompañarle—, pero pasaré ese día con mi padre, hace semanas que no le hago una visita y... No puedo dejarlo solo.

Sean sabía que no tenía hermanos pero reprimió el impulso de preguntarle por su madre. La única vez que la había mencionado había sido cuando le contó que solía llevarla al muelle de Santa Mónica. Sin embargo, tras cerrar los ojos un breve instante, fue Olivia la que lo sacó de dudas.

—Mi madre murió hace algunos años por estas fechas.

La confesión abandonó sus labios de forma precipitada, como si temiera

arrepentirse de hacerle partícipe de ese detalle de su vida, y Sean advirtió el dolor que le producía pronunciar cada una de aquellas palabras. Soltó sus manos y se hizo a un lado, situándose junto a ella.

—Lo siento mucho, Liv. No tenía ni idea.

A continuación, pasó un brazo bajo su cabeza y la atrajo contra su pecho. Olivia aceptó el refugio que le ofrecían sus brazos. Sean no podía ni imaginar lo duro que debía resultar para ella, tan solo pensar en perder a alguno de sus padres o hermanos... La apretó con más fuerza, como si con ello pudiera recomponer los pedazos rotos de su corazón.

No hubo más preguntas. Sean no necesitaba hacerlas y Olivia agradeció el silencio en el que se sumieron. Sin embargo, acababa de abrir la caja de los truenos y la tormenta que se había desatado en su interior no había hecho más que comenzar.

—Me es muy... muy difícil permitir a la gente que se acerque a mí o acercarme yo a alguien—le dijo, porque no sabía por dónde empezar.

La muerte de su madre era solo la punta del iceberg. Puede que sus miedos hubieran nacido ese día pero luego no habían hecho más que crecer y recrudecerse. Se estremeció y los temblores se adueñaron de su cuerpo. Sean se sintió impotente, consciente de que nada de lo que dijera resultaría suficiente.

—Estoy aquí —susurró, y fue depositando pequeños besos sobre su pelo, acunándola contra su pecho—. Estaré aquí. Puedes contarme lo que quieras o no hacerlo. No pasa nada, Liv. No tienes que enfrentarte a eso ahora, pero no estás sola.

Lo había estado, por demasiado tiempo, y a ella le había parecido bien; la mejor manera de no volver a pasar por lo que había pasado. Pero, sin querer, Sean lo había cambiado todo, y estaba tan, tan cansada de huir.

Alzó la barbilla y buscó sus labios, y Sean no dudó en corresponder su necesidad con el más dulce de los besos.

—¿Qué te parece una ducha y un café bien cargado? —sugirió él.

Enredó los dedos en un mechón de su pelo y luego lo pasó detrás de su oreja. Su pulgar acarició las pecas solitarias de su mejilla y sus labios se curvaron en una sonrisa alentadora aunque triste. Olivia hizo todo lo posible por devolvérsela.

—Eso suena realmente bien.

Juntos, se deslizaron por el pasillo de puntillas y se metieron en la ducha en silencio. Sean la besó una y otra vez bajo el chorro de agua caliente. Sus manos la acariciaron con devoción, brindándole sin saberlo más consuelo del que podía llegar a imaginar. La envolvió con su calidez y sus sonrisas, y el deseo fue despertando entre ellos. No de manera explosiva como en otras ocasiones sino de una forma más pausada y profunda. Se entregaron por completo, Sean esforzándose por llenar el vacío de sus ojos y de su corazón, y Olivia tratando de aceptar lo que él le ofrecía, luchando consigo misma a cada paso que daba hasta que finalmente se abandonó a su dulzura y se dejó llevar.

—Gracias —le dijo, cuando salió de la ducha y él la envolvió con una toalla, aunque no era por eso por lo que estaba agradecida.

—Oh, no, no me las des —replicó Sean, y una de sus comisuras se elevó, insinuante—. Ha sido un verdadero placer.

Se acercó a ella y metió las manos bajo la tela que la cubría. Sus dedos ascendieron por la piel de sus muslos y fueron a parar a su trasero.

—Podemos repetir si quieres y puedes volver a hacer esa cosa con la boca...

—¡Cállate, Donaldson! —lo reprendió, arrancándole una carcajada.

Alguien llamó a la puerta, pero Sean ignoró la interrupción. Arrinconó a Olivia contra el lavabo y se entretuvo lamiendo las pequeñas gotas de agua que quedaban sobre sus hombros.

—Hagamos como que no lo oímos —murmuró, ascendiendo por su cuello hasta que su boca alcanzó el hueco tras su oreja y sus manos retomaron lo que habían iniciado bajo la toalla. Olivia reprimió un gemido, consciente de que había alguien al otro lado de la puerta.

Los golpes se repitieron.

—Llegarás tarde y harás que Max también se retrase —le advirtió Olivia, riendo y haciendo lo posible para separarse de él.

Aunque todavía quedaban horas para el comienzo del partido que enfrentaría a los Bruins contra los Golden Bears, Sean había prometido al entrenador que se reuniría con su equipo para la hora del almuerzo.

Cedió con un suspiro de resignación. Se ajustó una toalla en torno a las caderas, mientras ella recolocaba la suya, y abrió la puerta.

—Podrías dejar de acaparar mi baño, Donaldson. Los demás también... —

Max se detuvo en cuanto Sean avanzó y Olivia apareció tras él—. Oh, vaya. Hola, Olivia —terció entonces, y ella tuvo que morderse el labio para no echarse a reír—. Buenos días.

—Buenos días, Max.

—Hay café y puede que zumo en el frigorífico —les dijo, tras el incómodo saludo—. Con suerte incluso puede que mis compañeros de piso hayan dejado algo más para desayunar.

Tras comprobarlo, descubrieron que no había nada para cinco veinteañeros hambrientos, pero eso les dio la excusa para salir y desayunar fuera. Cuando todos se hubieron levantado, Aria los llevó a una cafetería cercana donde, según ella, servían el mejor café de todo el campus.

Se acomodaron en un reservado. Sean pasó un brazo sobre el hombro de Olivia y exhibió una sonrisa de satisfacción. Cam vio más allá del gesto. Lo que otro hubiera interpretado como arrogancia, él sabía que era una emoción más sencilla: felicidad. Conocía demasiado bien a su gemelo para no ver lo que tenía ante sí. Algo había sucedido la noche anterior entre Olivia y él, algo bueno que se había gestado durante semanas pero que había culminado tan solo unas horas antes. Sean volvió la vista en su dirección, como si hubiese notado su escrutinio, y le dedicó un pequeño gesto de asentamiento; un agradecimiento del que solo él se percató.

—Quiero tortitas con sirope. Muchas tortitas —señaló Olivia, risueña.

Sean se inclinó un poco sobre ella y le dio un beso en la mejilla.

—Muchas tortitas para Liv —confirmó, y le guiñó un ojo.

Aria, que tampoco perdía detalle del comportamiento de su hermano, enarcó las cejas pero no dijo nada.

Devoraron la comida entre anécdotas, recordando detalles insignificantes de sus vidas que, por algún motivo, se habían quedado grabados en su memoria. Incluso Olivia les contó que su afición a las motos provenía del amor que su madre sentía por los vehículos de dos ruedas. Ella le había enseñado a manejarlas y también a repararlas.

—Era una mujer fuerte y muy vivaz —explicó, y Sean fue consciente de cómo su voz se iba quebrando conforme hablaba—. Siempre empeñada en aprovechar cada momento, en probarse a sí misma...

Si los demás lo notaron, ninguno dijo nada. Continuaron charlando mientras

se terminaban sus batidos, pero Sean le agarró la mano por debajo de la mesa y le dio un pequeño apretón de ánimo, sabedor de lo mucho que le había costado decir aquellas dos sencillas frases. Sin embargo, se alegraba de que hubiera sido capaz de hablar de sí misma y de su madre no solo con él sino con el resto del grupo.

Eso, por fuerza, tenía que significar algo.

21

El California Memorial Stadium, situado en un colina, era algo más pequeño que el estadio de los Bruins. De igual forma, aquel día no había ni una sola localidad libre.

—Esto va a ser divertido —comentó Cam, tomando asiento en una de las gradas repletas de seguidores de los Golden Bears.

Tanto Olivia como él vestían los colores de los Bruins, mientras que su hermana se había alineado con el equipo local, el de su novio. Este les hizo una seña desde el banquillo y varias decenas de cabezas se giraron en su dirección.

—Míralo por el lado bueno. No destacáis demasiado —replicó Aria, devolviéndole el saludo a Max con la mano.

Ambos equipos compartían el tono dorado en su equipación y también el azul, si bien, el de los Osos era más oscuro.

—Eso era antes de que Evans y tú os dedicarais a tontear desde un lado del campo al otro, hermanita.

Aria puso los ojos en blanco y se volvió hacia Olivia, sentada a su lado.

—En el fondo le encanta saber que estoy con Max —le susurró, aunque era obvio que Cam la estaba escuchando—. Eso evita que se me acerque ningún otro chico mientras él no está aquí para controlarlo todo.

—Te estoy oyendo —intervino el gemelo, con cierta resignación.

Aria, riendo, se colgó del brazo de su hermano.

—Me encanta que te preocupes por mí, Cam, pero me he hecho mayor, ¿recuerdas?

Con el ruido de fondo de sus continuas pullas y el alboroto de un público ansioso porque diera comienzo el partido, Olivia buscó a Sean en el campo. Lo encontró cerca de la entrada que daba acceso a los vestuarios, hablando con el entrenador y con varios jugadores de su equipo. Ya llevaba puesto el casco y las protecciones, pero el siete de su pecho le confirmó que se trataba de él.

Antes de marcharse para acudir al almuerzo con sus compañeros, Sean había agarrado a Olivia de la cintura y le había prometido que después de darle una paliza a Evans y al resto de los Golden Bears, lo celebrarían por todo lo alto saliendo a cenar con los demás. Max, por supuesto, había protestado y a punto

estuvieron de enzarzarse en una nueva disputa. Solo que Sean apenas si había tenido ojos para otra cosa que no fuera ella. Le había dado un beso en los labios y luego otro mucho más casto en la frente, y Olivia había prometido animarle desde su asiento a pesar de que la situación resultaba totalmente nueva para ella.

Había asistido en otras ocasiones a partidos de fútbol, aunque no era su deporte favorito, pero aquella vez lo sentía como algo distinto. Algo... especial. La despedida entre ellos se asemejó a la que tuvo lugar entre Max y Aria, una pareja normal y feliz, y Olivia se sorprendió sonriendo ante tal pensamiento. Una parte de ella estaba aterrada por la posibilidad de que lo suyo con Sean fuera a más, mientras que la otra era una amalgama de emociones y sentimientos que le habían estado vedados hasta ese momento.

—Que Max no se entere de que he dicho esto —terció Aria, paseando la vista por el campo—, pero los Osos lo van a tener difícil hoy.

—Sean va a dejarse la piel solo para no tener que aguantarle luego —comentó Cam, y el grupo alternó la mirada entre los dos chicos.

Los hermanos todavía continuaban discutiendo sobre quién tenía más probabilidades de ganar cuando dio comienzo el partido. Tal y como había comentado Aria, el equipo de Max parecía llevar las de perder. La línea ofensiva de los Bruins estaba causando estragos en el campo y avanzaba sin remedio. Sean había empezado realizando pases cortos. Si bien, incluso Aria se puso en pie cuando lo vio salir corriendo con el balón en dirección a la zona de anotación. Esquivó con soltura al último defensa y anotó un *touchdown* que desató la euforia en las gradas destinadas a los seguidores del equipo visitante. Pancartas y banderas de UCLA se alzaron contra el cielo, para disgusto de sus rivales.

—¿Te diviertes? —le preguntó Aria a Olivia, que seguía de pie tras la jugada.

Asintió en respuesta.

—Supongo que es más emocionante cuando tienes a... alguien en el campo.

Olivia le sonrió mientras volvía a tomar asiento. No dejaba de sentirse extraña, sentada allí junto a los hermanos de Sean y pendiente de cada uno de sus movimientos, pero tenía que admitir que estaba disfrutando del encuentro más de lo que había esperado.

La expectación de los asistentes no decayó conforme avanzaba el juego.

Aria ahogó un grito al percatarse de que, después de que los Bruins perdieran el balón y fuera el turno del equipo local para atacar, Max saltaba al césped preparado para ejercer de mariscal de campo. El entrenador le estaba dando una oportunidad de demostrar su valía. Aria se dejó las manos aplaudiendo y Olivia le regaló una sonrisa comprensiva, consciente de lo mucho que debía significar para ella.

Cam coreó el apellido del chico y secundó el grito de su hermana, atrayendo la atención de los que le rodeaban. Incluso Sean debió escuchar cómo su gemelo animaba al equipo contrario porque levantó la vista desde la banda. Su mirada se cruzó con la de Olivia y, incluso desde donde estaba, ella atisbó la sombra de una sonrisa canalla en sus labios.

Para cuando apenas quedaban unos minutos de partido, la línea ofensiva de los Bruins retomó su posición dentro del campo y Sean se preparó para recibir el balón. Olivia contempló cómo se secaba las manos con diligencia en el trapo que colgaba de su cintura. Con toda probabilidad, aquella sería la última jugada y, aunque igualados, el equipo visitante llevaba suficiente ventaja como para no tener que preocuparse de lo que sucediera a continuación.

A pesar de eso, Sean dio instrucciones a sus compañeros y se inclinó sobre el césped, absolutamente concentrado y dispuesto a poner el broche de oro a un partido que había disfrutado jugando como nunca. Olivia supo lo que se proponía en cuanto tuvo el balón entre las manos y vio que, tras un amago de pase, echaba a correr. Hastings bloqueó con éxito a uno de los defensas, permitiendo así que Sean continuara avanzando, y ella no pudo evitar ponerse en pie de nuevo para seguir la jugada. La rapidez con la que se aproximaba a la línea de anotación era un excelente reflejo de su determinación por marcar un *touchdown*.

Se movía con tal empuje que, cuando uno de los chicos de la última línea de la defensa le salió al paso y se interpuso en su camino, el placaje fue brutal. Los segundos se dilataron de forma anormal mientras Olivia observaba el impacto del defensa contra el costado de Sean y la manera en la que este salía despedido hacia la derecha. Todo su cuerpo vibró, como si fuera ella la que estuviera recibiendo el golpe. Le pareció escuchar un gemido ahogado, pero no supo si procedía de Aria o de sus propios labios. Estaba segura de que había dejado de respirar y de que su corazón se había saltado al menos un par de latidos.

La violencia del choque no consiguió que Sean soltara el balón, que llevaba apretado contra el costado contrario. Se aferró a él mientras caía. Su cabeza osciló cuando su cuerpo impactó con el suelo y fue lo siguiente en rebotar contra el césped que, más allá de amortiguar el golpe, lo recibió con la dureza de un bloque de hormigón. Olivia, desde la grada, no pudo escuchar el crujido de sus huesos ni la exhalación brusca del escaso aire que le quedaba en los pulmones tras el devastador ataque.

Cam fue el primero en abandonar su asiento. Corrió entre los asientos hacia la escalera más cercana y descendió hasta alcanzar la barandilla que separaba las gradas del terreno de juego. Aria no tardó en seguirle. Olivia, por su parte, se demoró intentando encontrarle sentido a lo que estaba viendo. Paralizada, era incapaz de comprender por qué el público había enmudecido y Sean continuaba tendido sobre el césped. Solo cuando el resto de jugadores y el equipo técnico lo rodearon y dejó de ver su cuerpo inerte, reaccionó y se lanzó tras los pasos de los hermanos Donaldson.

—Vamos, Sean —murmuraba Cam, aferrado al metal de la barandilla, los nudillos blancos por la presión—, levanta la mano.

Olivia se colocó junto a Aria, esforzándose para ver algo por encima de la gente que se había arremolinado alrededor de Sean. Se sobresaltó al sentir que alguien la cogía de la mano y, al bajar la vista, se encontró con que se trataba de Aria.

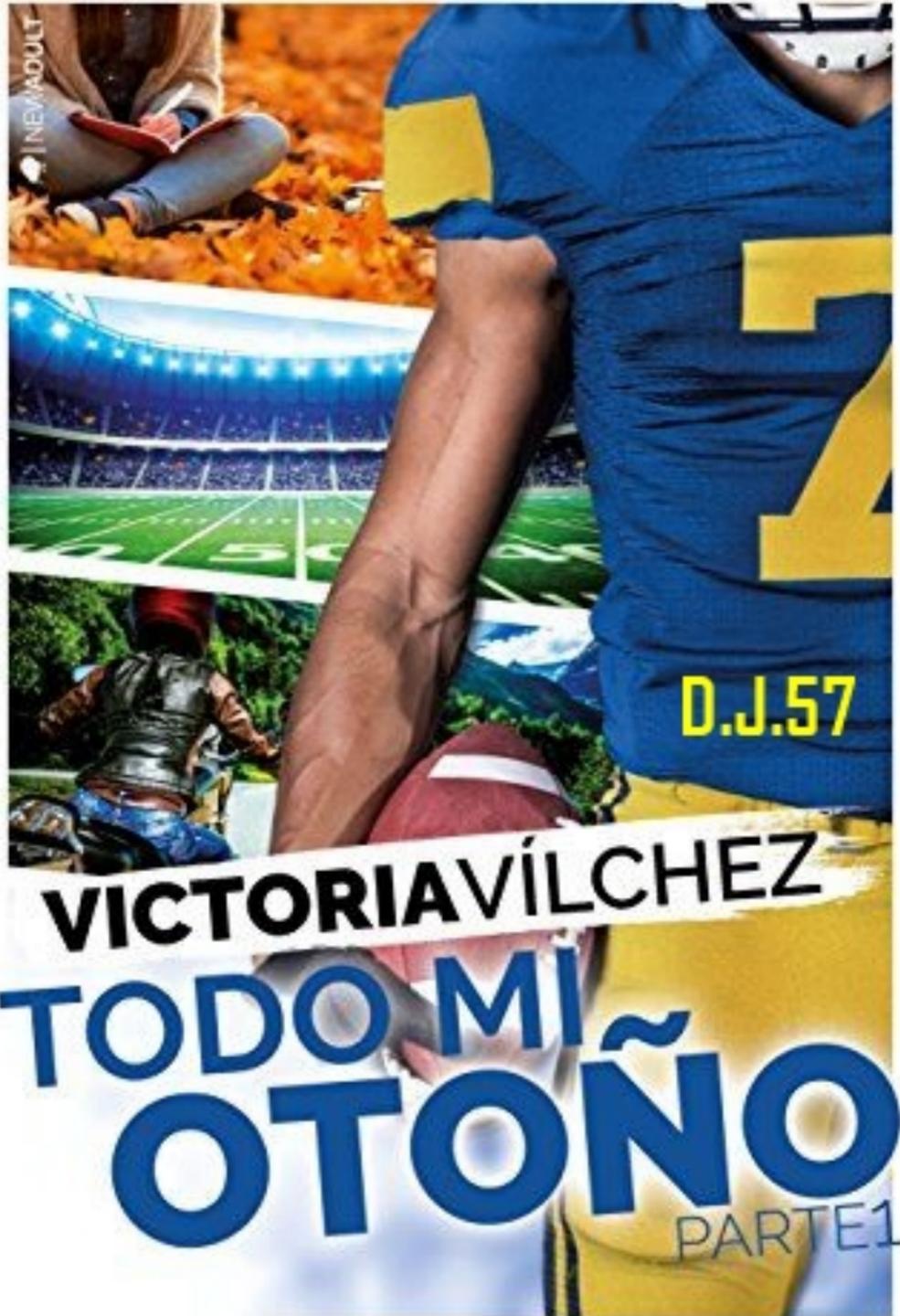
—Levanta la mano para que pueda verla, hermanito —repetía Cam, en una especie de plegaria infinita.

A Olivia ni siquiera le salían las palabras. La presión sobre su garganta amenazaba con ahogarla y apenas fue consciente del momento en que la humedad desbordó sus ojos y grandes lágrimas comenzaron a deslizarse por la piel de sus mejillas, imparables, fruto del terror más absoluto.

—Cam y Sean tienen un acuerdo... una señal para saber que está bien —farfulló Aria, a su lado, clavándole las uñas en el dorso de la mano sin ser consciente de la fuerza con la que apretaba.

Sin embargo, Olivia recibió ese dolor como una alternativa mejor al hueco que acababa de abrirse en mitad de su pecho. También ella comenzó a rezar para ver a Sean realizar algún movimiento. En cualquier momento, todos se apartarían y podría ver a Sean caminando hacia a la banda con esa maldita

NEWADULT



D.J.57

VICTORIA VÍLCHEZ
TODOMI
OTOÑO
PARTE 1

sonrisa en sus labios, la misma que empleaba con ella cuando discutían e intentaba sacarla de quicio. Se acercaría hasta el límite de las gradas y alzaría la mirada, los ojos brillando, serenos y dulces. Bromearía, eso seguro, como aquel día en el que no lograban encontrar a Perseo y, cuando dio con él dentro de su armario, lo dejó allí y regresó al salón asegurando que tenía que haberse marchado por la ventana, queriendo imitar a su dueña. Olivia se había puesto como una loca y Sean apenas si había logrado reprimir las carcajadas.

El partido se reanudaría a falta de unos pocos minutos para su fin. Los Bruins ganarían y Max tendría que soportar las burlas de Sean a la salida de los vestuarios, pero no antes de que este la rodeara con sus brazos y la besara. Se tomaría su tiempo, acariciaría sus labios primero para luego devorarla con ansia, avivando la necesidad que sentían el uno por el otro cada vez que se miraban y también las llamas que habían empezado a arder en su corazón.

Pero cuando nada de eso sucedió, cuando no hubo más movimiento que el de los sanitarios corriendo con una camilla y Cam, a su lado, exigió a su hermano a gritos que levantara la jodida mano, Olivia se vio engullida por un aluvión de dolorosos recuerdos entremezclados con la sensación vertiginosa de estar perdiendo el control de su vida y de su cuerpo. La presión con la que Aria sujetaba su mano no resultó suficiente; las plegarias de Cam se volvieron inaudibles, silenciadas por el sonido atronador del pulso en sus oídos, y todo, todo lo que le rodeaba pareció estallar en cientos de pedazos al tiempo que también lo hacía su corazón.

Inmóvil y en silencio entre miles de personas, su mundo se derrumbó por segunda vez en su vida.

CONTINUARÁ...